
DOCTORA
DEL
amor
GRACE PARKES

DOCTORA DEL AMOR

GRACE PARKES

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo

Postfacio

1

MAGGIE

El busca de emergencias sonó antes de que Maggie Laurel terminara su primer café.

No se inmutó. No entró en pánico. Ese no era su estilo y nunca lo había sido.

El agudo trino cortó el ala de medicina interna como una cuchilla, seguido medio segundo después por el anuncio por megafonía. Monótono, urgente, profesional.

—Colisión múltiple en la I-10. Se estima la llegada de doce heridos. Todo el personal a Urgencias.

A su alrededor, la mañana se fracturó.

Se oyeron sillas arrastrarse. Se recogieron tabletas. Las conversaciones se cortaron a mitad de frase. Los residentes que habían estado medio dormidos un momento antes se pusieron en alerta, con la adrenalina inundando sistemas que apenas acababan de activarse.

Maggie ya estaba en movimiento. Con determinación en cada paso.

Se puso la bata blanca mientras caminaba, con pasos largos y sin prisas, con el busca sujeto a la cintura vibrando con alertas de seguimiento. El caos surgía de Urgencias como una onda de choque,

pero Maggie sintió cómo se sumergía en la calma familiar que siempre lo acompañaba.

Esta era la parte que ella comprendía.

El Hospital Oakridge no se detenía por las mañanas, los festivos o el duelo personal. Nunca lo había hecho. A Maggie le gustaba eso. Las crisis seguían reglas. Las emergencias presentaban patrones. Cuando todo lo demás era impredecible, el caos era honesto.

Para cuando llegó a Urgencias, la transformación ya estaba en marcha.

Las camillas bordeaban los pasillos, empujadas por paramédicos de voces cortantes y ojos angustiados. Las enfermeras se ponían guantes y mascarillas a toda prisa, cantando constantes vitales, lesiones y etiquetas de triaje. Las luces del techo parecían más intensas aquí, borrando el color tanto de los rostros como de los uniformes. Los residentes se amontonaban demasiado cerca del mostrador, con la energía alta y el enfoque disperso.

Maggie levantó una mano.

Con la palma hacia abajo.

—Respiren —dijo, con voz tranquila pero indudablemente autoritaria.

Aquello cortó el ruido mejor de lo que los gritos podrían haberlo hecho jamás.

La sala se sosegó; no hubo silencio, pero sí más estabilidad. El movimiento se volvió más preciso. Las cabezas se giraron hacia ella por instinto.

—Haremos el triaje de forma rápida y limpia —continuó Maggie —. Nada de heroicidades. Nada de suposiciones. Si no lo sabéis, decid que no lo sabéis. Clasificamos antes de salvar.

No esperó a que asintieran. Nunca tenía que hacerlo.

El doctor Alvarez estaba ante la pizarra, actualizando ya la lista de pacientes a medida que entraban nuevas alertas. Maggie cruzó la mirada con él.

—Quiero dos equipos de refuerzo de medicina interna —dijo ella —. Cualquier paciente inestable va a trauma. Avisad a la UCI, pero no bloqueéis camas sin una indicación clara. Yo me encargaré de las interconsultas.

—Sí, doctora Laurel.

Ser adjunta sénior tenía sus ventajas. No hacía falta alzar la voz. La autoridad residía en el espacio que ocupabas, en la forma en que la gente se movía cuando entrabas en una habitación.

Llegó el primer paciente: un hombre de unos cuarenta años, con los ojos desenfocados y el cuerpo debatiéndose débilmente contra las correas de la camilla.

—Estado mental alterado —informó el técnico de emergencias—. Agresivo en la escena. Constantes inestables.

Maggie ya estaba al pie de la cama, con los dedos volando sobre la historia clínica y los ojos pasando de los monitores al paciente con una eficiencia curtida.

—Le está bajando la tensión —dijo una enfermera.

—Líquidos a goteo libre —respondió Maggie—. Analítica completa. Hemograma, bioquímica, lactato. TAC craneal en cuanto esté lo bastante estable para moverlo.

Cogió la linterna de exploración, comprobando la respuesta pupilar y construyendo mentalmente el diagnóstico diferencial mientras la sala se movía a su alrededor.

Daño neurológico. Posible traumatismo craneal. Hemorragia interna.

—Doctora Laurel...

La voz intervino desde su izquierda.

Maggie se incorporó lentamente y se giró.

La mujer que estaba frente a ella no era uno de sus residentes habituales.

Más joven. Treinta y pocos, quizá. El pijama sanitario arrugado, como si hubiera dormido con él. El pelo recogido a toda prisa, con algunos mechones escapándose ya por las sienes. Había cansancio grabado en la postura de sus hombros, pero sus ojos eran agudos. Alerta. Observándolo todo a la vez.

—¿Sí? —dijo Maggie con frialdad.

—Creo que se le está escapando algo —dijo la mujer.

Sin vacilar. Sin disculparse.

La sala se congeló.

No fue algo dramático, solo una sutil quietud colectiva. Una docena de pequeños movimientos se detuvieron a medias. Maggie lo sintió de inmediato: el cambio en la atención, la forma en que cada instinto en la sala se inclinaba hacia su respuesta.

Mantuvo la mirada de la mujer.

—¿Y usted es? —preguntó Maggie.

—La doctora Evelyn Brooks. Medicina interna. Traslado nuevo.

Por supuesto que lo era.

Evie Brooks se acercó a la cama, escaneando ya la gráfica con movimientos rápidos y eficientes. —Estaba agitado en el lugar del accidente —continuó—. Los testigos dicen que ya se mostraba agresivo antes del choque. Eso no encaja con un cuadro neurológico puro. Podría ser metabólico... o tóxico. Deberíamos comprobar la glucemia y hacer una gasometría antes de mandarlo al TAC.

Un murmullo recorrió el equipo.

Maggie sintió un destello de irritación; no por la sugerencia, sino por el momento elegido.

—¿Está cuestionando mi decisión, doctora Brooks? —preguntó Maggie con calma.

Evie no parpadeó. —Estoy cuestionando la suposición.

Eso provocó una reacción.

Uno de los internos se removió, incómodo. Una enfermera miró de una a otra. El doctor Alvarez se quedó quieto ante la pizarra.

Maggie estudió a Evie como era debido en ese momento.

Aquella confianza no era fanfarronería. No era un intento de llamar la atención. Era convicción; del tipo que nace del reconocimiento de patrones y del instinto ganado a pulso. Algo peligroso en alguien en una etapa tan temprana de su carrera.

—Está abogando por retrasar las pruebas de imagen —dijo Maggie.

—Abogo por descartar algo más rápido y reversible primero —respondió Evie—. Si me equivoco, perdemos cinco minutos, pero si nos equivocamos nosotros, lo perdemos a él.

Maggie dejó que el silencio se prolongara.

No como castigo. Sino como una prueba.

Luego asintió una vez. —Gasometría. Glucemia capilar. Ya.

La enfermera se movió de inmediato.

Evie exhaló, solo un poco.

Maggie se volvió hacia el paciente, observando los monitores, siguiendo los números a medida que se actualizaban. Mantuvo su expresión neutral, pero su mente se agudizó.

No había cedido por complacer a Evie.

Había cedido porque tenía razón.

El resultado de la glucosa llegó primero.

Severamente baja.

Maggie no reaccionó exteriormente. Por dentro, algo se tensó.

—Glucosa —ordenó Maggie—. Un bolo. Ahora mismo.

El efecto fue casi inmediato. La respiración del paciente se estabilizó. Las sacudidas disminuyeron. La presión arterial empezó a subir.

La sala exhaló.

Maggie se volvió hacia Evie. —Buena observación.

Fue todo lo que dijo. Un reconocimiento público. Nada más.

Evie asintió una vez, con el alivio reflejándose brevemente en su rostro antes de contenerlo.

La crisis continuó.

Otro paciente. Luego otro. Fracturas. Dolor torácico. Una mujer embarazada con traumatismo abdominal. Maggie se movió por todo aquello con la misma precisión controlada de siempre, delegando, reevaluando y corrigiendo el rumbo cuando era necesario.

Pero Evie Brooks permaneció en su visión periférica.

Demasiado perspicaz. Demasiado valiente. Demasiado dispuesta a desafiar a alguien a quien aún no conocía.

Para cuando el ritmo de entrada disminuyó, Maggie sintió ese cansancio familiar hasta los huesos que se negaba a reconocer. Se lavó las manos en el lavabo, mirando su reflejo en el acero inoxidable mientras el agua caliente corría sobre sus dedos.

Ahora era mayor que la mayoría de ellos. Arrugas en las comisuras de los ojos que no había notado cuando aparecieron por primera vez. Una entereza que se había ganado por el camino difícil.

—Doctora Laurel.

Se giró.

Evie estaba a un par de pasos, con una postura respetuosa ahora, con la incertidumbre asomando donde antes estaba la confianza.

—No pretendía socavar su autoridad —dijo Evie—. Es solo que...

—Tenía usted razón —dijo Maggie.

Evie parpadeó. —Yo...

—Pero —continuó Maggie—, me ha desafiado delante de mi equipo. Que no vuelva a ocurrir. ¿Entendido?

Evie se irguió, aceptando la reprimenda sin actitud defensiva. —Entendido.

La respuesta agradó a Maggie más de lo que debería. Pero la tensión en sus hombros delataba su frustración.

El silencio se extendió entre ellas, cargado pero controlado.

—Le importa demasiado —dijo Maggie finalmente.

No era un cumplido. Era una valoración.

Evie suspiró. —Creo que de eso trata este trabajo, ¿no?

—Puede tratarse de eso —replicó Maggie—. O puede ser un lastre.

Evie sostuvo su mirada fijamente. —Supongo que correré el riesgo.

Ahí estaba de nuevo, ese destello de reconocimiento al que Maggie no quería poner nombre.

—Preséntese en mi servicio mañana —dijo Maggie—. A las seis de la mañana.

Evie enarcó las cejas. —¿En su servicio?

—Considérelo una oportunidad de aprendizaje. No llegue tarde.

Evie vaciló una fracción de segundo y luego asintió. —Sí, doctora Laurel.

Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo.

—Gracias —añadió en voz baja, con la mirada puesta en el suelo.

Maggie la vio marcharse, sintiendo algo inquieto removerse bajo sus costillas.

Se dijo a sí misma que se trataba de autoridad. De límites. De corregir a un nuevo traslado prometedor pero temerario.

Se dijo a sí misma muchas cosas.

Mientras las luces de Urgencias volvían a su intensidad habitual, Maggie cogió su tableta y pasó al siguiente paciente, sin saber que el orden que con tanto cuidado había construido en Oakridge ya había empezado a resquebrajarse.

Y por primera vez en años, no estaba segura de querer detenerlo.

2

EVIE

Evie Brooks llevaba veintidós horas despierta y, de algún modo, eso aún no era lo peor de su día.

Ese honor le correspondía a la doctora Maggie Laurel.

Evie estaba en el vestuario, quitándose la bata de pijama por la cabeza con más fuerza de la necesaria, reviviendo el momento en urgencias en un bucle implacable. La forma en que la sala se había quedado en silencio cuando ella habló. La forma en que todas las cabezas se habían girado. La forma en que Maggie Laurel la había mirado: aguda, analítica, indescifrable.

No estaba enfadada.

Lo cual, por alguna razón, se sentía peor y no podía explicar por qué.

Metió los brazos por las mangas y se miró en el estrecho espejo atornillado a la puerta de la taquilla. Tenía los ojos inyectados en sangre y el pelo ya se rebelaba contra la coleta mal hecha. Tenía exactamente el aspecto de lo que era: una doctora que acababa de desafiar al adjunto equivocado, el día equivocado, en el hospital equivocado.

—Lo has bordado —masculló, cerrando de un portazo la taquilla.

Oakridge no era el County. Ni el Mercy General. Ni ninguno de esos hospitales universitarios de mala muerte donde Evie se había formado y había aprendido a alzar la voz porque el silencio mataba a la gente con la misma eficacia que los errores.

Oakridge tenía jerarquía.

Oakridge tenía política.

Oakridge tenía leyendas.

La doctora Maggie Laurel era una de ellas y las primeras impresiones lo eran todo.

Evie conocía el nombre mucho antes de conocer el rostro. Adjunta de último año. Medicina Interna. El tipo de médico de la que los residentes hablaban en voz baja; mitad respeto, mitad miedo. La doctora que querías en la sala cuando todo se iba al traste. La doctora a la que no se debía contradecir a menos que se estuviera muy segura del terreno.

Y Evie la había contradicho. En el primer día.

Se frotó las manos en el lavabo más tiempo del necesario, intentando centrarse en el escozor del antiséptico y el agua fría. La parte racional de su cerebro —la que le había valido el traslado a Oakridge en primer lugar— sabía que había hecho lo correcto. El paciente se había estabilizado. La decisión había sido la acertada.

Pero los hospitales no funcionaban solo con lógica.

Funcionaban con el poder.

Las rondas llegaron demasiado rápido.

Evie apenas tuvo tiempo de engullir un café malo y una barrita de proteínas antes de dirigirse a toda prisa hacia Medicina Interna, con el corazón latiendo con una ansiedad que odiaba pero que no podía quitarse de encima. Se dijo que solo era otro servicio. Otro adjunto. Otro día.

Se estaba mintiendo.

Maggie Laurel estaba al frente del grupo, con la tableta en la mano, ya inmersa en una discusión cuando Evie llegó. Bata blanca impecable. El pelo recogido nítidamente. Una expresión de calma que sugería control más que tranquilidad. Con unos ojos oscuros que parecían verlo todo.

Evie se deslizó a su lugar cerca de la parte posterior del grupo, agudamente consciente de la presencia de Maggie sin mirarla directamente. Sintió un sorprendente escalofrío por la nuca.

—...así que ajustaremos el régimen y volveremos a evaluar por la tarde —estaba diciendo Maggie—. Si no hay respuesta, pasaremos al siguiente nivel. ¿Alguna pregunta?

Nadie habló.

La mirada de Maggie pasó brevemente por el grupo y se posó en Evie durante medio segundo. Ni afilada. Ni fría.

Analítica.

Evie se enderezó instintivamente, alineando la columna como si la hubieran llamado a formación.

Se movieron de habitación en habitación, de caso en caso. Maggie preguntaba de forma implacable, no para humillar, sino para exponer los razonamientos débiles. Los residentes tropezaban, se corregían y aprendían en tiempo real. Maggie dejaba que se arrinconaran ellos mismos antes de guiarlos hacia la salida con preguntas precisas, casi quirúrgicas.

Evie respondió cuando la llamaron, cuidadosa y concisa. Elegía sus palabras como herramientas que no quería dejar caer. Se mantuvo visible sin ser ruidosa. Competente sin ser conflictiva.

Aun así, se fijó en detalles.

Cómo Maggie escuchaba sin interrumpir. Cómo no metía prisa a los pacientes, incluso cuando el tiempo estaba claramente en su contra. Cómo se quedaba sentada a la altura de los ojos al dar información difícil, con las manos entrelazadas relajadamente en el regazo, con una postura abierta pero contenida.

No era el desapego que Evie había esperado.

Eso la inquietaba.

La última habitación pertenecía a Daisy Carter.

El historial era sombrío. Cincuenta y ocho años. Enfermedad hepática terminal combinada con antecedentes cardíacos y una reciente remisión de cáncer que se sentía menos como una victoria y más como un retraso cruel. Sepsis de origen incierto. La familia se negaba al traslado a la UCI.

Evie presentó el caso con voz firme pese al nudo que se le apretaba en el pecho. Detalló las analíticas, las pruebas de imagen, los antibióticos, los planes de contingencia.

Maggie escuchó y luego preguntó en voz baja: —¿Usted ha hablado con la familia?

—Sí.

—¿Y les ha dicho la verdad?

Evie dudó. Solo una fracción de segundo.

—Les he dicho lo que podemos hacer.

La mirada de Maggie se suavizó, apenas un poco, pero lo suficiente para que Evie lo notara. —Eso no es lo que le he preguntado.

Evie tragó saliva. —No toda.

Maggie no la corrigió. En su lugar, entró en la habitación.

Evie observó cómo Maggie saludaba a Daisy y a su hija, Kara, con una calma familiar. Se sentó, sin prisas, y su presencia llenaba el espacio sin abarrotarlo. Escuchaba más de lo que hablaba. Cuando hablaba, lo hacía con una claridad que no suavizaba los bordes, pero que tampoco los afilaba.

Evie sintió que algo cambiaba en su interior.

Allí no se estaba destruyendo la esperanza.

Se le estaba dando una nueva forma.

Cuando volvieron a salir al pasillo, Evie se sentía agotada.

—No tiene por qué protegerlos de la verdad —dijo Maggie en voz baja mientras caminaban—. Solo tiene que quedarse con ellos mientras la escuchan.

Evie se detuvo. Sus palabras sonaban frías. Se preguntó dónde enterraba sus emociones. ¿Estaban en algún lugar tan profundo de su alma que se le había olvidado cómo sentirse humana?

——No quiero quitarles la esperanza —dijo.

Maggie se giró entonces para mirarla de frente, mientras el ruido del pasillo retrocedía a su alrededor. —La esperanza cambia —dijo—. Eso no significa que desaparezca.

Sus ojos se encontraron.

Evie fue plenamente consciente de lo cerca que estaban. De cómo la voz de Maggie no necesitaba volumen para tener peso. Del

leve aroma a jabón y a algo más cálido debajo.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Evie antes de que pudiera detenerse.

Maggie la estudió. —¿Hacer el qué?

—Dejarlo ir.

Algo indescifrable cruzó el rostro de Maggie; demasiado rápido para captarlo, demasiado real para ignorarlo.

—Ya aprenderá —dijo Maggie tras un momento—. O no lo hará. De cualquier modo, la medicina se lo enseñará.

Dio media vuelta y se marchó.

Evie se quedó allí más tiempo del que debería, con el corazón acelerado, viéndola alejarse. ¿Por qué quería oír más? ¿Por qué quería saber más? Se hizo crujir los dedos y soltó un profundo suspiro.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Más tarde, a solas en la sala de guardia, con las luces bajas y el busca benditamente silencioso, Evie se tumbó en la estrecha cama y se quedó mirando el techo.

Se dijo a sí misma que lo que sentía era admiración profesional. O frustración. O cansancio.

Pero la verdad se impuso de todos modos.

Maggie Laurel la inquietaba.

No porque fuera intimidante. No porque ostentara el poder.

Sino porque ella se quedaba.

Y Evie tenía el presentimiento de que, en lo que fuera que acababa de meterse en Oakridge, no era solo un trabajo.

Era algo que podría cambiarla.

Y eso la asustaba mucho más de lo que jamás podría hacerlo desafiar a la adjunta equivocada.

3

MAGGIE

La vida y la carrera de Maggie se basaban en las reglas.

No del tipo que estaba escrito en los manuales de normas del hospital o plastificado y pegado a las paredes. Las suyas eran más silenciosas, forjadas con más esfuerzo. Vivían bajo su piel, impuestas por el hábito y la necesidad más que por la supervisión. Las reglas la mantenían a salvo. Las reglas le resultaban familiares.

Haz el trabajo.

No flaquees.

Nunca, bajo ningún concepto, dejes que nadie vea cuánto te importa algo.

Esa era su forma de evitar que le hicieran daño.

El hospital Oakridge hacía que esas reglas fueran más fáciles de cumplir. El ritmo exigía competencia, no confesiones. Los pasillos siempre eran lo bastante ruidosos como para ahogar los sentimientos si caminabas rápido y mantenías el rostro neutral.

Maggie caminaba rápido. Y siempre llegaba a los 10 000 pasos al día.

Cruzó la pasarela elevada hacia Medicina Interna con zancadas largas y decididas, la tableta bajo el brazo y la bata blanca pulcramente abotonada. Bajo ella, la ciudad se extendía en todas

direcciones: Los Ángeles, inquieta y viva, indiferente a las vidas por las que se luchaba dentro del caparazón de cristal y acero de Oakridge.

Su mente debería haber estado en los ingresos del día.

En cambio, se quedó enganchada —de forma inoportuna y persistente— en un detalle que se negaba a examinar demasiado de cerca.

Evie Brooks.

Nueva incorporación. Ojos perspicaces. Boca más afilada aún. Una peculiar sensación de curiosidad la invadió.

Y la forma en que la había mirado en el pasillo el día anterior... no con asombro, miedo o sumisión, sino como si estuviera intentando leer algo que Maggie llevaba años guardando bajo llave.

Maggie apretó el agarre de la tableta y apartó el pensamiento.

Había pacientes que atender. Eso era lo único que importaba.

La lista de la mañana era larga; las consecuencias del choque múltiple en la autopista aún resonaban por todo el hospital. Lesiones que al principio parecían manejables ahora se complicaban por infecciones, por enfermedades crónicas, por cuerpos que no curaban con la limpieza que prometían los libros de texto.

Maggie prefería esta etapa de la medicina. El lento desenlace. Las decisiones que importaban porque ya no quedaban respuestas fáciles.

En la sala de reuniones, los residentes se arremolinaban alrededor de la pizarra blanca, con voces bajas y tensas. Cuando entró Maggie, la conversación murió al instante.

Previsible.

Escrutó al grupo sin detenerse, catalogando rostros, posturas, disposición. Evie estaba ligeramente apartada de los demás; ni desafiante, ni retraída. Alerta. Preparada. Los brazos cruzados con naturalidad, el peso equilibrado sobre las puntas de los pies como si estuviera lista para moverse.

A Maggie no le gustaba lo mucho que aquello la complacía.

—Buenos días —dijo Maggie, abriendo la aplicación de historiales —. Tenemos seis altas pendientes de laboratorio, tres nuevos

ingresos durante la noche y dos traslados desde la UCI que deberían haberse hecho ayer.

Unos cuantos residentes gimieron.

Maggie lo dejó pasar. —Ahorrad vuestras energías para los pacientes.

Empezó a asignar casos, con voz uniforme y eficiente. Los ingresos sencillos fueron para los internos, el manejo complejo para los adjuntos veteranos. Llegó al último nombre de la lista y se detuvo.

Carter, Daisy.

Cincuenta y ocho años.

Enfermedad hepática terminal.

Antecedentes cardíacos.

Reciente remisión de cáncer.

Cuadro séptico de origen incierto.

Voluntades anticipadas registradas.

Resistencia familiar.

Maggie sintió la opresión familiar en el pecho... no era miedo exactamente. Era reconocimiento.

Aquello era una mina terrestre emocional.

Levantó la vista. —Brooks.

La cabeza de Evie se irguió de inmediato. —Sí, doctora Laurel.

—Usted se encargará de Carter.

Un instante de silencio.

Uno de los residentes veteranos, Patel, se removió. —Doctora Laurel, ese caso es...

—Complicado —terminó Maggie—. Sí.

Evie no dudó. —De acuerdo.

Maggie sostuvo su mirada un momento más de lo necesario y luego se volvió de nuevo hacia el equipo. —Pasamos planta en diez minutos. Actualizaciones de historiales para mediodía. Y si no sabéis la respuesta, decid que no lo sabéis. Inventar es como muere la gente.

Los residentes se dispersaron.

Evie se quedó.

Maggie lo sintió antes de reconocerlo: la silenciosa insistencia de alguien que no sabía cuándo retirarse. Irritante pero intrigante.

—Doctora Laurel —dijo Evie.

Maggie siguió caminando. —Dígame.

—No he venido a causar problemas.

Maggie no aminoró el paso. —Entonces no los cause.

Evie se puso a caminar a su lado de todos modos. —Sé que me extralimité en urgencias.

—Lo hizo.

—Mantendré la cabeza baja.

Maggie la miró entonces, de forma breve pero deliberada. —No lo haga.

Evie parpadeó. —¿Perdón?

—Mantener la cabeza baja no ayuda a nadie —dijo Maggie—. Solo hace que estés más callada cuando te equivocas. No te estoy castigando; te estoy ayudando a aprender. Para eso estás aquí, ¿verdad?

La boca de Evie se contrajo, casi una sonrisa, rápidamente reprimida. —¿O sea que quiere que vuelva a desafiarla?

—Quiero que aprenda cuándo desafiar —respondió Maggie—, y cómo. Hay una diferencia.

Se detuvieron ante la habitación de Daisy Carter.

Maggie no abrió la puerta de inmediato.

En su lugar, se giró del todo hacia Evie, bloqueando la entrada con su cuerpo... no de forma agresiva, sino deliberada. De cerca, Maggie pudo ver lo que Evie se esforzaba tanto por ocultar: la tensión en sus hombros, la forma en que se mantenía apenas un ápice demasiado quieta, como si se preparara para un impacto.

—Es usted perspicaz —continuó Maggie—. Ve patrones. Hace las preguntas adecuadas.

Evie entreabrió los labios y volvió a cerrarlos. Asintió una vez, cautelosa, sin saber a dónde iba a parar esto.

—Pero ser perspicaz no basta —dijo Maggie—. Aquí no.

Apoyó la mano en el pomo de la puerta, anclándose en el metal frío. —Este caso la pondrá a prueba. La medicina es complicada. La familia está enfadada. Y usted no podrá salvarla.

—Usted no sabe eso.

Maggie la estudió durante un largo instante; sin irritación, sin desdén. Evaluándola.

—A eso —dijo Maggie en voz baja— es a lo que me refiero.

La mirada de Evie vaciló, herida y perspicaz a la vez, antes de apartar la vista... como un animal sobresaltado por los faros, con el instinto gritando *peligro* incluso mientras el orgullo la mantenía anclada al sitio.

Maggie no se ablandó.

Abrió la puerta y entró.

Daisy Carter parecía más menuda de lo que sugería su historial. No frágil exactamente, sino desgastada. Tenía la piel pálida, tensa sobre unos pómulos prominentes, y su respiración era superficial e irregular. Sus ojos se abrían y cerraban con la mirada perdida, como si mantenerse presente requiriera un esfuerzo sobrehumano.

Su hija, Kara, estaba sentada en la silla del rincón, con la espalda rígida y los brazos cruzados con fuerza sobre sí misma. La mirada de Kara se clavó en Maggie de inmediato: afilada, evaluadora, ya preparada para una pelea.

Maggie las presentó a ambas con voz tranquila y neutra. Luego dio un pequeño paso atrás y señaló hacia Evie.

—Adelante —dijo Maggie.

Evie se acercó a la cama con una dulzura que sorprendió a Maggie; no era una actitud tentativa, sino intencionada. No se precipitó. Primero acomodó la manta, alisándola con cuidado, y luego revisó las vías intravenosas, con un toque ligero pero seguro. Cuando habló con Daisy, su voz se suavizó sin perder claridad.

—Hola, señora Carter. Soy la doctora Brooks. ¿Cómo se encuentra ahora mismo?

Los labios de Daisy se curvaron levemente. —Cansada —susurró —. Muy cansada.

Evie asintió como si esa respuesta fuera importante. —Es comprensible.

Kara vigilaba cada movimiento como si estuviera esperando a que Evie cometiera un error... esperando para justificar la ira que mantenía contenida por pura fuerza de voluntad.

—¿Qué le pasa? —preguntó Kara—. Todo el mundo insiste en que es una infección, pero nadie sabe decirme dónde está o por qué está empeorando.

Evie miró fugazmente a Maggie. Solo un destello. Una pregunta, no una súplica.

Maggie asintió levemente.

Responda. Para eso está aquí.

Evie se volvió hacia Kara. —Su madre tiene una sepsis. Eso significa que su cuerpo está luchando contra una infección que afecta a todo su sistema. Su presión arterial está baja y sus análisis muestran signos de agotamiento. Seguimos buscando el foco, pero la estamos tratando de forma agresiva.

Kara se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas. —¿Se está muriendo?

La palabra golpeó la habitación como un cristal rompiéndose.

Evie vaciló.

Maggie lo vio: el instinto de suavizar, de amortiguar, de ganar tiempo con vaguedades. La compasión de Evie brillaba con fuerza y peligrosidad, de la forma en que siempre lo hacía justo antes de chocar contra la realidad.

Maggie intervino.

—Es posible —dijo Maggie.

Las palabras fueron breves. Definitivas.

Evie se giró bruscamente, con el asombro reflejado en el rostro. La expresión de Kara se derrumbó durante medio segundo —el dolor abriéndose paso— antes de volver a tensarse en un gesto duro y furioso.

—No —dijo Kara—. Superó un cáncer. No ha sobrevivido a todo eso para morir porque ustedes no encuentran una infección.

Maggie no flaqueó. —No estoy diciendo que nos estemos rindiendo.

—Pues eso parece —espetó Kara.

—Digo que estamos siendo honestas —respondió Maggie—. No es lo mismo.

Kara entrecerró los ojos. —Ella no quiere ir a la UCI.

Maggie asintió. —Lo sé.

La atención de Evie se centró por completo en Kara. —¿A qué se refiere?

—Firmó un documento de voluntades —dijo Kara rápidamente, a la defensiva, como desafiándolas a discutir—. Ni respirador. Ni UCI. Ella me lo dijo.

La postura de Maggie cambió... sutilmente, pero Evie lo notó. Menos rígida. Más asentada.

—Entonces respetaremos eso —dijo Maggie—. Y hablaremos de lo que significa el confort. Hablaremos de opciones.

Los hombros de Kara se hundieron; la combatividad se le escapó de golpe. —Solo no quiero que sufra —susurró—. No quiero que pase nada de esto.

La voz de Maggie se suavizó... no mucho, pero lo suficiente. —Nosotras tampoco, Kara. Estamos aquí para hacer lo mejor que podamos por su madre.

Salieron de la habitación en silencio.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Evie se encaró con ella en el pasillo.

—No debería haber dicho eso —siseó Evie.

—¿El qué? —respondió Maggie con calma.

—Que es posible que se esté muriendo. Ni siquiera le hemos hecho el TAC. No conocemos el foco todavía.

—Si encontramos un foco, lo tratamos —dijo Maggie con ecuanimidad—. Pero la negación no protege a las familias. Retrasa el consentimiento hasta que es demasiado tarde para que sientan que han tenido voz y voto.

A Evie se le ensancharon las aletas de la nariz. —La gente necesita esperanza.

—Sí —dijo Maggie, volviéndose del todo hacia ella—. La necesitan. Pero la esperanza no es lo mismo que la fantasía.

Evie la miró fijamente, con algo crudo brillando tras sus ojos. —Actúa como si fuera la única que entiende el sufrimiento.

Las palabras aterrizaron con más dureza de la que Evie pretendía.

Maggie sostuvo su mirada, firme y sin parpadear. —No —dijo—. Actúo como alguien que ha visto lo que ocurre cuando los médicos

mienten porque no saben lidiar con el duelo.

Se acercó un paso... no de forma amenazante, sino con una autoridad indiscutible. —No me importa que me cuestione —añadió Maggie en voz baja—. Pero recuerde quién tiene la experiencia aquí. No soy nueva en esto.

Evie apartó la vista, con la mandíbula apretada; la vergüenza y la rabia luchaban visiblemente en su rostro.

Maggie la observó, con un dolor familiar oprimiendo la base del esternón.

Concéntrate, se dijo a sí misma.

Esto era enseñar.

Esto era necesario.

Aunque una parte de ella ya supiera el precio.



Más tarde, en la sala de juntas, Evie estaba ante la pizarra blanca, con el rotulador destapado y una postura firme pero alerta.

—Dada la hipotensión persistente y los cultivos iniciales negativos —dijo Evie—, me preocupa un foco oculto. Una infección de vía es posible, pero también querría descartar una endocarditis..., especialmente con sus antecedentes cardíacos. Podría estar indicado un ETE si ella lo tolera.

No se precipitó. No anduvo con rodeos.

Maggie escuchó sin interrumpir, con los brazos cruzados relajadamente y la mirada fija en las notas de Evie. El diagnóstico diferencial era agudo: minucioso sin ser disperso. Exactamente lo que Maggie esperaría de alguien que veía patrones en lugar de solo problemas.

Cuando Evie terminó, tapó el rotulador y se giró.

Maggie asintió una vez. —Bien.

Evie exhaló, relajando un poco la tensión.

—Sé que le importa —añadió Maggie—. Solo no deje que eso la ciegue.

Evie la estudió por un momento. —No lo haré.

Luego, más bajo, más dubitativa: —Sabe que no es tan fría como dicen.

Las palabras calaron más hondo de lo que Evie probablemente pretendía.

Maggie sintió el impacto de todas formas.

Antes de que pudiera responder, su buscapersonas vibró contra su cadera; agudo, insistente. Miró hacia abajo automáticamente.

COMITÉ DE REVISIÓN MÉDICA

SOLICITUD DE DECLARACIÓN DE MÉDICO RESPONSABLE

El ambiente en la sala cambió.

Maggie tensó la mandíbula. Enderezó la espalda. Años de control practicado se activaron, incluso mientras algo en su interior retrocedía con desagrado.

Evie lo notó de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Maggie blindó su expresión. —Nada por lo que deba preocuparse.

Evie frunció el ceño. —Eso no es una respuesta.

—Esa es mi respuesta. A veces de verdad no sabe cuándo parar, ¿verdad? —dijo Maggie con voz cortante.

Evie vaciló, claramente dividida entre el instinto y la contención. Luego, suavemente: —Doctora Laurel...

Maggie levantó la cabeza bruscamente.

—Basta.

La palabra cortó el aire de la sala.

Evie se quedó helada, mientras el color le subía a la cara. —Lo siento.

El silencio se extendió entre ellas, tenso y quebradizo.

Maggie odiaba que su pulso se acelerara. Odiaba que la preocupación de Evie hubiera llegado a un lugar que no debía. Odiaba que por medio segundo casi lo hubiera permitido.

Se dio la vuelta, con la tableta sujeta con demasiada fuerza en la mano.

Ciertas reglas existían por una razón.

Y esta —la distancia— no era negociable.

Todavía no.

4

EVIE

Evie Brooks había sobrevivido a momentos peores que aquel en el que le habían dicho *no lo haga*.

Había sobrevivido a médicos adjuntos que hacían de la humillación un deporte, a residentes que trataban a los trasladados como a intrusos, a hospitales donde aprendías rápido que la brillantez no te protegía de la política. Había aprendido a tragarse la vergüenza, a redirigir la adrenalina hacia la concentración, a seguir adelante incluso cuando sentía el pecho oprimido por el miedo a estar a un solo movimiento en falso del destierro.

Aun así.

Este momento perduraba.

Lo revivía mientras se frotaba las manos por cuarta vez en diez minutos, con el aroma del antiséptico calándole en la nariz. La voz de Maggie: baja, tajante. La forma en que la palabra cortó el aire. La forma en que la habitación pareció encogerse a su alrededor.

No lo haga.

Sin levantar la voz. Sin crueldad.

Peor aún: con control.

Evie diseccionaba el momento igual que diseccionaba los casos.

—¿Qué suposición se me ha pasado por alto?

—¿Qué línea he cruzado?

—¿Ha sido el nombre o la preocupación que escondía?

Apretó la mandíbula.

No había pretendido ser familiar. No había pretendido reclamar nada. Simplemente... había reaccionado. Había visto algo extraño en Maggie Laurel —tensión, distracción, algo humano bajo el acero— y le había puesto nombre sin pensar.

Un error de novata.

Solo que Evie no era una novata.

Y ese era el problema.

Se apoyó en la encimera, respirando lentamente hasta que el zumbido de su pecho se apaciguó hasta ser manejable. No podía permitirse entrar en barrena. No aquí. No ahora. Oakridge no recompensaba la fragilidad. Recompensaba los resultados.

Así que Evie tomó una decisión.

No se retiraría. No corregiría el error en exceso volviéndose invisible o demasiado deferente. No se disculparía por su competencia ni se rebajaría para resultar más aceptable.

Si Maggie Laurel había trazado un límite, Evie lo respetaría.

Pero se quedaría.

Y sería buena.



Daisy Carter estaba despierta cuando Evie entró sigilosamente en la habitación más tarde esa mañana, con la luz de la ventana iluminando el fino plateado de sus cabellos. Su hija, Kara, estaba encorvada en la esquina, deslizando el dedo por el teléfono con furia, como si la pantalla pudiera ofrecer una solución que la medicina aún no había proporcionado.

Evie se movió en silencio, comprobando las constantes, ajustando la manta.

—Has vuelto —dijo Daisy, con voz ronca pero clara.

Evie sonrió suavemente.

—Dije que lo haría.

Daisy la estudió con una agudeza sorprendente—. Usted es la que va de frente.

Evie se quedó inmóvil.

—Eso es lo que dice Kara —continuó Daisy—. Dice que usted no esquiva el bulto.

Kara levantó la vista bruscamente—. Mamá...

—No pasa nada —dijo Daisy—. Quiero que esté aquí.

Evie acercó la silla a la cama y se sentó.

—¿Qué quiere saber?

Daisy no dudó—. ¿Cómo de grave es?

Evie sintió que el peso de la pregunta se instalaba entre ambas. Este era el momento sobre el que Maggie le había advertido: el borde donde la verdad podía dar firmeza o destrozarlo todo.

Eligió sus palabras con cuidado.

—Aún no lo sabemos todo —dijo Evie—. Sabemos que hay una infección y que su cuerpo está trabajando muy duro para combatirla. Algunos tratamientos ayudarán. Otros puede que no. Lo que más importa es que respetemos lo que usted quiere.

Daisy asintió lentamente—. No quiero estar sola.

—No lo estarás —dijo Evie de inmediato.

Kara suspiró, pero la mirada de Daisy se mantuvo firme.

—Bien —murmuró Daisy—. Entonces dígame qué aspecto tiene la esperanza ahora mismo.

Evie tragó saliva.

—La esperanza —dijo— tiene el aspecto del bienestar. De la honestidad. El aspecto de que usted tenga voz y voto en lo que suceda a continuación.

Daisy sonrió levemente—. Me gusta ese tipo de esperanza.

Algo en el pecho de Evie se aflojó.

Después, cuando Evie salió al pasillo, Maggie Laurel la estaba esperando.

No acechando. No interrumpiendo.

Esperando.

Evie se detuvo en seco, con los nervios aflorando de nuevo antes de poder reprimirlos—. Yo...

—Ha gestionado eso bien —dijo Maggie.

No fue algo efusivo. No fue algo tierno.

Fue real.

Evie parpadeó—. ¿Lo ha oído?

—Kara se lo ha dicho a la enfermera —respondió Maggie—. Se ha sentido respetada.

Evie exhaló, soltando la tensión de sus hombros—. No estaba segura de si...

—No se ha excedido —dijo Maggie—. Se ha mantenido presente.

Dichas palabras calaron más hondo que cualquier elogio anterior.

—Gracias —dijo Evie en voz baja.

Maggie asintió una vez y luego se dio la vuelta para irse, pero Evie lo notó. La forma en que los pasos de Maggie eran un poco demasiado rápidos. La forma en que sus hombros estaban rígidos, su mandíbula más apretada de lo necesario.

Algo iba mal.

Evie la vio marcharse, con la inquietud calando en los bordes de su determinación.

~

A media tarde, Evie estaba segura.

Maggie pasó por alto un resultado de laboratorio que normalmente habría detectado al instante. Se detuvo demasiado tiempo ante un historial. Respondió a una pregunta con una impaciencia cortante que no encajaba del todo con la situación.

No se estaba desmoronando.

Pero estaba bajo tensión.

Evie se sorprendió observando a Maggie en lugar de a su pantalla, catalogando los cambios sin pretenderlo.

Cuando Maggie habló finalmente, la sobresaltó.

—Brooks.

Evie se enderezó—. ¿Sí, doctora Laurel?

—Me gustaría invitarla a un café, creo que ayudará a calmar las cosas.

Evie frunció el ceño—. ¿Un café?

—No el café del hospital —aclaró Maggie—. Cinco minutos.

Evie tardó un segundo en comprenderlo.

Esto no era una interconsulta. No era una lección.

Era... algo más. Y no hizo más preguntas.

—Está bien —dijo Evie con cautela, respondiendo por instinto.

La cafetería olía a café de verdad y a azúcar caliente; reconfortante de una forma que los pasillos del hospital nunca lo eran. Estaba tranquila sin estar vacía, el tipo de lugar al que la gente acude para estar a solas consigo misma un rato.

Maggie eligió una mesa cerca de la ventana, de espaldas a la pared.

Evie se dio cuenta.

Por supuesto que lo hizo.

Maggie pidió sin preguntar. Evie la observó hacerlo: decidida, eficiente, volviendo ya a los hábitos familiares ahora que estaban lejos de los uniformes y la luz fluorescente.

Llegaron dos cafés. Maggie deslizó uno por la mesa.

—Esto es fuera del horario laboral —dijo Maggie—. Lo que significa que no vamos a hablar de pacientes.

Evie rodeó la taza con las manos, agradecida por el calor—. ¿Eso incluye a la que nos ha arrastrado hasta aquí?

La boca de Maggie se contrajo a su pesar—. Especialmente a esa.

Evie sonrió; sin burlas, sin deferencia. Simplemente presente.

Se sentaron en silencio un momento. No era incómodo. Estaba cargado de significado.

Maggie lo rompió primero—. No se ha acobardado ahí dentro.

Evie ladeó la cabeza—. ¿Con Daisy?

—Sí.

Evie lo sopesó—. Quise hacerlo. Pero ella merecía firmeza, no mi miedo.

Maggie la estudió por encima del borde de su taza—. Eso no es algo que la mayoría de la gente aprenda pronto.

Evie se encogió de hombros—. Lo aprendí por las malas.

Maggie no preguntó cómo. Esa moderación por sí sola se sentía íntima.

—¿Por qué medicina interna? —preguntó Maggie en cambio.

Evie parpadeó—. Esa... no es una pregunta pequeña.

La mirada de Maggie se mantuvo firme—. No se la he hecho a la ligera.

Evie exhaló y luego sonrió levemente—. Porque es caótica. Porque es humana. Porque a nadie se le permite esconderse tras un solo diagnóstico.

Maggie asintió lentamente—. Podría haber elegido algo más aséptico.

—No me gusta lo aséptico —dijo Evie—. Me gusta lo honesto.

La palabra quedó flotando entre ellas.

Maggie dejó su taza con cuidado—. Mi mujer solía decir lo mismo.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. La expresión de Evie cambió; no era lástima, sino atención. Atención real.

—¿Solía? —preguntó Evie con suavidad.

Maggie miró por la ventana, con la mandíbula apretada—. Sarah. Murió. Hace seis años. —Hizo una pausa y añadió en voz baja—: Cáncer de páncreas. Rápido. Brutal. Todas esas cosas que no pudimos controlar.

Evie no se apresuró a llenar el silencio. Se limitó a esperar.

—Ella también era honesta —continuó Maggie, con voz más suave ahora—. Incluso cuando dolía. Especialmente cuando dolía. Usted le habría gustado.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas: íntimas, vulnerables, peligrosas.

La voz de Evie fue cautelosa—. Siento mucho que la perdiera.

Maggie asintió una vez y luego se enderezó, con los muros volviendo a su sitio—. Fue hace mucho tiempo.

—El duelo no entiende de plazos —dijo Evie en voz baja.

Maggie miró por la ventana durante un largo momento, con la mandíbula apretada y la mirada distante. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja.

—Maneja las cosas mejor que la mayoría de los adjuntos veteranos que conozco.

Evie parpadeó—. Usted no dice cosas que no siente.

—No —asintió Maggie—. No lo hago.

Evie vaciló y luego dijo con delicadeza—: Se la veía... perturbada antes.

La mirada de Maggie regresó a ella. Afilada. Defensiva.

—Eso no es...

Evie levantó una mano—. No le pido que me lo explique. Simplemente... me he dado cuenta.

El silencio se prolongó.

La mayoría de la gente lo habría llenado.

Maggie no lo hizo.

Finalmente, dijo—: La gente se fija demasiado.

Evie sonrió suavemente—. Solo cuando les importa.

Los dedos de Maggie se apretaron alrededor de su taza—. Que algo te importe es peligroso.

—También lo es la distancia —replicó Evie, con serenidad. Sin acusar. Sin suplicar.

Maggie soltó una risa leve, breve y sin gracia—. No le falta confianza en sí misma.

Evie sostuvo su mirada—. A usted tampoco. Solo que no deja que nadie se acerque lo suficiente para ponerla a prueba.

Las palabras fueron audaces.

Maggie debería haber zanjado el asunto.

En lugar de eso, parecía cansada.

—¿Sabe por qué la he invitado a venir? —preguntó Maggie.

Evie negó con la cabeza.

—Porque al verla con Daisy... —Maggie hizo una pausa, eligiendo sus palabras—. Me ha recordado algo que ya no me permito hacer.

El pecho de Evie se apretó—. ¿El qué?

—Quedarse —dijo Maggie con sencillez—. Sin armadura.

Evie no se movió. No alargó la mano. No presionó.

—Eso suena solitario —dijo.

La mandíbula de Maggie se tensó—. Es eficiente.

Evie sonrió con tristeza—. No es lo mismo.

Cuando se levantaron para irse, Maggie volvía a ser Maggie —espalda erguida, la máscara puesta—, pero algo en su interior había

cambiado.

—Esto no volverá a ocurrir —dijo Maggie en voz baja, fuera de la cafetería.

Evie asintió—. De acuerdo.

Se quedaron allí un instante demasiado largo. La dinámica de poder se sentía intensa.

Ninguna se movió.

Evie rompió el silencio primero—. Por lo que valga... me alegro de que me lo haya pedido.

Maggie la miró a los ojos. Algo desprotegido asomó en ellos.

—Yo también —dijo.

Caminaron de vuelta hacia Oakridge por separado.

Pero Evie sabía —en lo más profundo de su ser— que esto no había cerrado nada.

Había abierto algo que Maggie Laurel ya no fingía que no existía.

5

MAGGIE

Faltaba poco para la medianoche cuando el buscapersonas de Maggie volvió a sonar.

Llevaba tiempo sentada a solas en la sala de guardia, con la bata doblada con esmero sobre la silla y la tableta abierta en el escritorio delante de ella. El historial de Daisy Carter le devolvía la mirada desde la pantalla, familiar e irritantemente inconcluso.

Ya lo había revisado tres veces.

En ese momento no lo estaba leyendo.

Su mente no dejaba de dar vueltas a lo ocurrido en la cafetería. A la voz de Evie. A la forma en la que había dicho *eso no es lo mismo* cuando Maggie había llamado «eficiencia» a la soledad.

Maggie frunció el ceño levemente y volvió a desplazarse por el historial, más por hábito que por necesidad.

Evie Brooks había firmado la nota más reciente.

Era pulcra. Meticulosa. Atenta.

Maggie se quedó mirando el nombre de Evie más tiempo del que debería.

Aquello era ridículo.

Exhaló aire, se frotó brevemente la cara con la mano y luego echó mano del buscapersonas que llevaba enganchado a la cintura.

No el suyo personal, sino el del servicio. El que era neutro. El que no significaba nada.

Escribió un mensaje corto antes de que pudiera arrepentirse.

CARTER – ¿ESTADO?

Se dijo a sí misma que era apropiado. Necesario. Profesional.

No se dijo que esperaba que Evie respondiera.

La respuesta llegó menos de un minuto después.

ESTABLE POR AHORA. TENSIÓN MANTENIDA. SIGO AQUÍ.

Maggie se quedó mirando las palabras.

Sigo aquí.

Podría haber respondido con un *gracias.* O un *mantenedme informada.* O no responder nada en absoluto.

En su lugar, escribió:

PÁSATE CUANDO TENGAS UN MINUTO.

Se arrepintió al instante.

Llamaron a la puerta diez minutos después.

No fue un toque urgente. Ni vacilante. Fue pausado.

Maggie se levantó antes de ser plenamente consciente de que se movía. Cruzó la habitación y abrió la puerta.

Evie estaba en el pasillo, con el pelo suelto y la chaqueta echada sobre un hombro. Parecía cansada pero serena. Alerta. Como alguien que hubiera venido preparada para marcharse si se lo pedían. Sus ojos tenían un brillo especial. Una curiosidad. Una sensación persistente de la que Maggie no podía librarse.

—Hola —dijo Evie en voz baja.

Maggie se hizo a un lado sin hablar, permitiéndole entrar.

La puerta se cerró tras ellas; el clic sonó con fuerza en el silencio de la estancia.

Durante un momento, ninguna habló.

—Esto no es por lo de antes —dijo Maggie finalmente—. No quiero...

—Lo sé —dijo Evie rápidamente—. No habría venido si no me hubieras avisado.

Eso la detuvo.

Maggie se volvió totalmente hacia ella, buscando en su rostro algo de temeridad o de expectación.

No encontró ninguna de las dos cosas.

—¿Daisy? —preguntó Evie.

—Sí —respondió Maggie—. Quería oírlo directamente.

Evie asintió y se acercó al escritorio, dejando su tableta pero sin abrirla. Habló con claridad, de forma clínica: actualizaciones, constantes vitales, contingencias. Era la doctora que solía ser cuando las cosas importaban.

Maggie escuchó, refugiándose en la cadencia familiar del trabajo.

Cuando Evie terminó, Maggie asintió una vez. —Bien.

El silencio volvió a instalarse.

Diferente esta vez.

Evie cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra. —Si eso es todo...

—No lo es —dijo Maggie.

Las palabras las sorprendieron a ambas.

Evie se quedó donde estaba. —Vale.

Maggie vaciló, luego se apoyó en el escritorio, cruzándose de brazos; no de forma defensiva, sino para sostenerse.

—No deberías haber venido a la cafetería hoy —dijo.

Evie parpadeó. —Tú me lo pediste.

—Sí —dijo Maggie—. Y ese es el problema.

Evie la observó con atención. —No te arrepentiste.

La mandíbula de Maggie se tensó. —Eso no es lo mismo.

—No —asintió Evie—. Pero no es nada.

Maggie cerró los ojos brevemente. Las palabras que había estado reprimiendo presionaban su garganta, afiladas e insistentes.

—Esto no puede pasar —dijo finalmente, abriendo los ojos para encontrarse con la mirada de Evie—. Sea lo que sea lo que creas que se está gestando aquí, se acaba. Ahora.

Evie no discutió.

Asintió despacio, con la expresión blindada de repente. —Entonces debería irme.

Se giró hacia la puerta.

El movimiento resultó erróneo: demasiado rápido, demasiado definitivo.

—Evie —dijo Maggie.

Evie se detuvo pero no se volvió.

—Si te pido que te quedes —continuó Maggie con cautela, con la voz más baja ahora, más ronca—, no significa que sepa qué vendrá después.

Evie se giró lentamente, buscando en el rostro de Maggie. —No te pido que prometas nada.

Maggie tragó saliva. —¿Y si te pido que te vayas?

La voz de Evie fue queda pero segura. —Lo haré.

La certeza de esas palabras golpeó con más fuerza de la que Maggie esperaba.

Miró a Evie; la miró de verdad. Esa apertura sin expectativas. Esa contención sin retirada. La forma en que estaba allí, presente y paciente, sin presionar pero tampoco retrocediendo.

Maggie sintió que algo se resquebrajaba en su pecho.

—Dime que no quieres esto —dijo Evie suavemente.

A Maggie se le cortó la respiración.

Había pasado años levantando muros. Años diciéndose que no a sí misma: al descanso, a la ternura, a cualquier cosa que pudiera desestabilizar el equilibrio cuidadosamente mantenido que la mantenía operativa.

Pero nunca se había mentido a sí misma.

—No puedo —admitió Maggie, con las palabras apenas por encima de un susurro—. Y ese es el problema.

La expresión de Evie cambió; no fue triunfo, sino alivio. Comprensión.

No se acercó más. Esperó.

Maggie sintió el peso de esa paciencia, el espacio que Evie estaba dejando deliberadamente para que ella eligiera.

Y, Dios, eso lo hacía más difícil.

—Esto es un error —dijo Maggie, pero su voz había perdido su severidad.

—Tal vez —respondió Evie—. Pero aun así me avisaste.

Maggie soltó una carcajada única, seca y sin humor. —Eres imposible.

—Tú también lo eres —dijo Evie—. Solo que lo ocultas mejor.

El aire entre ellas se sentía cargado, denso por todo lo que no se decía.

Maggie se separó del escritorio, dando un paso adelante. Luego otro. Acortando la distancia pero moviéndose despacio, dándose tiempo para detenerse, dando tiempo a Evie para dar un paso atrás.

Ninguna de las dos lo hizo.

Ya estaban cerca. Lo suficiente para que Maggie viera cómo había cambiado la respiración de Evie, la ligera tensión en sus hombros, la forma en que su mirada bajó brevemente hacia los labios de Maggie antes de volver a sus ojos.

—Si hacemos esto —dijo Maggie en voz baja—, no hay marcha atrás.

—Lo sé —susurró Evie.

—Lo complicará todo.

—Lo sé.

—La gente se…

—Maggie —la interrumpió Evie con suavidad—. Lo sé.

Maggie exhaló un suspiro trémulo y levantó una mano para apartar un mechón de pelo del rostro de Evie; el contacto fue ligero, tentativo. A modo de prueba.

Evie se inclinó hacia ella, solo un poco.

Aquel pequeño movimiento deshizo algo en el interior de Maggie.

—No sé cómo hacer esto —admitió Maggie, con la voz quebrada de una forma que rara vez se permitía.

—¿Hacer qué?

—Dejar entrar a alguien.

La mirada de Evie se suavizó. —Ya lo has hecho.

El beso, cuando llegó, fue deliberado.

Sin prisas. Sin frenesí.

Maggie acortó los últimos centímetros entre ellas, dejando una mano apoyada en el lateral del cuello de Evie con el pulgar rozando su mandíbula. Se detuvo ahí, una oportunidad más para retirarse, un momento más para ser racional.

Entonces la besó.

Lento. Exploratorio. Real.

Evie respondió de inmediato, buscando con sus manos la cintura de Maggie, atrayéndola hacia sí pero sin exigir. Simplemente presente. Simplemente allí.

El beso se hizo más profundo gradualmente, con el calor aumentando entre ellas por oleadas; controlado al principio, después no tanto. Maggie sintió que la cuidadosa contención que había mantenido todo el día empezaba a deshilacharse; sintió que el deseo que había estado negando presionaba con una urgencia repentina.

Se apartó un poco, respirando con dificultad, con la frente apoyada contra la de Evie.

—Deberíamos parar —dijo Maggie, aun cuando sus manos permanecieron exactamente donde estaban.

—¿Quieres parar? —preguntó Evie, con voz firme a pesar de su propia respiración acelerada.

Maggie cerró los ojos. —No.

—Pues no lo hagas.

Fue un permiso. No una presión.

Maggie volvió a besarla, esta vez con más fuerza, menos comedida. Evie correspondió a su intensidad, apretando los dedos en la cintura de Maggie y atrayéndola por completo contra ella.

Se dirigieron juntas hacia la estrecha cama, sin llegar a separar del todo sus bocas, con las manos empezando a explorar, tímidamente al principio y luego con más audacia. La bata blanca de Maggie cayó al suelo. La chaqueta de Evie fue detrás.

Cuando finalmente hicieron una pausa, sentadas al borde de la cama, Maggie sintió que el peso de lo que estaban a punto de hacer se asentaba sobre ella.

—Última oportunidad —dijo con voz ronca.

Evie levantó las manos, acunando el rostro de Maggie con ternura. —No voy a ir a ninguna parte.

Maggie buscó en sus ojos una vez más, buscando dudas, vacilaciones o cualquier cosa que pudiera darle una excusa para detenerse.

No encontró nada.

—Vale —susurró Maggie.

Y entonces se dejó llevar.

La intimidad real se desarrolló lentamente: un desprendimiento deliberado de capas, tanto literales como metafóricas.

Maggie guio a Evie hacia atrás sobre la cama, con movimientos cuidadosos pero seguros ahora que la decisión estaba tomada. La besó a lo largo de la mandíbula, bajando por el cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo sus labios.

—Esto es tan inapropiado —susurró Maggie contra su piel.

Las manos de Evie se deslizaron por la espalda de Maggie, atrayéndola más. —Sé que sientes lo mismo que yo. Puedo verlo en tus ojos.

Maggie levantó la cabeza, encontrándose con la mirada de Evie. La vulnerabilidad que había allí —no solo deseo, sino confianza— hizo que se le oprimiera el pecho.

Volvió a besarla, más profundamente esta vez, permitiéndose sentir el calor del cuerpo de Evie bajo el suyo, el suave sonido de placer cuando el muslo de Maggie presionó entre sus piernas.

—Yo no diré nada si tú no lo haces —murmuró Evie, y Maggie sintió que algo en su interior se expandía ante la silenciosa promesa de aquellas palabras.

Sus manos se movían ahora con propósito, recorriendo las curvas del cuerpo de Evie primero a través de la ropa y luego por debajo de ella. Cada toque arrancaba respuestas: escalofríos, suaves jadeos, el arqueo de la espalda de Evie buscando más contacto.

Maggie se tomó su tiempo.

No porque estuviera insegura, sino porque aquello importaba. Porque Evie importaba.

Porque una vez que cruzara esa línea por completo, ya no se podría fingir que nada había cambiado.

—Joder —suspiró Maggie cuando su mano por fin se deslizó bajo la cinturilla de Evie, encontrando la prueba de cuánto deseaba Evie aquello. Cuánto la deseaba a ella.

Las caderas de Evie se elevaron instintivamente. —Maggie...

—Te tengo —dijo Maggie suavemente, con sus dedos moviéndose con deliberado cuidado, aprendiendo qué hacía que a Evie se le cortara el aliento, qué hacía que apretara el agarre sobre los hombros de Maggie.

Observó el rostro de Evie mientras la tocaba: la forma en que sus ojos se cerraban, el rubor que se extendía por su pecho, los pequeños sonidos que no podía contener del todo pese al lugar donde estaban.

—Mírame —dijo Maggie en voz baja.

Evie abrió los ojos, encontrándose con los suyos con una intensidad que hizo que la propia excitación de Maggie se disparara.

—Quiero verte —continuó Maggie, con movimientos cada vez más decididos, más concentrados.

Evie asintió, sosteniéndole la mirada incluso mientras el placer se reflejaba visiblemente en sus facciones. Sus manos buscaron el rostro de Maggie, atrayéndola para un beso que era más aliento que contacto, interrumpido por gemidos y ánimos susurrados.

—No pares —consiguió decir Evie—. Por favor, no…

—No lo haré —prometió Maggie contra su boca, y lo decía por algo más que por ese momento.

Cuando Evie llegó al clímax, lo hizo con el nombre de Maggie en los labios, con su cuerpo arqueándose ante el toque de Maggie y sus manos aferrándose desesperadamente a su espalda. Maggie la sostuvo durante todo el proceso, ralentizando sus movimientos gradualmente, suavizándolos hasta que Evie se desplomó de nuevo contra el estrecho colchón, respirando con fuerza.

Maggie retiró la mano con cuidado, depositando suaves besos en la sien de Evie, en su mejilla, en su boca.

—¿Estás bien? —susurró.

Evie rió sin aliento. —Más que bien.

Buscó a Maggie, tirando de ella para que se acostara a su lado, pero Maggie le sujetó la muñeca con suavidad.

—Con esto ha sido suficiente —dijo Maggie en voz baja.

Evie frunció el ceño. —Pero tú...

—Estoy bien —le aseguró Maggie, y era verdad de una forma que la sorprendió. El acto de dar aquello a Evie, de permitirse estar presente y desprotegida, había satisfecho algo en ella que iba más allá del desahogo físico.

Evie estudió su rostro durante un largo momento y luego asintió lentamente. —Vale. Pero la próxima vez...

—La próxima vez —la interrumpió dulcemente— es algo que resolveremos más adelante.

Evie se acomodó contra ella, con la cabeza apoyada en el hombro de Maggie. —Podría acostumbrarme a esto.

El brazo de Maggie la estrechó por instinto, aun cuando las alarmas empezaron a sonar en el fondo de su mente.

—No lo hagas —dijo en voz baja—. Todavía no.

Evie guardó silencio un momento y luego dijo: —¿Por qué no aprovechas para descansar un poco ahora que tienes la oportunidad?

Era una maniobra de distracción, pero amable.

Maggie asintió contra la coronilla de Evie, sintiendo que el agotamiento empezaba por fin a hacer mella en ella.

—Solo unos minutos —aceptó.

Pero mientras la respiración de Evie se acompasaba a su lado, Maggie permaneció despierta, mirando al techo.

No se sentía imprudente.

No sentía vergüenza.

Se sentía, sin lugar a dudas, cambiada.

Había líneas que ya no podía volver a trazar. Elecciones que no podía fingir que no había tomado.

Y por primera vez en mucho tiempo, aquello no se sentía como un fracaso.

Se sentía como la verdad.

Incluso aunque no tuviera ni idea de qué hacer con ella.

6

EVIE

Evie se despertó en medio del silencio.

No era el silencio apacible del sueño, sino la quietud suspendida de un hospital entre alarmas; de esa clase que nunca duraba.

Las luces del cuarto de guardia estaban atenuadas, proyectando sombras suaves por el techo. Durante un momento, no se movió. Se quedó allí tumbada, respirando, escuchando, orientándose ante el peso de lo que había sucedido.

Maggie estaba a su lado.

No la tocaba en ese momento, pero estaba lo bastante cerca como para que Evie pudiera sentir el calor de su cuerpo a través de las finas sábanas, su presencia sólida como un ancla. Maggie yacía boca arriba, con un brazo cruzado sobre el abdomen y la mirada fija en el techo.

Despierta.

Evie cambió ligeramente de postura. El movimiento fue suficiente.

La respiración de Maggie cambió: lenta, deliberada. Controlada.

Eso le dijo a Evie más de lo que habrían hecho las palabras.

—No has dormido —dijo Evie en voz baja.

—No —respondió Maggie.

No fue a la defensiva. No fue cortante.

Solo sincera.

Evie se incorporó apoyándose en un codo, y la sábana le resbaló por el hombro. No intentó cubrirse de nuevo. No se trataba de modestia. Se trataba de mantenerse presente.

—¿Estás bien? —preguntó.

Maggie giró entonces la cabeza, encontrándose con los ojos de Evie. No había pánico en ellos. Ni arrepentimiento.

Pero había algo más.

Distancia.

—Lo estoy —dijo Maggie con cautela—. Pero tenemos que hablar claro.

Evie sintió que se le oprimía el pecho, no por la sorpresa, sino por el reconocimiento. Sabía que este momento llegaría. Simplemente no esperaba que le doliera de todas formas.

—Vale —dijo Evie—. ¿Claro en qué sentido? Las cosas parecían estar bastante claras hace no mucho.

Maggie se incorporó despacio, dejando colgar las piernas por el borde de la cama. La separación física se sentía deliberada; no fría, pero sí necesaria. No captó el humor de Evie.

—Lo que ha pasado esta noche —dijo Maggie, eligiendo sus palabras con precisión quirúrgica— no puede filtrarse al resto de esto.

Evie la observó de cerca: —No te refieres al hospital.

Maggie no le devolvió la mirada: —Me refiero a todo.

Eso dolió más de lo que Evie esperaba.

—No puedes reescribirlo como si hubiera sido un desliz —dijo Evie suavemente—. No lo ha sido.

Maggie asintió: —Lo sé.

Aquella confesión cayó con peso.

Evie tragó saliva: —Entonces no hables de ello como si no importara. Me pediste que viniera.

Maggie se puso en pie, ajustándose la chaqueta con movimientos firmes y controlados... demasiado controlados. —Ha importado —dijo—. Ese es el problema.

Evie se incorporó del todo. —¿Y ahora qué? ¿Esto ha sido un error puntual que simplemente no volvemos a mencionar? Gracias por el aviso.

Maggie se giró, enfrentándose a ella por fin. Su expresión no era severa. No era despectiva.

Era de miedo.

—No —dijo Maggie—. Ha sido una elección. Una de la que no me arrepiento.

A Evie se le cortó la respiración.

—Pero —continuó Maggie—, no puedo volver a tomar esa decisión sin consecuencias que no sean solo mías.

Evie asimiló aquello despacio. —Estás intentando protegerme.

Maggie no lo negó.

—No te he pedido que lo hagas —dijo Evie.

—Lo sé —respondió Maggie—. Eso es lo que lo hace más difícil.

Se quedaron allí de pie, bajo la luz tenue, con la intimidad de la noche aún aferrada al aire entre ellas, tácita pero innegable.

Evie asintió una vez. —¿Y qué pasa ahora? Sabes que a veces puedes ser jodidamente fría. Eres imposible de leer.

Maggie vaciló, lo justo para que Evie viera el conflicto interno.

—Volvemos al trabajo —dijo Maggie—. No mezclamos las cosas. No creamos expectativas que no podemos mantener de forma segura.

Evie tensó la mandíbula. —¿Y tú decides eso sola?

Maggie le sostuvo la mirada. —No estoy decidiendo lo que tú sientes. Estoy decidiendo lo que yo puedo arriesgar.

Evie soltó aire por la nariz. —¿Y eso en qué posición me deja a mí?

Maggie no respondió de inmediato.

—Esa es la parte para la que no tengo una respuesta clara —dijo finalmente.

Evie volvió a asentir, esta vez más despacio.

—Vale —dijo—. Pues aquí tienes la mía.

Maggie la miró.

—No voy a fingir que esto no ha pasado —dijo Evie con firmeza —. Y no me voy a hacer pequeña para que tú puedas mantener el

control. Puede que estés acostumbrada a jugar con la cabeza de las mujeres, pero yo no juego a esas cosas.

A Maggie le tembló la mirada. No estaba acostumbrada a que la presionaran. —Eso no es lo que te estoy pidiendo.

—Sí lo es —replicó Evie—. Solo que... con educación.

El busca sonó.

Ambas se sobresaltaron.

La realidad regresó de golpe con eficiencia clínica.

Daisy Carter: constantes vitales a la baja.

Maggie ya se estaba moviendo: —Vístete. Ahora.

Regresaron juntas a Oakridge como si nada hubiera cambiado.

Y, sin embargo, todo había cambiado.

En la planta, Evie estaba más perspicaz que nunca.

Concentrada. Precisa. Intocable a su manera.

Evie estaba a mitad de la revisión de los análisis de Daisy cuando el tono del monitor bajó, y volvió a bajar. La presión arterial caía. El ritmo cardíaco subía. El tipo de declive que no se anuncia a gritos hasta que ya está en marcha.

—La presión arterial está cayendo —dijo Evie, ya en movimiento.

No levantó la voz. No le hacía falta.

Maggie estuvo allí al segundo.

—¿Qué tenemos? —preguntó Maggie con tono sereno, con los ojos escaneando ya la habitación: monitores, vías, el rostro ceniciento de Daisy, Kara paralizada cerca de la pared como si el miedo la hubiera pegado allí.

—La PAM está por debajo de sesenta —respondió Evie—. El lactato ha subido. Los cultivos aún están pendientes.

Maggie asintió una vez. —Presores. Fluidos a goteo libre. Que venga alguien de respiratoria.

Evie ya estaba a la cabecera de la cama, con manos firmes mientras ajustaba la máscara de oxígeno, comprobando las vías respiratorias de Daisy, observando el subir y bajar de su pecho. Los ojos de Daisy se abrieron levemente, desenfocados.

—Daisy —dijo Evie con suavidad, inclinándose lo suficiente para que la oyera—. Estás en el hospital. Estamos aquí mismo.

Los dedos de Daisy se agitaron, buscando algo.

Evie le cogió la mano sin pensarlo.

Detrás de ella, Maggie orquestaba la sala con autoridad tranquila. Órdenes rápidas y precisas. Las enfermeras se movían más rápido cuando ella hablaba, no porque gritara, sino porque nunca desperdiciaba palabras.

—Empezad con norepinefrina —dijo Maggie—. Dosis baja. Veamos cómo responde.

Evie miró al monitor y luego de nuevo a Maggie. —Dada su directiva...

—Lo sé —dijo Maggie—. Nos mantenemos dentro de ella.

Sin debates. Sin fricción.

Eso era lo que hacía que a Evie se le oprimiera el pecho.

No estaban peleando.

No se estaban rondando la una a la otra.

Estaban *sincronizadas*.

Demasiado.

Evie ajustó la vía de Daisy, recalculando la dosis por instinto. No necesitaba que Maggie comprobara sus cálculos. No necesitaba aprobación. Maggie confiaba en ella, completamente, en este momento.

—Respiratoria está de camino —anunció una enfermera.

La voz de Kara cortó la actividad, fina y aguda por el pánico. —¿Qué está pasando? ¿Por qué corre todo el mundo?

Evie se giró hacia ella por instinto... y luego se detuvo.

Miró a Maggie.

Maggie le devolvió la mirada a través de la cama, comunicándose algo tácito entre ellas. Permiso. Confianza. Una línea cruzada y mantenida.

Evie caminó hacia Kara, bajando la voz, dándole solidez. —A su cuerpo le está costando más mantener la presión arterial. La estamos ayudando.

Kara sacudió la cabeza, con las lágrimas desbordándose. —¿Se está muriendo?

La habitación pareció contener el aliento.

Evie sintió el impulso familiar de suavizar las cosas, de retrasarlas, de proteger con vaguedades. Sintió la presencia de

Maggie a su espalda como un peso; no un peso que presionara, simplemente estaba *ahí*.

Evie eligió la honestidad.

—Sigue luchando —dijo Evie—. Y seguimos con ella. Eso no ha cambiado.

Kara se aferró al borde de la cama, asintiendo temblorosa como si se mantuviera entera solo por pura fuerza de voluntad.

Detrás de Evie, Daisy gimió suavemente.

Evie volvió a su lado al instante: —Eh —susurró—. Estoy aquí contigo.

Maggie observó aquello... lo observó de verdad.

No la competencia. Eso se esperaba.

Sino la forma en que Evie se mantenía *presente*. La forma en que no huía de la incomodidad. La forma en que se anclaba en medio del caos en lugar de sobrevolarlo.

—Está respondiendo —dijo Evie después de un momento—. Lentamente.

Maggie comprobó el monitor ella misma, entrecerrando los ojos ligeramente. —Apenas. Pero es algo.

Evie asintió. —Nos sirve.

Sus ojos volvieron a encontrarse.

Esta vez, Maggie no apartó la vista.

Su rostro estaba compuesto, tan controlado como siempre, pero ahora había algo ardiendo bajo la superficie. No era deseo. No era ira.

Reconocimiento.

Evie lo sintió como una corriente atravesándole el pecho.

Por eso Maggie tenía miedo.

Porque cuando trabajaban así —cuando no se guardaban nada, cuando la confianza fluía libremente— no solo eran eficientes.

Era íntimo.

Demasiado íntimo para fingir que no importaba.

Evie se volvió de nuevo hacia Daisy, acariciando su mano con la suya, anclándose de nuevo en el trabajo.

Pero aún podía sentir la mirada de Maggie sobre ella.

No era fría.

No era distante.

Estaba observando.



Después, en el estrecho cuarto de suministros, Evie llamó a Maggie y cerró la puerta tras ellas.

El clic resonó con más fuerza de la que debería.

Maggie se giró despacio, ya prevenida, ya preparándose.

—No puedes tocarme así —dijo Evie, con voz baja pero firme— y luego desaparecer emocionalmente.

Maggie exhaló por la nariz, llevándose una mano a la sien. —No estoy desapareciendo.

Evie sacudió la cabeza. —Lo estás haciendo. Solo que lo llamas responsabilidad para que suene más decoroso.

—Eso no es justo —dijo Maggie, de inmediato.

Evie se acercó más, sin acorralarla pero rechazando la distancia. —Entonces explícamelo. Explícame cómo lo de anoche fue lo suficientemente real como para suceder, pero no lo suficiente como para reconocerlo.

Maggie tensó la mandíbula. —Evie, eres mi subordinada. Yo soy adjunta senior. Esto... —Hizo un gesto vago entre ambas—. ...esto es exactamente la situación de la que la gente te advierte.

—Hablas como si yo no entendiera el riesgo —dijo Evie en voz baja—. Como si no lo hubiera pensado. Como si no lo hubiera elegido.

Maggie la miró con severidad. —Hablo como si *yo* lo hubiera elegido. Y soy yo quien tiene que cargar con las consecuencias si esto sale mal. Ojalá no fueras tan jodidamente magnética.

La voz de Evie bajó de tono: —¿Ah, así que soy un daño colateral?

Maggie se puso rígida. —No.

—Eso es lo que parece —dijo Evie—. No puedes tomar una decisión conmigo y luego tomar otra *sobre* mí.

El silencio se volvió asfixiante, denso e incómodo.

Maggie apartó la mirada primero. —Estoy intentando protegerte.

Evie se rió suavemente, pero sin pizca de gracia. —¿De qué? ¿De ti misma? ¿O del hecho de que me deseabas? Creo que esto dice más de ti, Maggie. Tienes miedo de que vea algo en ti, ¿verdad?

Maggie cerró los ojos un instante.

—No es lo mismo —dijo Maggie, con cuidado.

—Para mí lo es —replicó Evie—. Porque no puedes actuar como si esto fuera algo que te *pasó*. Tú me invitaste a entrar. Me pediste que me quedara.

La voz de Maggie sonaba tensa ahora. —Y no debería haberlo hecho.

A Evie le dolía el pecho, pero no dejó que se notara. —Pues di eso. No finjas que esto es por ética cuando se trata de miedo.

La mirada de Maggie se clavó de nuevo en ella. —¿Crees que esto es fácil para mí?

—Creo que para ti es más fácil cerrarte en banda que sentarte a afrontar el lío —dijo Evie—. Porque apuesto a que llevas años haciéndolo.

Aquello dio en el blanco.

Maggie se irguió, y sus muros volvieron a levantarse con un esfuerzo visible. —Esta conversación no es productiva.

Evie la miró fijamente. —Ahí está.

Maggie retrocedió, aumentando la distancia entre ambas. —Hemos terminado con esto.

Evie asintió una vez, de forma cortante y controlada. —Por ahora.

Alargó la mano hacia la puerta y se detuvo, sin darse la vuelta.

—Solo para que te quede superclaro, no me haré pequeña para que tú puedas sentir que tienes el control —dijo Evie en voz baja—. Y no voy a fingir que lo de anoche no importó.

La puerta se cerró tras ella.



Esa noche, a solas en el cuarto de guardia, Evie se quedó tumbada mirando al techo, repasando todo; no solo el sexo, no el calor, sino el momento en que Maggie eligió la distancia en lugar de la sinceridad.

No sentía vergüenza.

No se sentía temeraria.

Se sentía despierta.

Y se hizo una promesa a sí misma: silenciosa, firme, inquebrantable.

No iba a desaparecer; había algo demasiado vulnerable ahí que ansiaba descubrir. Había algo tan profundo que quería quedarse y sacarlo a la luz.

Si Maggie la quería, tendría que quererla *entera*.

Y Evie no iba a fingir que fuera pedir demasiado.

7

MAGGIE

Maggie Laurel siempre había sabido cuándo la estaban observando.

No era paranoia. Era reconocimiento de patrones. Y un fuerte sentido de la autoconciencia.

Las señales fueron sutiles al principio; demasiado sutiles para cualquiera que no hubiera sobrevivido a la medicina académica tanto tiempo como ella. Un director de departamento incluyéndola en un hilo de correos en el que no necesitaba estar. Un control rutinario y educado de cumplimiento sobre una documentación que nunca antes había dado problemas. Un residente que vacilaba antes de responder a su pregunta, desviando la mirada por encima del hombro de Maggie como si midiera reacciones que ella no podía ver.

Maggie se dio cuenta de todo.

Y se adaptó en consecuencia.

Su postura se volvió más rígida. Su tono se aplanó. Su horario se apretó hasta que no quedó ni un resquicio por el que colarse. Si algo había aprendido con los años, era que el escrutinio prosperaba en la ambigüedad. La mejor defensa era la claridad. El control. Un profesionalismo impecable.

Especialmente ahora.

No miró a Evie Brooks durante las rondas.

Fue deliberado.

No porque Evie hubiera hecho nada malo, sino porque Maggie sí lo había hecho. Y Maggie no pensaba permitir que su propia debilidad comprometiera la posición de Evie. Ni la suya propia.

—En marcha —dijo Maggie con brusquedad, girándose ya hacia la habitación del siguiente paciente.

Los residentes la siguieron automáticamente. Evie también lo hizo; medio paso por detrás, silenciosa pero alerta. Maggie podía sentir su presencia como una presión en la nuca, pero se negó a reconocerlo.

Aquí no.

Ahora no.

La habitación de Daisy Carter era la última de la lista.

Maggie sintió la presión familiar en el pecho.

Sabía cómo iba a terminar esta historia.

Evie no, todavía no. O mejor dicho, lo sabía intelectualmente, pero seguía creyendo que quedaba algo por lo que luchar. Maggie ya había visto esa mirada antes. En los residentes. En ella misma, una vez.

Nunca terminaba bien.

Daisy estaba despierta cuando entraron; su respiración era superficial y su piel se veía cerosa bajo las luces del hospital. Kara estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho.

Evie se adelantó de inmediato, comprobando las constantes vitales, murmurando suavemente a Daisy mientras trabajaba. Maggie se quedó atrás, observando.

No supervisando.

Sino como mera observadora.

Evie no tenía prisa. No endulzaba nada. Le hablaba a Daisy como a una persona, no como a un caso médico. Maggie notó cómo los hombros de Daisy se relajaban ligeramente al oír la voz de Evie, la forma en que la postura de Kara se suavizaba lo justo para sugerir confianza.

Era... eficaz.

Peligrosamente eficaz.

—Sus análisis de esta mañana muestran un empeoramiento de la función renal —dijo Evie en voz baja, mirando a Maggie—. Aguanta por ahora, pero la situación es delicada.

Maggie asintió una vez.

—Ajustaremos los fluidos y volveremos a evaluar esta tarde.

Evie vaciló y luego añadió: —Creo que deberíamos volver a hablar con Kara. Hoy mismo.

Maggie le sostuvo la mirada brevemente, con frialdad, evaluándola. —Yo lo haré.

La corrección fue sutil pero inequívoca.

Evie lo asimiló sin pestañear. —De acuerdo.

Terminaron las rondas en un silencio casi absoluto.

Fuera de la habitación, uno de los internos soltó un suspiro. —Ese caso es durísimo.

—Sí —dijo Maggie—. Lo es. Y id acostumbrándoos.

Despidió al equipo con un gesto seco de cabeza y se dio la vuelta antes de que Evie pudiera decir nada más. El pasillo le pareció demasiado estrecho, el aire demasiado denso. Maggie aceleró el paso.

Se dijo a sí misma que era porque tenía una reunión.

No era por eso.

El correo del Comité de Revisión Médica permanecía sin leer en su bandeja de entrada como un suspiro contenido.

Maggie cerró la puerta de su despacho y se apoyó en ella un momento más de lo que solía permitirse antes de hacer cualquier otra cosa. Se quedó mirando al techo, con la mandíbula apretada y el pulso constante, del modo en que solo se ponía cuando se preparaba para un impacto.

Había sobrevivido a cosas peores.

Había sobrevivido a la muerte de un ser querido, al exilio profesional y a los rumores susurrados que la habían perseguido durante años. Sabía cómo agachar la cabeza y mantener su trabajo impecable hasta que el escrutinio perdiera el interés.

Lo que la inquietaba no era la institución.

Era Evie.

Volvió a ver a Evie esa tarde, al otro lado de la unidad, arrodillada junto a Kara en la sala de espera de familiares. Evie no hablaba. Estaba escuchando. Dejaba que Kara hablara en medio del silencio sin interrupciones, sin correcciones.

Maggie se detuvo a medio paso.

Esa era la parte que ella evitaba.

No la muerte. No el duelo.

Sino el quedarse.

Evie se quedaba en momentos que Maggie se había entrenado para compartimentar. Y lo hacía sin perderse a sí misma. Sin desmoronarse. Ese tipo de presencia no era ingenua.

Era valiente. Era dulce. Era esa calidez que, de forma irritante, arrastraba a Maggie bajo su hechizo.

Maggie se dio la vuelta antes de que pudieran verla.

Más tarde, Evie la encontró.

No la acorraló. Nada dramático. Simplemente estaba allí.

—Maggie.

Maggie dejó de caminar pero no se volvió. —No deberías usar mi nombre de pila en el trabajo.

Evie exhaló lentamente. —Entonces deja de fingir que esto es solo trabajo.

Maggie se enfrentó a ella entonces, con la expresión controlada. —Precisamente por eso existen los límites.

Evie asintió. —Conozco la política del centro. No te pido que arriesgues tu trabajo.

—¿Entonces qué me estás pidiendo? —exigió Maggie con más dureza de la que pretendía.

Evie no se amilanó. —Honestidad.

Maggie sintió el aguijonazo de esa palabra como si le presionaran un moratón.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —dijo Maggie en voz baja—. ¿Crees que no sé qué aspecto tiene?

—Creo que te estás escondiendo de mí —respondió Evie igual de bajo—. Y creo que lo llamas responsabilidad porque es más seguro así.

Maggie soltó una carcajada amarga. —No entiendes lo que está en juego.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Evie—. Lo que tú no pareces entender es que excluirme no me protege. Solo me hace daño. Puedo sentir lo que hay entre nosotras. Deja de fingir que no existe.

Aquello dio en el blanco.

Mucho más de lo que Maggie quería admitir.

Dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellas. —Esta conversación no es apropiada.

Evie la observó durante un largo momento. Luego asintió. —Está bien. Vale.

Sin discusiones.

Sin súplicas.

Simplemente aceptación.

Aquello dolió más.

Maggie vio a Evie alejarse, con la espalda recta y los hombros erguidos; sin retroceder, sin encogerse. Siendo exactamente quien era.

Y por primera vez en mucho tiempo, Maggie sintió que algo desconocido se le revolvía en el pecho.

No era miedo.

Era pérdida.

Se fue a casa tarde esa noche; el hospital seguía bullendo a sus espaldas mientras salía al aire fresco de Los Ángeles. Las sirenas rasgaban la distancia. En algún lugar, sonó el claxon de un coche. A la ciudad no le importaba el duelo, ni el deber, ni las cuidadosas estructuras que ella construía a su alrededor. Seguía adelante, indiferente.

Maggie condujo con la radio apagada.

Siempre lo hacía.

El ruido le parecía innecesario cuando su mente ya estaba llena.

Su apartamento estaba en silencio cuando entró, y era exactamente como cualquiera esperaría que fuera su casa: limpio, sobrio, intencionadamente impersonal. Los zapatos perfectamente alineados junto a la puerta. Las encimeras impecables. Las luces

encendidas exactamente donde las había dejado. Le había llevado años construir una vida que no la sorprendiera.

Dejó el bolso, se sirvió un vaso de agua que no bebió y se quedó junto a la ventana que daba a la calle. Los faros se entrelazaban en la oscuridad de abajo, constantes y predecibles. Se pasó las manos por el pelo mientras suspiraba. Sus ojos oscuros estaban cansados.

Control, pensó. Esa era la palabra que todos usaban. Fría. Disciplinada. Inquebrantable.

Lo que no veían era el porqué.

Maggie había aprendido pronto —demasiado pronto— que preocuparse no te hacía poderosa. Te hacía vulnerable. Lo había aprendido viendo a su madre deteriorarse lentamente bajo las luces fluorescentes, viendo a los médicos suavizar su lenguaje hasta que no significaba absolutamente nada. Viendo cómo las promesas se convertían en disculpas. Lo había aprendido más tarde, de forma más dura, cuando amó profundamente a alguien y creyó que la habilidad y la vigilancia podrían salvarlo.

No pudieron.

Aún recordaba el sonido que hicieron los monitores cuando todo se detuvo. La forma en que la habitación pareció vacía de repente. La forma en que alguien le tocó el brazo y le dijo que *no se podía haber hecho nada más*, como si esa frase pudiera alguna vez sonar con suavidad. La forma en que se quedó con ella para siempre.

Después de aquello, Maggie estableció reglas.

Sería excelente.

Sería honesta.

Nunca confundiría el afecto con la responsabilidad.

Y nunca, *jamás*, se permitiría creer que podía escapar de la pérdida amando con más fuerza.

La medicina la había recompensado por seguir esas reglas. Con ascensos. Autoridad. Confianza. La gente decía que mantenía la calma bajo presión. Decían que era a quien querías tener en la habitación cuando las cosas salían mal.

No se equivocaban.

Pero últimamente —de pie ante esa ventana, con la ciudad reflejada tenuemente en el cristal— sentía el peso de todo aquello.

Evie Brooks la había mirado hoy no como a una superior, ni como a un problema, sino como a alguien que veía la carga que llevaba y no se amilanaba. Como alguien que se quedaba.

Eso era nuevo.

Eso era aterrador.

Maggie cerró los ojos y se permitió sentirlo: el dolor bajo las costillas, el duelo que no se había atenuado sino que se había calcificado, el miedo de que, si aflojaba su control ahora, todo aquello a lo que había sobrevivido terminaría por alcanzarla.

El control siempre había sido su escudo.

Pero últimamente, se parecía más a un muro.

Y Maggie se preguntó si de lo que se había estado protegiendo no era de la pérdida... sino de la vida misma.

8

EVIE

Evie había aprendido a leer los silencios.

No el tipo de silencio cómodo que se asienta entre amigos frente a un café. Ni el tipo productivo que acompaña al trabajo concentrado. El otro tipo: los silencios tensos y cargados que preceden a las tormentas.

Maggie Laurel estaba envuelta en uno de esos silencios ahora mismo.

Evie la observaba desde el otro lado de la sala de conferencias, catalogando las microexpresiones que a la mayoría de la gente se le escapaban. La forma en que la mandíbula de Maggie se tensaba cuando el doctor Patel preguntaba por la asignación de casos. La forma en que sus dedos presionaban la tableta con un poco de demasiada fuerza. La forma en que su mirada recorría la sala sin llegar a posarse nunca del todo en Evie.

Distancia profesional, pensó Evie con amargura. Como si lo de hace dos noches no hubiera ocurrido. Como si las manos de Maggie no hubieran recorrido cada centímetro de su piel con una precisión devastadora. Como si Evie no se hubiera sentido completamente vista por primera vez en años.

—Doctora Brooks.

Evie levantó la cabeza de golpe. —¿Sí, doctora Laurel?

La expresión de Maggie era neutral. Perfecta y desesperantemente neutral. —Presentarás el caso de Carter en la sesión clínica de mañana. Prepárate como corresponde.

No era una petición.

—Por supuesto —dijo Evie, imitando su tono.

Sus ojos se encontraron durante medio segundo; no lo suficiente para que nadie más se diera cuenta, pero sí para que Evie viera el destello de algo bajo el control de Maggie. ¿Arrepentimiento? ¿Miedo? ¿Deseo?

Y entonces desapareció.

Maggie despidió al equipo con su eficiencia habitual, y Evie se quedó allí de pie en la sala de conferencias, viéndola marcharse.

Otra vez.



El resto de la mañana transcurrió en una bruma de rutina. Constantes. Notas. Revisión de análisis. Evie se movía mecánicamente, con la mente en otra parte.

No dejaba de pensar en cómo la había mirado Maggie ayer en el pasillo. La conversación que había empezado como una cortesía profesional y terminó con los muros de Maggie volviendo a levantarse con tanta fuerza que Evie casi pudo oír cómo echaban el cerrojo.

Exactamente para esto existen los límites.

Las palabras habían sido clínicas. Definitivas.

Pero Evie había visto cómo le temblaban las manos a Maggie al decirlas.

A mediodía, Evie estaba agotada; no por el trabajo, sino por la gimnasia mental necesaria para fingir que todo era normal. Para estar a un metro de Maggie durante las rondas y no pensar en cómo ese mismo metro de distancia le había parecido kilómetros la mañana siguiente. Para oír su voz dando órdenes y no recordar cómo había sonado en la oscuridad, ronca, vulnerable y real.

Estaba revisando los últimos análisis de Daisy cuando le sonó el buscapersonas.

MI DESPACHO – 10 MIN

Evie se quedó mirando el mensaje.

Su pulso se aceleró a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Se dijo a sí misma que era algo profesional. Una discusión de un caso. Nada más.

Se estaba mintiendo y lo sabía.

Diez minutos después, estaba fuera del despacho de Maggie, con la mano levantada para llamar.

Vaciló.

Esto era un error. Fuera lo que fuese esta conversación, iba a doler. Maggie había dejado clara su posición. Distancia. Límites. Seguridad.

Evie llamó de todos modos.

—Adelante.

Maggie estaba sentada tras su escritorio, con la postura perfecta y la bata blanca impecable. La luz de la tarde que entraba por la ventana acariciaba los hilos de plata que asomaban en su cabello oscuro, resaltando el cansancio que tanto se esforzaba en ocultar.

Levantó la vista cuando entró Evie y, solo por un instante —un momento sin defensas—, Evie vio todo lo que Maggie se estaba esforzando tanto por contener.

Entonces la máscara volvió a su sitio.

—Cierra la puerta —dijo Maggie en voz baja.

Evie lo hizo.

El clic del pestillo se sintió definitivo.

—He tenido una reunión con el Comité de Revisión Médica esta mañana —dijo Maggie sin preámbulos.

A Evie se le encogió el estómago. —¿Qué?

—Alguien ha presentado una queja. Sobre nosotras.

Las palabras flotaron en el aire como humo.

Evie se acercó a la silla frente al escritorio de Maggie y se dejó caer en ella; de repente, le flaqueaban las piernas. —¿Quién?

—No han querido decirlo. Un residente. Alguien que nos vio entrar juntas en el cuarto de suministros —la voz de Maggie estaba

cuidadosamente controlada, pero Evie percibía la tensión subyacente —. Las cámaras nos grabaron saliendo juntas del recinto del hospital cuando fuimos a la cafetería, y los registros de las tarjetas indican que estuvimos juntas en el cuarto de guardia por la noche. Están investigando si he vulnerado los límites profesionales.

—Eso es una locura —dijo Evie de inmediato—. Tú no has...

—¿Ah, no? —interrumpió Maggie, encontrándose por fin con sus ojos—. Te traje a mi servicio. Pasé tiempo extra dándote tutorías. Te llevé a tomar café fuera del hospital. Y luego. Bueno, joder. Ya sabes el resto de la puta historia —se detuvo, apretando la mandíbula y levantando las manos.

—Y luego nos acostamos —terminó Evie—. Dos adultas que consienten. Fuera del trabajo. Eso no es una infracción.

—Lo es si estás bajo mi supervisión —dijo Maggie en voz baja—. Y lo estás. Y, oh, no olvidemos que estábamos en el cuarto de guardia... eso *no* es «fuera del trabajo». ¡Dios bendito! ¡¿Cómo he podido ser tan jodidamente estúpida?!

Evie se inclinó hacia delante. —¿Entonces qué les ha dicho?

—La verdad. O algo parecido —los dedos de Maggie tamborilearon una vez contra su escritorio, la única señal de que estaba alterada—. Que te he estado mentorizando. Que la reunión en la cafetería era sobre un caso. Que no hay conflicto de intereses.

—¿Y el resto?

Maggie desvió la mirada. —He negado el resto. Por supuesto que lo hice.

—¿Así que has mentido?

—Te he protegido —corrigió Maggie, con voz más cortante—. Hay una diferencia.

Evie sintió cómo estallaba la ira, ardiente e inmediata. —No, ha decidido por mí. Otra vez. Sin preguntarme qué quería yo.

—Lo que tú quieras no importa si destruye tu carrera. Seguro que esto no significa tanto para ti, joder —espetó Maggie.

—¿Te refieres a tu carrera, verdad? —la desafió Evie—. Porque de eso se trata en realidad, ¿no? Tienes pánico a que, si alguien se entera, pierdas todo lo que has tardado quince años en construir.

Maggie se levantó bruscamente y caminó hacia la ventana. Su espalda estaba rígida, con los hombros rectos. —No entiendes lo que está en juego.

—Entonces explícamelo —dijo Evie, levantándose también—. Deja de esconderte tras el protocolo y dime a qué le tienes miedo en realidad.

El silencio se prolongó entre ambas.

Cuando Maggie habló por fin, su voz era más baja. Más cruda. —Van a llamarte a declarar. Probablemente mañana. Y van a hacerte preguntas.

—Entonces les diré la verdad.

Maggie se dio la vuelta rápidamente. —No lo hagas.

—¿Perdón?

—No les hables de lo nuestro —dijo Maggie, y ahora había algo desesperado en sus ojos—. Por favor. Solo... corrobora lo que he dicho. Mentoría. Relación profesional. Nada más.

Evie la miró fijamente. —Quiere que mienta.

—Quiero que sobrevivas a esto —dijo Maggie—. Porque si les dices lo que pasó, no se limitarán a investigarme a mí. Te destruirán a ti. Te trasladarán. Marcarán tu expediente. Te perseguirá a cada hospital en el que trabajes el resto de tu carrera.

—¿Y si miento?

—¿Entonces tenemos una oportunidad? —

Evie soltó una carcajada corta y amarga. —¿Una oportunidad de qué, Maggie? Porque desde donde yo estoy, parece que me pide que borre lo que pasó entre nosotras para que pueda volver a fingir que no importó. Y en este momento, me cuesta creer una sola palabra de lo que dice.

—Eso no es... —Maggie se detuvo, cerrando los ojos—. No es eso lo que estoy haciendo.

—¿Entonces qué estás haciendo?

Cuando Maggie volvió a abrir los ojos, estaban húmedos. No lloraba —Maggie Laurel no lloraba—, pero estaba cerca. —Estoy intentando no ser la razón por la que pierdas lo que has creado.

Las palabras cayeron como un golpe.

Evie sintió que su ira se desvanecía, reemplazada por algo más complejo. —¿De verdad piensa tan poco de mí? ¿Que no puedo afrontar las consecuencias de mis propias decisiones?

—Creo que todavía no sabes cómo son esas consecuencias —dijo Maggie—. Y yo sí. Porque las he vivido.

Evie dio un paso más. —Cuénteme.

—¿Qué?

—Cuéntame qué pasó. Eso de lo que nunca hablas. La razón por la que estás tan jodidamente aterrorizada de dejar entrar a nadie.

A Maggie se le entrecortó la respiración. —Evie...

—Sé lo de Sarah —continuó Evie, ahora más suave—. Me dijo que la perdió. Pero hay algo más, ¿verdad? Algo que pasó después.

Durante un buen rato, Maggie no habló.

Luego, lentamente, se dejó caer de nuevo en su silla. No se sentó, se desplomó. Como si el peso de todo lo que había estado cargando hubiera llegado a ser demasiado.

—Después de que muriera mi mujer —dijo Maggie, con la voz apenas por encima de un susurro—, me vine abajo. Por completo. No podía trabajar. No podía funcionar. Me pedí una excedencia y... —tragó saliva con dificultad—. Me involucré con alguien. Otra adjunta. Era demasiado pronto. No estaba preparada. Pero estaba desesperada por no estar sola.

Evie se sentó frente a ella, escuchando.

—Acabó mal —continuó Maggie—. Ella estaba casada. Al principio yo no lo sabía, y cuando me enteré, intenté dejarlo. Pero ella no quería. Se volvió posesiva. Controladora. Cuando finalmente rompí del todo, presentó una queja. Dijo que yo la había perseguido. Que la había coaccionado. Que usé mi posición para manipularla.

A Evie se le encogió el pecho. —Dios mío, Maggie.

—Tardé seis meses en limpiar mi nombre —dijo Maggie—. Seis meses de investigaciones, entrevistas, abogados. Incluso después de que desestimaran la queja, el rumor me persiguió. Por eso dejé mi antiguo hospital. Por eso vine a Oakridge. Para empezar de nuevo. Y entonces apareciste tú.

Miró a Evie, y la vulnerabilidad en sus ojos era desoladora.

—Así que sí —dijo Maggie—. Sé cómo termina esto cuando sale mal. Sé con qué *rapidez* puede desaparecer todo aquello por lo que has trabajado. Y no voy a permitir —*no puedo* permitir— ser la razón de que eso te pase a ti.

Evie sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. —Eso no fue culpa suya.

—No importa de quién fuera la culpa —dijo Maggie—. Lo que importa es que pasó. Y aprendí de ello. Construí muros. Puse reglas. Sobreviví no dejando que nadie volviera a acercarse lo suficiente como para hacerme daño.

—Y entonces aparecí yo —dijo Evie suavemente.

La boca de Maggie se curvó en una sonrisa triste y pequeña. —Y entonces apareciste tú.

Se quedaron sentadas en la quietud del despacho de Maggie, con la luz de la tarde desplazándose sobre el escritorio que las separaba.

Evie quiso acortar esa distancia. Coger la mano de Maggie. Decirle que no todo el mundo la traicionaría, que no todos los riesgos terminaban en desastre, que a veces la única forma de vencer al miedo era caminar directo hacia él.

Pero no lo hizo.

Porque Maggie aún no estaba preparada para oírlo.

En su lugar, Evie dijo: —No les mentiré.

Maggie levantó la cabeza de golpe. —Evie...

—Pero —continuó Evie—, tampoco daré información que no me pidan. Si me preguntan directamente si hemos tenido intimidad, diré la verdad. Pero si me preguntan sobre la mentoría y los límites profesionales, responderé honestamente sobre eso también: que has sido impecablemente profesional en tu labor docente.

Maggie la estudió. —Es una línea muy fina.

—Es la única línea que puedo seguir y seguir mirando mi reflejo en el espejo —dijo Evie—. No me avergüenzo de lo que pasó entre nosotras, Maggie. No voy a fingir que lo hago.

—¿Aunque te cueste caro?

—Incluso entonces.

Maggie cerró los ojos, exhalando lentamente. —Vas a hacer que esto sea muy difícil. No sé por qué lo sigues intentando conmigo.

Evie ignoró la última parte. —Bien —dijo—. Necesita que sea difícil. Lleva quince años haciendo lo fácil y fíjese a dónde la ha llevado.

Eso arrancó una risa real de Maggie, corta y sorprendida. —Dios, eres exasperante.

—Ya me lo han dicho.

La tensión en la habitación cambió; no desapareció, pero se volvió más suave. Manejable.

Evie se puso en pie. —Debería irme. Tengo ronda en diez minutos.

—Evie.

Se detuvo en la puerta.

—Gracias —dijo Maggie en voz baja—. Por... entender. O por intentarlo, al menos.

Evie se volvió. —¿Sabe una cosa? Creo que es valiente. Creo que sobrevivió a algo horrible y salió adelante siguiendo creyendo en la medicina. Eso no es debilidad. Es fortaleza. Y eso me gusta de usted, entre otras cosas.

Los ojos de Maggie brillaron. —No se siente como fortaleza.

—Nunca lo parece —dijo Evie—. No cuando estás en medio de ello.

Se marchó antes de que Maggie pudiera responder, cerrando la puerta suavemente tras de sí.



Esa tarde, Evie se sentó en la habitación de Daisy Carter.

Kara había ido a por café, dejando a Evie a solas con la paciente que, de algún modo, se había convertido en el hilo que lo conectaba todo: el miedo de Maggie, la compasión de Evie, el espacio imposible entre lo que era correcto y lo que era seguro.

Daisy dormía, con una respiración superficial pero constante. Los monitores pitaban con su ritmo familiar. Nada fuera de lo común. Por ahora.

Evie alargó la mano y ajustó la manta sobre los delgados hombros de Daisy.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Evie en voz baja, aunque Daisy no pudiera oírla—. Creo que tiene pánico a perderme como perdió a Sarah. No por muerte, sino por las consecuencias. Por el sistema. Por su propio miedo.

El pecho de Daisy subía y bajaba.

—Y tal vez tenga razón al estar asustada —continuó Evie—. Tal vez esto termine mal. Tal vez la despidan. Tal vez me trasladen a mí. Tal vez ambas perdamos todo aquello por lo que hemos trabajado.

Se recostó en la silla.

—¿Pero cuál es la alternativa? ¿Pasarme el resto de mi vida preguntándome qué podría haber sido? ¿Fingir que no siento lo que siento porque es inconveniente? ¿Porque es arriesgado?

Las palabras quedaron suspendidas en la habitación silenciosa.

—Mi madre solía decir que la vida más segura es la vida más pequeña —dijo Evie—. Murió de un ataque al corazón a los cincuenta y dos años. Se mató a trabajar en un empleo que odiaba porque era estable. Seguro. A salvo.

Miró el rostro pacífico de Daisy.

—Yo no quiero eso —susurró Evie—. No quiero estar a salvo. Quiero estar *viva*. Aunque duela. Especialmente si duele. Porque al menos así sabré que lo intenté.

La puerta se abrió.

Evie levantó la vista, esperando a Kara.

Era Maggie.

Estaba en el umbral, todavía con su bata blanca, con el cansancio marcado en cada línea de su cuerpo. —Imaginé que te encontraría aquí.

Evie se enderezó. —¿Va todo bien?

—Han llegado los análisis de Daisy. La función renal está empeorando. Quería discutir las opciones antes de hablar con Kara mañana.

Profesional. Clínico. Seguro.

Pero había algo más en los ojos de Maggie, algo que decía que había oído lo que Evie le había dicho a Daisy. O tal vez simplemente

lo había sentido, como a veces les ocurre a dos personas cuando el espacio entre ellas tiene más peso que la distancia.

—Muy bien —dijo Evie—. Hablemos, pues.

Revisaron los análisis juntas, una al lado de la otra en el pequeño escritorio de la esquina. Sus hombros casi se tocaban. Ninguna se apartó.

Y cuando la mano de Maggie rozó la de Evie al ir a coger la carpeta, no la retiró de inmediato.

Apenas fue un segundo.

Pero fue suficiente.

Suficiente para que Evie supiera que, diga lo que diga Maggie sobre límites y seguridad, la verdad era más caótica. Más complicada. Más humana.

—Te veré mañana —dijo finalmente Maggie, levantándose.

—Mañana —asintió Evie.

Maggie se detuvo en la puerta. —¿Evie?

—¿Sí?

—Te equivocas, ¿sabes? En eso de que soy valiente.

Evie sonrió suavemente. —No, no me equivoco.

Maggie se fue sin responder.

Pero mientras Evie recogía sus cosas y se dirigía a casa por los silenciosos pasillos del hospital, sintió que algo se asentaba en su pecho. No era certeza. Ni seguridad.

Era propósito.

No sabía cómo terminaría esto. No sabía si Maggie sería capaz algún día de arriesgarse a aceptar lo que Evie le ofrecía. No sabía si sobrevivirían a la investigación, al escrutinio o al miedo.

Pero sabía una cosa con absoluta claridad:

No se iba a rendir.

Ni con Maggie.

Ni con esto.

Ni con la posibilidad de que, a veces, lo más valiente que puedes hacer es negarte a dejar que el miedo gane.

Incluso cuando sería mucho más fácil marcharse.

9

MAGGIE

El correo electrónico llegó un jueves a las 18:47.

Maggie todavía estaba en el hospital, revisando análisis en su despacho, cuando su teléfono vibró con la notificación. Lo había estado esperando —se había estado preparando para ello desde la primera reunión del comité hacía tres días—, pero ver las palabras en blanco y negro hizo que se le encogiera el estómago.

Asunto: COMITÉ DE REVISIÓN MÉDICA - ENTREVISTA DE SEGUIMIENTO

Dra. Laurel:

El comité solicita su presencia para una entrevista de seguimiento el lunes 16 de octubre a las 8:00 en la Sala de Conferencias B (8.ª planta, Ala Administrativa).

Por favor, acuda preparada para abordar lo siguiente: - Cronología de las interacciones con la Dra. Evelyn Brooks - Justificación profesional de las decisiones de tutoría - Respuesta a la documentación que incluye registros de acceso por tarjeta, declaraciones de testigos y grabaciones de las cámaras de seguridad.

Puede venir acompañada de asesoramiento legal si lo desea.

Dr. Raymond Martinez, Presidente del Comité de Ética

Maggie lo leyó dos veces. Dejó el teléfono, lo volvió a coger y lo leyó una tercera vez.

Asesoría legal.

Las palabras pesaban en su pecho. Ya había tenido asesoría legal antes, en Cedars-Sinai. Una mujer de traje impecable que cobraba 450 dólares la hora y utilizaba palabras como «acusaciones» y «gestión de la reputación» con la eficacia distante de un cirujano extirpando un tumor.

La queja había sido desestimada. Seis meses de su vida, su reputación, su tranquilidad... todo ello engullido por la maquinaria de la responsabilidad institucional y, al final, habían dicho que no había pruebas suficientes.

Pero la falta de pruebas no era lo mismo que la inocencia.

La gente recordaba la acusación. Recordaban los susurros, la prudente distancia que mantenían sus colegas, la forma en que las conversaciones se interrumpían cuando ella entraba en una habitación.

Por eso se había marchado. Por eso había venido a Oakridge. Por eso se había prometido a sí misma: nunca más.

Y aquí estaba.

Otra vez.

Maggie cerró el portátil. De repente, el despacho le pareció demasiado pequeño, como si las paredes se le echaran encima. Recogió sus cosas mecánicamente —la bata blanca, la tableta, las llaves— y se marchó antes de que el silencio se transformara en algo peor.



El trayecto a casa fue un borrón de luces rojas de freno y voces en la radio que no escuchaba. El tráfico de Los Ángeles avanzaba con su habitual parsimonia indiferente; la ciudad palpitaba a su alrededor como un ser vivo al que no le importaban las investigaciones profesionales, ni las reputaciones arruinadas, ni la

forma en que el miedo puede calcificarse en el pecho hasta que respirar cuesta trabajo.

Su apartamento estaba a oscuras cuando entró. Limpio. Sobrio. Exactamente como lo había dejado esa mañana.

Maggie dejó su bolso junto a la puerta, se sirvió una copa de vino que no probó y se quedó ante la ventana con vistas a la calle. Siete pisos más abajo, la ciudad continuaba. Coches. Gente. La vida seguía adelante mientras la suya permanecía suspendida.

Su teléfono vibró.

Mensaje de Evie: *¿Estás bien? No he sabido nada de ti hoy.*

Maggie se quedó mirando el mensaje. Escribió: *Estoy bien.*

Lo borró. Escribió: *El comité ha enviado una solicitud de reunión de seguimiento. Lunes a las 8:00.*

Lo envió antes de poder arrepentirse.

Inmediatamente aparecieron tres puntos.

—¿Quieres que vaya?

El pulgar de Maggie flotó sobre el teclado. Todos sus instintos gritaban que sí. Sí, ven. Sí, ayúdame a sentirme menos sola en esto. Sí, recuérdame por qué pensé que valía la pena correr este riesgo.

Pero ese era precisamente el problema.

Escribió: —Mejor no. Tenemos que ser prudentes ahora mismo.

Los puntos aparecieron. Desaparecieron. Reaparecieron.

—Maggie, no podemos limitarnos a fingir que no ha pasado nada.

—No estoy fingiendo. Estoy siendo inteligente.

La respuesta llegó de inmediato: —¿O es que tienes miedo?

Las palabras dolieron más de lo que deberían.

Maggie dejó el teléfono sin responder.



No durmió.

A las dos de la mañana, estaba sentada en el sofá con su portátil, leyendo el archivo de la investigación de Cedar-Sinai por tercera vez en otros tantos días. Los documentos le resultaban

familiares, demasiado familiares. Transcripciones de entrevistas. Cadenas de correos electrónicos. La denuncia de Rebecca, cada palabra una pequeña detonación.

«La Dra. Laurel inició el contacto bajo la apariencia de tutoría…, creó un entorno en el que sentí que no tenía más remedio que ceder…, amenazó mi progresión profesional cuando intenté terminar la relación…».

Todo mentiras.

Pero mentiras que habían sido lo suficientemente convincentes como para poner en marcha una investigación de seis meses. Mentiras que habían seguido a Maggie a través de fronteras estatales y de sistemas hospitalarios. Mentiras que le habían enseñado la lección más importante de su vida profesional:

Nadie estaba a salvo de las consecuencias institucionales cuando había una dinámica de poder de por medio.

Incluso cuando eras inocente.

Sobre todo cuando eras inocente.

Porque la inocencia requería pruebas. ¿Y cómo demuestras la ausencia de coacción? ¿Cómo demuestras que alguien te deseó, te eligió, te buscó…, sin que parezca que estás poniendo excusas?

No podías.

Así que los rumores se quedaban. Los susurros la seguían. El prudente distanciamiento profesional se volvía permanente.

Maggie cerró el archivo. Abrió un documento nuevo. Empezó a escribir.

SOLICITUD DE TRASLADO - DRA. EVELYN BROOKS

Sus manos vacilaron sobre el teclado.

Esto era lo correcto. Lo inteligente. Lo único que podría proteger a Evie de la tormenta de mierda que se avecinaba.

Si la propia Maggie solicitaba el traslado, parecería que estaba manteniendo los límites adecuados. Asumiendo la responsabilidad. Haciendo exactamente lo que un adjunto senior debería hacer cuando las líneas profesionales se habían difuminado.

Le dolería a Evie. Dios, claro que le dolería. Pero también crearía distancia. Una prueba documental de que Maggie reconocía el problema y lo estaba abordando.

Puede que no fuera suficiente para salvar la carrera de Maggie.

Pero podría ser suficiente para salvar la de Evie.

Maggie escribió: —Con efecto inmediato, solicito el traslado de la Dra. Evelyn Brooks fuera de mi servicio al equipo de medicina interna del Dr. Patel. Esta decisión se toma para eliminar cualquier apariencia de trato preferencial o conflicto de intereses…

Se detuvo. Borró la última frase. Empezó de nuevo.

«Esta decisión se toma por el bien del desarrollo profesional de la Dra. Brooks y para mantener la integridad del programa de residencia…».

Mejor. Clínico. Apropiado.

Completamente devastador.

Maggie guardó el documento. Todavía no lo envió.

Necesitaba pensar.



Para cuando salió el sol, Maggie ya había tomado una decisión.

Se duchó, se puso su traje más conservador —el mismo que había llevado a las declaraciones de Cedar-Sinai— y condujo hasta el hospital una hora antes de lo habitual.

El ala administrativa estaba tranquila a las siete de la mañana. La mayoría de los despachos estaban a oscuras y los pasillos vacíos, excepto por el personal de limpieza que terminaba su turno de noche.

Maggie caminó hacia el despacho de la Dra. Chen. La puerta estaba abierta y la luz ya encendida.

Patricia Chen levantó la vista del ordenador. —Maggie. Has llegado pronto.

—¿Podemos hablar?

Chen la observó durante un largo momento y luego asintió. —Cierra la puerta.

Maggie lo hizo. Se sentó en la silla frente al escritorio de Chen, la misma silla en la que se había sentado docenas de veces en los

últimos cinco años. Reuniones de estrategia. Planificación del plan de estudios. Evaluaciones de residentes.

Cosas normales.

Antes de que todo se complicara.

—He recibido el correo del comité —dijo Maggie.

—Lo sé. Lo envié yo misma.

Eso no debería haberla sorprendido. Chen era su jefa de servicio. Por supuesto que estaba involucrada.

—Tienen documentación —continuó Maggie—. Registros de tarjetas. Imágenes de seguridad. Declaraciones de testigos.

—Sí.

—¿Cómo de grave es?

Chen se reclinó en su silla. —Lo suficiente para que yo no pueda hacerlo desaparecer. Pero no tanto como para que te despidan automáticamente.

—¿Cuál es el punto intermedio?

—Eso depende de la entrevista del lunes. —Chen hizo una pausa —. Y de lo que estés dispuesta a hacer.

Maggie tensó la mandíbula. —No voy a mentir diciendo que Evie me perseguía. No voy a traicionarla para salvarme yo.

—No te pido que lo hagas. —La voz de Chen se suavizó ligeramente—. Pero sí te pido que seas estratégica.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que el comité busca pruebas de que reconoces la gravedad de la situación. De que asumes tu responsabilidad. De que estás implementando medidas correctivas.

—Como trasladar a Evie fuera de mi servicio.

—Sí.

Maggie se esperaba eso. Ya había redactado la solicitud. Pero oírlo decir en voz alta lo hacía real de una forma dolorosa.

—Si lo hago —dijo Maggie con cautela—, ¿ayudará?

—Ayuda a demostrar criterio profesional. Ayuda a demostrar que entiendes los límites apropiados. —Chen se inclinó hacia adelante—. Maggie, te conozco desde hace cinco años. Sé que eres una buena médica. Sé que te preocupas por tus residentes. Pero esta situación... es complicada.

—Porque posiblemente me he acostado con alguien bajo mi supervisión.

—Porque has entablado una relación personal con alguien bajo tu supervisión —corrigió Chen—. Las apariencias importan. La dinámica de poder importa. Y sea o no consentido, sea que Evie te buscó a ti o tú a ella... nada de eso cambia el problema fundamental.

—¿Que es?

—Eres su adjunta. Ella es tu residente. Esa relación existe en un contexto donde el verdadero consentimiento es, como poco, complicado.

Maggie cerró los ojos. —Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque desde mi posición, parece que has dejado que tus sentimientos anulen tu juicio.

—Lo hice. —La confesión salió en un tono bajo pero firme—. Lo hice, y no voy a fingir lo contrario.

Chen asintió despacio. —Entonces ayúdame a ayudarte. Solicita el traslado. Demuéstrale al comité que vas en serio lo de mantener los límites de ahora en adelante.

—¿Y luego qué?

—Y luego asistes a la entrevista del lunes. Respondes a sus preguntas con honestidad. Aceptas las consecuencias que ellos consideren apropiadas. —La voz de Chen se volvió más dulce—. Pero lo harás desde una posición en la que ya has tomado medidas correctivas. Eso importa.

Maggie abrió su portátil. Buscó la solicitud de traslado que había redactado a las tres de la mañana.

—Tengo que hacérselo saber a Evie primero —dijo.

—Maggie...

—No voy a pillarla desprevenida con esto. Merece oírlo de mi boca.

Chen vaciló y luego asintió. —Está bien. Pero hazlo hoy. La solicitud de traslado tiene que presentarse antes de la reunión del lunes.

—Así será.

Maggie se levantó. Se detuvo ante la puerta. —¿Patricia?

—¿Sí?

—Gracias. Por no haberme despedido directamente.

La expresión de Chen era compleja. —No creo que seas un depredador, Maggie. Creo que eres humana. Pero ser humana no te exime de las consecuencias. —Hizo una pausa—. Simplemente significa que estoy dispuesta a luchar para que sobrevivas a ellas.



Maggie encontró a Evie en la sala de residentes a las once de la mañana, comiendo sola mientras revisaba notas en su tableta.

—¿Podemos hablar? —dijo Maggie desde el umbral.

Evie levantó la vista. Vio algo en el rostro de Maggie que hizo que soltara el tenedor. —¿Qué ha pasado?

—Aquí no. En mi despacho. En cinco minutos.

Evie no discutió.

Cuando llegó, Maggie estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta. La solicitud de traslado estaba abierta en la pantalla de su portátil.

—Cierra la puerta —dijo Maggie sin darse la vuelta.

Evie obedeció. —Maggie, me estás asustando.

Maggie finalmente se enfrentó a ella. —Voy a solicitar tu traslado al servicio del Doctor Patel. Con efecto inmediato.

Las palabras golpearon la estancia con fuerza física.

El rostro de Evie palideció. —¿Qué?

—El comité tiene registros de tarjetas que muestran que entramos juntas en la sala de guardia. Grabaciones de seguridad en las que se nos ve salir juntas. La declaración de un testigo que nos vio.

—¿Así que me echas de tu servicio?

—Te estoy protegiendo…

—Mentira. —A Evie se le quebró la voz—. Te estás protegiendo a ti misma.

—Eso no es justo.

—¿Ah, no? —Evie dio un paso hacia ella—. Ni siquiera me has preguntado. Te has limitado a decidir, otra vez, lo que es mejor para

mí sin dejarme decir nada.

—¡No hay nada que puedas decir en esto, Evie! La reunión del comité es el lunes. Necesito demostrarles que me tomo esto en serio. Que entiendo cuáles son los límites apropiados...

—¿Deshaciéndote de mí?

—¡Creando distancia profesional! —Maggie perdió el control—. ¡Haciendo lo que debería haber hecho hace semanas, antes de que nada de esto pasara!

—Así que te arrepientes.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces qué estás diciendo? —preguntó Evie—. Porque desde mi punto de vista, parece que estás diciendo que yo he sido un error que ahora intentas corregir.

Maggie cerró los ojos. —No eres un error.

—Pues deja de tratarme como si lo fuera.

—¡Intento salvar tu carrera!

—¡Yo no te lo he pedido! —A Evie ya le temblaban las manos—. Soy adulta, Maggie. Tomé mis decisiones siendo plenamente consciente de los riesgos. No puedes decidir tú que protegerme signifique borrar lo que teníamos.

—No lo estoy borrando. Estoy siendo realista sobre lo que viene ahora.

—Lo que pasa ahora es que te rindes. Otra vez. —La voz de Evie bajó de tono—. Tal como hiciste en el Cedars-Sinai. Tal como llevas haciendo seis años. Eliges el miedo por encima de todo lo demás.

Aquello impactó como una cuchilla.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —Los ojos de Evie brillaban por las lágrimas contenidas—. Me hablaste de Rebecca. De la investigación. De cómo te destruyó. Y lo entiendo, de verdad. Pero te aterroriza tanto que vuelva a ocurrir que estás haciendo que ocurra. Estás creando exactamente la distancia e insolación de las que dices tener miedo.

—Esto es diferente...

—¿En qué? ¿En qué es diferente salvo en que, esta vez, yo estoy aquí, dispuesta a luchar por esto, y tú sigues eligiendo huir?

A Maggie se le cerró la garganta. —Porque esta vez no solo me arriesgo yo. Te arriesgo a ti. Y no voy a hacer eso.

—Esa no es una elección que te corresponda tomar a ti.

—Sí, lo es. Soy la médica adjunta. Soy la responsable...

—De mi formación médica. No de mi vida. No de mis decisiones. —Evie se limpió los ojos con rabia—. ¿Quieres solicitar el traslado? Bien. Hazlo. Pero no me mientas y digas que es por mi bien cuando, en realidad, se trata de que tienes demasiado miedo para llegar hasta el final.

Se hizo el silencio entre ellas, espeso y sofocante.

Maggie deseó acortar la distancia. Deseó tocar el rostro de Evie, secar sus lágrimas, prometerle que todo saldría bien.

Pero no podía.

Porque no sabía si sería así.

—Lo siento —dijo Maggie finalmente—. Pero voy a presentar la solicitud hoy mismo.

Evie asintió una vez, de forma brusca y airada. —Entonces supongo que no queda nada más que decir.

Se giró hacia la puerta.

—Evie...

—Ni se te ocurra. —La palabra fue silenciosa pero absoluta—. No puedes hacer esto y luego pedirme que lo comprenda. No puedes herirme y llamarlo protección.

Se marchó.

La puerta se cerró con un silencio devastador.

Maggie se quedó sola en su despacho, mirando fijamente la solicitud de traslado en su pantalla.

Pulsó *Enviar*.

La confirmación apareció de inmediato: *Solicitud de traslado enviada - Pendiente de aprobación*

Maggie cerró el portátil.

Se quedó sentada en silencio.

Y, por primera vez desde que murió Sarah, se preguntó si sobrevivir valía el precio de no llegar a vivir nunca de verdad.

~

El resto del día transcurrió como en un sueño borroso. Maggie cumplió con sus responsabilidades con precisión mecánica. Pasó consulta a los pacientes. Supervisó procedimientos. Respondió a los avisos del busca.

No volvió a ver a Evie.

A las seis de la tarde, tenía un nuevo correo en su bandeja de entrada:

Asunto: Solicitud de traslado - APROBADA

Dra. Laurel:

Su solicitud para trasladar a la Dra. Brooks al servicio de la Dra. Patel ha sido aprobada con efecto a partir del lunes 16 de octubre.

Se ha notificado a la Dra. Patel, quien integrará a la Dra. Brooks en su equipo a partir de la próxima semana.

Gracias por su atención a la hora de mantener los límites profesionales adecuados.

Karen Walsh, Directora de RR. HH.

Maggie lo leyó una vez. Cerró el correo.

Debería haber sentido alivio. Debería haber sentido que había hecho lo correcto.

En cambio, se sentía vacía por dentro.

Su teléfono vibró.

Un mensaje de Evie: *Me ha llegado la notificación del traslado. Espero que haya valido la pena.*

Maggie se quedó mirando el mensaje durante mucho tiempo. Empezó a responder de una docena de formas distintas.

Al final escribió: *Lo siento.*

Lo envió sabiendo que no era suficiente. Sabiendo que nada de lo que pudiera decir lo sería.

Aparecieron los puntos. Permanecieron allí varios minutos.

Luego desaparecieron sin obtener respuesta.

~

Esa noche, Maggie se sentó en su apartamento con el diario de Sarah abierto en el regazo. La entrada de dos meses antes de que Sarah muriera; esa que había leído docenas de veces pero que nunca había asimilado de verdad.

—Si pudiera decirle algo, sería esto: Déjalo ir. Cuando yo no esté, deja ir la culpa. Deja de luchar. Permítete vivir sin mí. Porque eso es lo único que me rompería el corazón: saber que ella también dejó de vivir.

Maggie recorrió las palabras con el dedo.

Déjalo ir.

Permítete vivir.

Pero vivir significaba arriesgarse. Y arriesgarse significaba perder. Y Maggie ya había perdido tanto que la idea de perder más —perder a Evie, perder su carrera, perder la frágil estabilidad que había construido— le resultaba imposible de soportar.

Así que había elegido la seguridad.

Había elegido la distancia.

Había elegido la supervivencia.

Y, aun así, sintió como si estuviera muriendo.

Maggie cerró el diario. Lo dejó a un lado. Sacó el portátil una vez más.

Abrió un documento nuevo.

Empezó a escribir lo que le diría al Comité de Revisión Médica el lunes.

No la versión cuidadosa y estratégica que Chen quería.

La verdad.

Tomé una decisión. Sabía que iba en contra de las normas. Sabía que podía costarme todo. Y lo hice de todos modos porque, por primera vez en seis años, me sentí viva en lugar de limitarme a sobrevivir.

No pido clemencia. No pido que se excuse la violación de los límites. Pido que entiendan que, a veces, las reglas que construimos para protegernos se convierten en los muros que nos impiden vivir.

No me arrepiento de que me importe Evie Brooks. Me arrepiento de la posición en la que la puse. Me arrepiento de las complicaciones que creé. Pero no me arrepiento de la conexión en sí.

Porque me recordó que sigo siendo humana. Que aún puedo sentir algo más que miedo y pena y el cauteloso entumecimiento que llevo seis años llamando profesionalidad.

Hagan con eso lo que crean conveniente.

Maggie lo leyó todo. Lo guardó.

Sabía que probablemente no tendría el valor de decirlo en voz alta.

Pero escribirlo significó algo.

Como un primer paso hacia la persona que Sarah quería que fuera.

La persona que Evie se merecía.

Aunque fuera demasiado tarde.



La mañana del lunes llegó con unos cielos inusualmente grises y amenaza de lluvia.

Maggie se vistió con esmero. Un traje conservador. El pelo recogido. La armadura de profesionalidad que siempre la había protegido antes.

Llegó al hospital a las siete y media de la mañana. Treinta minutos antes de la reunión del comité.

La doctora Chen ya estaba en la sala de juntas, junto con el doctor Raymond Martinez, de Ética, y Karen Walsh, de RR. HH. Estaban sentados a un lado de la larga mesa, con documentos y tabletas desplegados ante ellos.

Maggie ocupó el asiento frente a ellos. Sola.

Había decidido prescindir de asesoramiento legal. Pasara lo que pasara, quería afrontarlo directamente.

—Gracias por venir, doctora Laurel —dijo Martinez. Su voz era neutral, profesional. La voz de alguien que había hecho esto muchas veces antes.

—Faltaría más.

Chen abrió una carpeta. —Tenemos algunas preguntas sobre su relación con la doctora Brooks.

Maggie asintió. —Lo entiendo.

—Empecemos por la cronología. —Martinez buscó un documento en su tableta—. Usted solicitó que asignaran a la doctora Brooks a su servicio en su segundo día en Oakridge. ¿Puede explicar esa decisión?

—Mostró un fuerte criterio clínico en urgencias. Pensé que se beneficiaría de una mentoría intensiva.

—¿Y le proporcionó esa mentoría?

—Sí.

—¿Incluyendo el llevarla fuera del hospital a tomar café? —intervino Walsh.

—Una vez. Para discutir un caso difícil de un paciente.

—El caso Carter.

—Sí.

Martinez tomó una nota. —Y en la noche del 8 de octubre, usted y la doctora Brooks entraron en el cuarto de guardia número 4 a las 23:47. Según los registros de las tarjetas de identificación, no salieron hasta las 6:23 de la mañana siguiente. Siete horas.

Las palabras pesaron en el aire.

Este era el momento. El momento en que Maggie podía mentir, desviarse, afirmar que habían pasado siete horas discutiendo ética médica y diagnósticos diferenciales.

El momento en que podía protegerse destruyendo a Evie.

O el momento en que podía decir la verdad y aceptar lo que viniera después.

Maggie sostuvo la mirada de Martinez. —La doctora Brooks y yo hablamos de un paciente que estaba empeorando. La conversación... derivó en algo más personal.

—¿Personal en qué sentido?

—Nos involucramos sentimentalmente.

Silencio.

La expresión de Chen no cambió, pero algo brilló en sus ojos. Respeto, quizá. O resignación.

Walsh se inclinó hacia delante. —Doctora Laurel, ¿está diciendo que mantuvo una relación romántica o sexual con una residente que estaba bajo su supervisión directa?

—Sí.

Martinez dejó su bolígrafo. —¿Y comprende que eso representa una clara violación de la política del hospital con respecto a los límites profesionales?

—Sí.

—¿Y entiende que la dinámica de poder involucrada hace que el consentimiento sea, como mínimo, complicado?

—Lo entiendo. Aunque quiero dejar claro una cosa: la doctora Brooks participó plenamente en lo que ocurrió. No hubo coacción. No fue acoso. Fue mutuo.

—Así no es como funcionan las dinámicas de poder —dijo Walsh en voz baja.

—Lo sé. Por eso solicité su traslado.

Martinez asintió. —Lo hemos visto. Fue... apropiado. Pero no cambia lo que ya ha ocurrido.

—También lo sé.

Chen habló por primera vez. —Maggie, ayúdame a entenderlo. Llevas cinco años en Oakridge. Un historial ejemplar. Sin incidentes. Sin quejas. ¿Qué ha cambiado?

Maggie sopesó la pregunta. Pensó en todas las respuestas cuidadosas y estratégicas que podría dar.

En su lugar, dijo la verdad.

—Dejé de tener miedo por un minuto. Y me enamoré.

Las palabras quedaron flotando en el aire.

—Eso no es una defensa —continuó Maggie—. Es una explicación. Conocía las reglas. Decidí romperlas de todos modos. No porque sea una temeraria, sino porque por primera vez en seis años, algo importaba más que protegerme a mí misma.

—¿Y ahora qué? —preguntó Chen.

—Ahora estoy aquí. Aceptando las consecuencias. Pidiendo que, pase lo que pase conmigo, no castiguen a la doctora Brooks. Ella no buscó nada de esto.

Martinez intercambió miradas con Walsh y Chen. —Tendremos que deliberar. Tendrá nuestra decisión antes de que termine el horario laboral de hoy.

Maggie se levantó. —Gracias.

Cuando llegaba a la puerta, Chen la llamó. —¿Maggie?

Ella se giró.

—Hizo falta valor para eso. Un valor estúpido que posiblemente acabe con tu carrera. Pero valor al fin y al cabo.

Maggie sonrió con tristeza. —Alguien me dijo una vez que sobrevivir no es lo mismo que vivir.

Se marchó antes de que nadie pudiera responder.



La decisión llegó a las 16:47.

Asunto: COMITÉ DE REVISIÓN MÉDICA - DECISIÓN

Dra. Laurel:

Tras revisar todas las pruebas disponibles y su testimonio, el Comité de Revisión Médica ha llegado a la siguiente decisión:

FALLO: Violación confirmada de los límites profesionales.

MEDIDA DISCIPLINARIA: - Treinta (30) días de suspensión administrativa, con efecto inmediato. - Reprimenda formal por escrito que se incluirá en el expediente de personal. - Realización obligatoria de una formación de 8 horas sobre ética y límites profesionales. - Reuniones mensuales de supervisión con la Jefa de Medicina durante los seis (6) meses posteriores a su reincorporación. - La Dra. Brooks permanecerá en un servicio separado durante un mínimo de seis (6) meses.

Esto no supone un despido. Sin embargo, cualquier futura violación resultará en el despido inmediato y una posible revisión de su licencia médica.

Reconocemos su honestidad durante este proceso y sus pasos proactivos para abordar la situación. Estos han sido considerados como factores atenuantes.

Su suspensión administrativa comienza mañana, 17 de octubre. Podrá reincorporarse el 17 de noviembre, siempre que haya completado la formación requerida.

Dra. Patricia Chen, Jefa de Medicina

Maggie lo leyó tres veces.

No la habían despedido.

No estaba acabada.

Solo... suspendida. Reprimendada formalmente. Bajo advertencia.

Podía sobrevivir a esto.

La cuestión era si Evie la perdonaría alguna vez por elegir la supervivencia en lugar de mantenerse unidas.

Maggie cogió su teléfono. Escribió a Evie: *El comité me ha dado 30 días de suspensión. No me han despedido. Siento mucho todo.*

Aparecieron los puntos. Permanecieron mucho tiempo.

Luego: *Me alegro de que no te hayan despedido. Pero un «lo siento» no es suficiente. Todavía no.*

Maggie se quedó mirando el mensaje.

Todavía no.

Lo que significaba que quizá algún día.

Lo que significaba que quizá aún había una oportunidad.

Si lograba descubrir cómo ser lo bastante valiente para merecerla.

Cerró el portátil. Recogió sus cosas. Salió del Hospital Oakridge hacia la gris tarde de Los Ángeles, con treinta días de forzosa inactividad extendiéndose ante ella.

Treinta días para averiguar quién quería ser.

Treinta días para decidir si sobrevivir seguía siendo suficiente.

Treinta días para aprender a vivir.

10

EVIE

17 DE OCTUBRE – PRIMER DÍA DE LA SUSPENSIÓN DE MAGGIE

Evie se despertó con la alarma que había puesto por costumbre, y luego se quedó mirando el techo durante diez minutos antes de lograr convencerse de moverse.

Primer día sin Maggie en Oakridge.

El pensamiento se le asentó en el pecho como una piedra.

Se dio la vuelta y alargó la mano hacia el móvil en la mesilla de noche. La pantalla se iluminó con notificaciones —actualizaciones de horarios del hospital, resultados de laboratorio, un recordatorio sobre las sesiones clínicas—, pero sus ojos se fijaron en el hilo de mensajes con Maggie.

Último mensaje: *Me alegro de que no te hayan despedido. Pero un «lo siento» no es suficiente. Todavía no.*

Enviado a las 4:52 p. m. de ayer. Ninguna respuesta desde entonces.

Evie bloqueó el móvil sin leer el resto. No tenía la capacidad emocional para analizar si el silencio de Maggie significaba respeto

por los límites o simplemente más distancia. En cualquier caso, dolía de la misma manera.

Se arrastró fuera de la cama y se metió en la ducha, dejando que el agua caliente golpeara sus hombros hasta que el espejo se empañó por completo. Cuando por fin se vistió —el pijama de hospital se sentía más pesado de lo habitual, la bata blanca olía ligeramente a antiséptico hospitalario—, se vio en el reflejo y apenas reconoció a la mujer que la miraba.

Cansada. Enfadada. Triste.

Pero seguía aquí.

Hizo café, cogió su bolso y salió por la puerta antes de poder convencerse de llamar para decir que estaba enferma.



El trayecto en coche hasta Oakridge le pareció más largo de lo que debería.

El tráfico de Los Ángeles avanzaba con su apatía habitual, con las luces de freno sangrando de rojo en la brillante mañana de octubre. Evie apretó el volante más de lo necesario, mientras su mente reproducía la última conversación real que había tenido con Maggie.

—*No tienes derecho a hacerme daño y llamarlo protección.*

Se refería a cada palabra. Seguía pensando lo mismo.

Pero Dios, la echaba de menos a pesar de todo.

Cuando finalmente entró en el aparcamiento del hospital, la memoria muscular la llevó al lugar de siempre: tercera fila, cerca de la entrada este. Aparcó, apagó el motor y se quedó sentada un momento en silencio.

Tres plazas más allá, el sitio habitual de Maggie estaba vacío.

El pecho de Evie se apretó.

—*Para* —se dijo a sí misma—. *No puedes desmoronarte. Aquí no. Ahora no.*

Cogió su bolso, cerró el coche y caminó hacia la entrada con los hombros rectos y la mandíbula tensa. Si la gente iba a hablar —y lo

harían—, no les daría nada con qué trabajar. Sin lágrimas. Sin grietas visibles.

Solo competencia.

Eso era todo lo que le quedaba.



La sala de conferencias de Medicina Interna se sentía extraña sin Maggie presidiendo la mesa.

La doctora Patel estaba de pie donde solía estar Maggie, con la tableta en la mano, revisando con eficiencia los ingresos nocturnos. Era mayor que Maggie —mediados de los cincuenta, quizá—, con mechones de plata en su pelo oscuro y gafas de lectura apoyadas en la nariz. Su voz era cálida, su actitud paciente.

Nada que ver con la aguda precisión de Maggie.

—Buenos días a todos —dijo la doctora Patel mientras los residentes iban entrando—. Hoy tenemos la casa llena. Seis nuevos ingresos, tres traslados desde la UCI y dos altas pendientes de la aprobación del trabajador social.

Evie se deslizó en un asiento cerca del fondo, manteniendo la cabeza baja. Algunos residentes miraron en su dirección —curiosos, evaluando—, pero nadie dijo nada. Todavía.

La mirada de la doctora Patel la encontró. —Doctora Brooks. Bienvenida al equipo.

Evie se enderezó. —Gracias, doctora Patel.

—He oído cosas excelentes sobre sus habilidades clínicas —continuó Patel, con tono genuino—. Tengo ganas de trabajar con usted.

Fue amable. Profesional. Adecuado.

Y le resultó vacío.

Porque Maggie habría dicho algo más mordaz. Algo que hiciera que Evie trabajara más duro, pensara con más profundidad, se probara a sí misma de nuevo. La amabilidad de Patel no la desafiaba; simplemente la hacía sentir como si la hubieran degradado.

—Muchas gracias —dijo Evie de nuevo, forzando una sonrisa que no sentía.

Patel asintió y siguió adelante, asignando casos con soltura experimentada. Cuando llegó al nombre de Evie en la lista, hizo una pausa.

—Brooks, usted se encargará del señor Patterson en la 614. Setenta y dos años, neumonía recurrente, posible aspiración. Además... —echó un vistazo a su tableta—. Veo que estaba haciendo el seguimiento de Daisy Carter. Me gustaría que continuara con sus cuidados durante la transición.

A Evie se le cerró la garganta. —Por supuesto.

—Bien. Vamos a pasar planta.



El equipo se movía por la planta con un ritmo que era eficiente pero desconocido para ella. La doctora Patel hacía preguntas —buenas preguntas, preguntas reflexivas—, pero no cortaban de la misma manera que las de Maggie. Guíaba más que desafiar. Enseñaba mediante el estímulo en lugar de la presión.

Evie presentó el caso del señor Patterson con la misma meticulosidad de siempre, pero a mitad de su diagnóstico diferencial, se sorprendió haciendo una pausa, esperando que Maggie la interrumpiera con una pregunta más aguda, un ángulo más difícil, algo que la obligara a pensar tres pasos por delante.

Nunca llegó.

La doctora Patel se limitó a asentir. —Excelente análisis. Añadamos un estudio de deglución para descartar aspiración. ¿Algo más?

Evie parpadeó. —No. Eso es todo.

—Genial. Siguiente paciente.

Eso fue todo. Sin preguntas de seguimiento. Sin desafíos. Sin un *«¿pero qué hay de...?».*

Evie sintió la ausencia como un dolor físico.

Tras la ronda, la doctora Patel la apartó en el pasillo. Su expresión era amable pero directa.

—Conozco las circunstancias de su traslado —dijo Patel en voz baja—. No necesito detalles ni explicaciones. Lo que necesito es saber que está aquí para trabajar.

Evie sostuvo su mirada. —Lo estoy.

—Bien —la voz de Patel se suavizó—. También quiero que sepa que yo no juzgo. Lo que haya pasado entre usted y la doctora Laurel es cosa de ustedes dos. Ahora está en mi servicio, y yo evalúo a mis residentes por su medicina. Nada más.

Se suponía que las palabras debían ser tranquilizadoras.

En cambio, se sintieron como un foco sobre ella.

—Gracias —logró decir Evie.

Patel asintió. —Ahora vaya a ver a sus pacientes. ¿Y doctora Brooks?

—¿Sí?

—Tiene permiso para tener un día difícil. Pero no deje que se convierta en un mes difícil.

Se alejó antes de que Evie pudiera responder.

Evie se quedó en el pasillo un momento, sintiendo el peso de esa amabilidad caer sobre ella como una manta que no quería. No necesitaba comprensión. Necesitaba distracción. Trabajo. Algo que impidiera a su mente volver en círculos al despacho vacío de Maggie y al hilo de mensajes que no se atrevía a borrar.

Sacó su tableta y abrió la ficha de Daisy Carter.

Hora de trabajar.



La luz en la habitación de Daisy había cambiado desde ayer.

No la fluorescente del techo; esa seguía siendo de la misma blancura cruda de siempre. Pero algo en la calidad del sol de la tarde que se filtraba por las persianas se sentía más tenue. Más frágil.

Daisy estaba despierta cuando Evie entró, con una respiración dificultosa pero estable. Kara estaba sentada en su silla habitual

junto a la ventana, con el móvil apretado en una mano y los ojos enrojecidos y exhaustos.

—Doctora Brooks —dijo Kara, levantándose rápidamente—. No sabíamos si usted... es decir, nos hemos enterado de que la doctora Laurel estaba...

—Sigo aquí —dijo Evie con suavidad, acercándose a la cama de Daisy—. No me voy a ninguna parte.

Los hombros de Kara se relajaron con alivio. —Bien. Eso es bueno.

Evie comprobó los signos vitales de Daisy, ajustando ligeramente el flujo de oxígeno, con sus manos moviéndose con destreza experimentada. Los ojos de Daisy seguían sus movimientos, agudos a pesar del agotamiento marcado en cada línea de su rostro.

—¿Dónde está la doctora Laurel? —preguntó Daisy, con la voz apenas por encima de un susurro.

Las manos de Evie se detuvieron solo un instante antes de obligarse a seguir moviéndose. —Se ha tomado un tiempo libre. Pero yo sigo supervisando su tratamiento.

Daisy la observó. La observó de verdad. —Vosotras dos... ¿habéis discutido?

A Evie se le cortó la respiración. —¿Qué?

—Me doy cuenta de las cosas —dijo Daisy lentamente, cada palabra era un esfuerzo—. Incluso cuando... apenas estoy presente. La forma en que la mirabas...

Kara se removió incómoda. —Mamá, eso es...

—No pasa nada —dijo Evie en voz baja, encontrándose con la mirada de Daisy. Le debía sinceridad. Esta mujer se estaba muriendo y estaba desperdiciando un aliento precioso preocupándose por el corazón roto de Evie—. Tuvimos... un desacuerdo. Por algo importante.

Los labios de Daisy se curvaron levemente. No llegó a ser una sonrisa, pero se le parecía. —No desperdicies... el tiempo. No estés enfadada, cielo.

A Evie se le cerró la garganta. —No es tan sencillo.

—Sí que lo es —los ojos de Daisy se cerraron, luego se abrieron de nuevo con un esfuerzo visible—. La vida es demasiado corta.

Créeme. Mírame un solo momento y vuelve a pensar en lo que tengas que pensar.

Las palabras golpearon con más fuerza de la que Evie esperaba.

Miró a Kara, que ahora lloraba en silencio, con las lágrimas corriendo por sus mejillas sin freno.

—Descansa ahora, Daisy —dijo Evie con voz ronca—. Guarda fuerzas y no te preocupes por mí. A mí me toca preocuparme por ti, ese es mi trabajo.

Los ojos de Daisy encontraron los suyos una vez más. —¿Para qué?

La pregunta quedó suspendida en el aire; no con amargura, sino con honestidad. Una honestidad dolorosa y devastadora.

Evie no tenía respuesta.

Se sentó con ellas en silencio durante diez minutos, con la mano apoyada suavemente en el brazo de Daisy, sintiendo el frágil ritmo de su pulso bajo una piel fina como el papel. Cuando finalmente se levantó para irse, Daisy tenía los ojos cerrados y su respiración era superficial pero constante.

En el pasillo, Evie se apoyó contra la pared y se permitió temblar.

***

Evie estaba sentada sola en la cafetería del hospital, removiendo una ensalada de aspecto triste en su plato mientras fingía revisar análisis en su tableta.

No engañaba a nadie. Y a sí misma, menos que a nadie.

La cafetería estaba concurrida: enfermeras tomando café entre turnos, residentes engullendo comida que habían olvidado comer horas antes, adjuntos celebrando reuniones discretas ante sopas tibias. El ruido era un murmullo de normalidad que hoy le resultaba ajeno.

—¿Te importa si me siento?

Evie levantó la vista.

El doctor James Morrison estaba allí con su bandeja, con las cejas arqueadas en señal de pregunta. Era un compañero residente

—medicina interna, segundo año— con una sonrisa fácil y fama de ser agresivamente mediocre.

—Claro —dijo Evie, porque decir que no habría supuesto más esfuerzo.

Morrison se sentó y empezó a hincarle el diente a su hamburguesa de inmediato. —Bueno. Primer día con Patel. ¿Qué tal va la cosa?

—Bien.

—¿Solo bien?

Evie mantuvo los ojos en su tableta. —Es una adaptación.

—Ya me imagino —Morrison dio otro bocado, masticando pensativo. Luego, con demasiada naturalidad, añadió—: Todo el mundo habla de ello, ya sabes.

A Evie se le tensó la mandíbula. —¿De qué hablas?

—Venga ya. De Laurel y tú.

Ella levantó la cabeza de golpe. —¿Perdón?

Morrison se encogió de hombros. —No es ningún secreto. La suspensión. El traslado. La gente suma dos y dos. Las noticias vuelan.

—La gente debería centrarse en su propio trabajo y meterse en sus putos asuntos —dijo Evie con voz plana.

—Oye, que yo no juzgo —levantó las manos—. Solo digo que... todo el mundo lo vio. La forma en que te miraba. La atención extra. Supongo que la química es la química, ¿no?

Evie soltó el tenedor con cuidado. Con mucho cuidado. —¿Y qué es exactamente lo que crees que viste?

—Que recibía un trato especial porque...

No terminó.

Evie se levantó bruscamente, haciendo que su silla chirriara contra el linóleo. —Déjame dejarte algo muy claro. Entré en el servicio de la doctora Laurel porque soy buena en mi trabajo. Si tienes algún problema con eso, preséntalo ante el comité de evaluación.

Morrison parpadeó. —No quería decir...

—Sí, sí que quería —Evie se inclinó, con voz baja y peligrosa—. Y esto es lo que va a hacer. Se va a guardar cualquier opinión que

tenga para sí mismo. Porque si me entero de que ha estado difundiendo rumores sobre mí —o sobre la doctora Laurel—, me aseguraré de que cada adjunto de esta planta sepa exactamente cuántas veces ha pasado por alto diagnósticos evidentes este mes.

Él se puso rojo. —Eso es...

—¿Cierto? Sí. Eso pensaba.

Ella cogió su bandeja y se alejó antes de que él pudiera responder, tirando su comida intacta a la basura al salir.

En el baño, se encerró en una cabina y apoyó la frente contra la fría puerta de metal, respirando con fuerza.

Esto era a lo que Maggie le tenía miedo.

No a la suspensión. Ni a la investigación.

A los susurros. A los juicios. A la forma en la que la gente la miraría de manera diferente, preguntándose si se había ganado su puesto o si simplemente se había acostado para conseguirlo.

Y Evie lo estaba viviendo ahora.

Se enderezó, abrió la puerta y se miró en el espejo.

Su reflejo parecía cansado, pero desafiante.

—*Bien* —pensó—. *Que hablen. Sigo en pie.*



Para cuando Evie llegó a casa, el agotamiento se le había instalado en los huesos.

Dejó el bolso junto a la puerta, se quitó los zapatos de una patada y se quedó en la cocina mirando las encimeras vacías. Debería comer. Debería ducharse. Debería hacer literalmente cualquier cosa productiva.

En lugar de eso, cogió su móvil.

El hilo de mensajes con Maggie le devolvió la mirada.

Sus dedos sobrevolaron el teclado.

—*Hoy ha sido difícil* —escribió.

Lo borró.

—*Daisy ha preguntado por ti* —intentó de nuevo.

Lo borró.

—¿Cómo lo llevas?

Ese lo mantuvo. Lo envió antes de poder pensarlo demasiado.

Tres puntos aparecieron casi de inmediato.

—Estoy bien. ¿Cómo ha ido tu primer día con Patel?

Evie exhaló lentamente.

—Bien. Diferente.

—Es excelente. Aprenderás mucho.

Evie tenía ganas de gritar. Ganas de escribir: *No quiero aprender de ella. Quiero aprender de ti.*

En lugar de eso, escribió: *La gente está hablando*.

Pausa larga.

—Lo siento. Nunca quise eso para ti.

—Lo sé. Pero está pasando de todos modos.

—¿Estás bien?

Evie se quedó mirando la pregunta. ¿Estaba bien? No. Pero lo estaría.

—No. Pero lo estaré.

—Ojalá pudiera arreglar esto.

—No puedes. Solo tenemos que sobrevivir a esto.

—Lo siento. Por todo esto.

—Lo sé. Pero un «lo siento» no cambia nada.

Dejó el móvil, sin esperar respuesta.

Un minuto después, vibró.

—Podría. Si me dejas.

Evie cogió el móvil, leyó el mensaje tres veces y sintió que algo se rompía en su pecho.

No respondió.

No pudo.

Porque si empezaba a escribir lo que sentía de verdad, no pararía. Y aún no estaba preparada para esa conversación.

En lugar de eso, se tumbó en la cama mirando al techo, repasando el día.

La amabilidad de la doctora Patel que parecía lástima.

Las insinuaciones de Morrison de que no se había ganado su puesto.

Las palabras de Daisy: *«No desperdicies el tiempo estando enfadada».*

Y el mensaje de Maggie: *«Podría. Si me dejas».*

Evie ya no estaba enfadada.

Ese era el problema.

La ira tenía claridad. La ira tenía aristas. La ira le daba algo contra lo que empujar.

Esto —esta tristeza agotadora y punzante— no era más que niebla.

Y quizá eso era peor.

Cerró los ojos y dejó que el sueño la venciera, sabiendo que, cuando se despertara mañana, tendría que hacerlo todo de nuevo.

Y al día siguiente.

Y al día siguiente.

11

MAGGIE

En su segunda mañana de suspensión, Maggie se despertó a las cinco de la madrugada e inmediatamente echó mano del móvil.

No había mensajes nuevos de Evie.

Se quedó mirando el techo de su dormitorio, escuchando cómo la ciudad despertaba al otro lado de las ventanas. En algún lugar, aullaba una ambulancia. El tráfico ya se estaba acumulando en las calles de abajo. La vida avanzaba mientras ella permanecía suspendida en una quietud forzada.

Se quitó las mantas de encima y repitió los gestos habituales: café, ducha y la edición matinal de la NPR que solo escuchaba a medias. Pero cuando, por costumbre, fue a coger su bata blanca, su mano se cerró en el aire.

Cierto.

Hoy no había hospital. Ni rondas. Ni residentes a los que supervisar. Ni pacientes que dependieran de sus manos firmes y de su mente perspicaz. Tampoco estaba Evie.

Solo su apartamento y treinta días por delante que se extendían como una condena.

Maggie se quedó de pie en el salón, vestida con pantalones de yoga y una vieja camiseta de la Facultad de Medicina de Stanford,

sintiéndose a la deriva de una forma que no experimentaba desde aquellos primeros y terribles meses tras la muerte de Sarah. Por aquel entonces, el hospital había sido su ancla. El trabajo le había dado un propósito cuando el duelo amenazaba con hundirla.

Ahora, incluso eso había desaparecido.

Se obligó a salir a correr.

El sendero a lo largo del río Los Ángeles ya estaba abarrotado de corredores matutinos, gente paseando al perro y ciclistas serpenteando entre los peatones. Maggie adoptó su ritmo habitual: respiración, zancada, el golpeo constante de los pies contra el pavimento que solía despejarle la mente.

No funcionó.

Cada manzana traía un nuevo bucle de pensamientos de los que no podía escapar. El rostro de Evie cuando Maggie le habló del traslado. La forma en que se le quebró la voz: *Te estás protegiendo a ti misma.* El mensaje de ayer: *Pero el perdón no cambia nada.*

Maggie aceleró el paso, intentando dejar atrás los recuerdos.

Para cuando llegó a casa, ya había superado los diez mil pasos antes de las ocho de la mañana y no se sentía mejor por ello. Solo cansada. Inquieta.

Se duchó, preparó más café que no se bebió y terminó plantada frente al armario trastero que rara vez abría.

Las cajas de Sarah estaban al fondo, cuidadosamente etiquetadas con la caligrafía precisa de Maggie: «HISTORIALES MÉDICOS», «OBJETOS PERSONALES», «DIARIOS».

Bajó la caja con la etiqueta «DIARIOS» y la llevó al sofá.

Los libros encuadernados en cuero de su interior olían a papel viejo y al perfume de Sarah; un aroma que Maggie había olvidado hasta ese momento. Cogió el primer diario, con las manos temblándole ligeramente, y lo abrió por una página al azar.

15 de marzo. Faltan tres meses.

Maggie me ha hecho sopa hoy. De la buena, de ese sitio de Melrose, no de lata. Se ha sentado conmigo mientras me tomaba medio cuenco y ha fingido no darse cuenta de que no podía terminarlo. Eso es lo que hace: gestiona. Controla. Optimiza.

La quiero por ello. Pero, Dios, a veces solo quiero que se desmorone conmigo en lugar de intentar arreglarlo todo.

Maggie cerró los ojos y las palabras le dolieron más de lo esperado.

Sarah lo había visto. Lo había sabido. Y Maggie había estado demasiado ocupada intentando salvarla como para escuchar.

Siguió leyendo.

Al mediodía, Maggie había repasado tres diarios y se encontraba rodeada de las pruebas de sus propios patrones de conducta.

Sarah escribiendo sobre la necesidad de control de Maggie.

Sarah suplicándole que simplemente *estuviera presente* en lugar de ir siempre tres pasos por delante, planeando contingencias.

Sarah, dos semanas antes de morir: *Cree que si me gestiona con suficiente firmeza, no me iré. Pero yo ya no estoy aquí, y ella se va a culpar para siempre.*

Maggie dejó el diario con las manos temblorosas.

Llevaba seis años diciéndose que había hecho todo lo posible. Que la muerte de Sarah no era algo que pudiera haber evitado. Que el duelo era simplemente el precio del amor.

Pero nunca se había permitido ver la verdad enterrada en esas páginas: que su necesidad de controlarlo todo había hecho que Sarah se sintiera gestionada en lugar de amada. Que al esforzarse tanto por no perderla, Maggie ya la estaba perdiendo.

Y ahora le estaba haciendo lo mismo a Evie.

La comprensión la golpeó como un impacto físico.

—Te estás protegiendo a ti misma —había dicho Evie.

Tenía razón.

Maggie no estaba protegiendo a Evie de las consecuencias. Se estaba protegiendo a sí misma de la aterradora vulnerabilidad de dejar entrar a alguien por completo. De arriesgar no solo su carrera, sino su corazón.

De admitir que se había vuelto a enamorar y que no tenía ni idea de cómo hacerlo sin intentar controlar cada variable.

Su móvil vibró.

Lo cogió demasiado rápido, esperando que fuera Evie.

En su lugar: *Recordatorio: La inscripción para el curso de ética vence este viernes.*

Maggie lanzó el teléfono al sofá y se presionó los ojos con las palmas de las manos.

Necesitaba ayuda.

Ayuda de verdad.

De la que llevaba tres años evitando.

***

La consulta de la doctora Rachel Kim era exactamente como Maggie la recordaba: iluminación cálida, sillas cómodas, un escritorio sin nada encima excepto una caja de pañuelos y una pequeña suculenta que, de algún modo, había sobrevivido a los tres años de ausencia de Maggie.

—Ha pasado tiempo —dijo la doctora Kim, acomodándose en su silla frente a Maggie—.

—Tres años —dijo Maggie. Su voz sonó más áspera de lo que pretendía—.

—Tres años —repitió Kim—. ¿Qué la trae de vuelta a terapia?

Maggie lo había ensayado durante el trayecto en coche. Había planeado qué decir, cómo enfocarlo, qué detalles incluir.

Pero sentada allí, en esa habitación donde había pasado dos años tras la muerte de Sarah aprendiendo a funcionar de nuevo, toda la cuidadosa planificación se desvaneció.

—Me he enamorado —dijo Maggie—. Y lo he destruido, en resumidas cuentas. Supongo que estoy aquí para poner orden en mi cabeza y no alejar más cosas buenas, si no es demasiado tarde.

La expresión de Kim no cambió. —Háble me de ella.

Y Maggie lo hizo.

Habló durante veinte minutos sin parar: sobre la mente aguda de Evie y su lengua aún más afilada; sobre la forma en que desafiaba a Maggie sin ser temeraria; sobre cómo *permanecía* en momentos de los que Maggie solía huir; sobre la conversación en la cafetería, la sala de guardia y todo lo que vino después; sobre cómo todo en ella la atraía como una polilla a la llama.

Sobre cómo Maggie había elegido el miedo en lugar del valor. Otra vez.

Cuando finalmente se detuvo, Kim guardó silencio durante un largo rato.

—Está sonriendo —dijo Kim por fin—.

Maggie parpadeó. —¿Qué?

—Mientras hablaba de ella, estaba sonriendo. Pero de verdad. —Kim se inclinó ligeramente hacia delante—. La conozco desde hace cinco años, Maggie. He estado con usted durante la enfermedad de Sarah, su muerte, la investigación en el Cedars-Sinai... Nunca, ni una sola vez, la he visto sonreír así al hablar de otra persona. He pensado que valía la pena mencionarlo.

Las palabras cayeron como piedras en el agua, con las ondas expandiéndose hacia fuera.

—¿Ni siquiera con Sarah? —preguntó Maggie en voz baja.

—Ni siquiera con Sarah —confirmó Kim—. Con Sarah, hablaba de responsabilidad. De deber. De lo que le debía. Pero con esta mujer, Evie, habla de *sentir*. De estar *viva*.

A Maggie se le cerró la garganta. —Eso no hace que esté bien.

—No —asintió Kim—. Pero lo hace real. Y eso la aterroriza, ¿verdad?

—Claro que sí. Usted sabe lo que pasó con Rebecca...

—Sé lo que Rebecca *hizo* —interrumpió Kim con suavidad—. También sé que aquello no fue culpa suya. Pero aun así lo interiorizó. Construyó muros. Estableció reglas. Decidió que la única forma de sobrevivir era no volver a ser vulnerable jamás.

—Funcionó —dijo Maggie a la defensiva.

—¿En serio? —La voz de Kim era amable, pero firme—. Porque, desde donde yo estoy sentada, usted ha sobrevivido, pero no ha vivido. Hay una diferencia.

Maggie desvió la mirada con la mandíbula tensa.

—Háblame de Sarah —continuó Kim—. No de lo que pasó, sino de lo que *significó*.

Maggie cerró los ojos. —Significó que fallé. Se estaba muriendo y no pude salvarla.

—Usted es médica, Maggie. No es Dios.

—Debería haber...

—¿Qué? —la desafió Kim—. ¿Haber curado un cáncer de páncreas? ¿Haber reescrito la biología? ¿Haber sido tan perfecta que la muerte no se atreviera a llevársela?

—Debería haber sido suficiente —dijo Maggie, y se le quebró la voz en la última palabra.

Los pañuelos aparecieron en la mesa auxiliar. Maggie cogió uno y se lo apretó contra los ojos.

—¿Suficiente para qué? —preguntó Kim suavemente.

—Para que ella quisiera luchar. Para que quisiera vivir. Para que no se rindiera.

—¿La culpó Sarah?

—No.

—Entonces, ¿por qué se culpa usted misma?

Maggie apretó las manos en su regazo. —Porque si no lo hago, entonces fue algo aleatorio. Cruel, aleatorio y sin sentido. Simplemente algo que pasó y que no pude detener.

—Y si fuera culpa suya —dijo Kim lentamente—, ¿al menos así tendría el control?

—Sí —susurró Maggie.

Kim permaneció en silencio un momento, dejando que aquello calara.

—Pero no tenía el control —dijo finalmente—. Ni lo tiene. No puede controlar si la gente vive o muere. No puede controlar si se marcha o se queda. No puede controlar que amar a alguien vaya a terminar en una pérdida.

—¿Entonces qué es lo que puedo controlar? —exigió Maggie, levantando la vista.

—Dar la cara. Intentarlo. Permitirse amar de nuevo, aun sabiendo que podría doler. —La voz de Kim se volvió más dulce—. Elegir vivir en lugar de sobrevivir.

Maggie se secó los ojos; el pañuelo se deshacía entre sus manos. —Tengo miedo.

—Lo sé. Eso significa que está viva.

Se quedaron sentadas en silencio un rato; el único sonido era el suave zumbido de la máquina de ruido blanco junto a la puerta.

—¿Qué hago? —preguntó Maggie finalmente—. ¿Cómo arreglo esto?

—No se arregla —dijo Kim—. No se puede. Pero puede ser sincera. Primero consigo misma y luego con ella. Puede dejar de intentar controlar el resultado y simplemente... estar ahí. Caótica. Imperfecta. Real.

—¿Y si lo pierdo todo? —preguntó.

—¿Y si ya lo ha perdido?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Después de la terapia, Maggie condujo sin rumbo durante una hora antes de acabar en una cafetería de Silver Lake en la que nunca había estado.

Pidió un latte con leche de avena que no le apetecía y se sentó junto a la ventana, observando a la gente pasar. Parejas de la mano. Una mujer riendo por teléfono. Un hombre con un perro, ambos satisfechos con su rutina. Simplemente la vida.

Gente normal viviendo vidas normales sin el peso de decisiones imposibles aplastándola.

Su móvil vibró.

Esta vez era quien ella esperaba.

Evie: *¿Sigues ahí?*

A Maggie se le dio un vuelco el corazón. Escribió rápido.

Aquí estoy. Siempre.

Aparecieron tres puntos. Desaparecieron. Volvieron a aparecer.

Evie: *Eso no es verdad. Te marchaste. Ah, y me alejaste de ti. Ahora mismo soy un poco escéptica contigo...*

Maggie cerró los ojos y la acusación aterrizó exactamente donde debía.

Maggie: *Lo sé. Lo siento. De verdad.*

Evie: *No necesito que lo sientas. Necesito saber si has dejado de huir.*

Maggie se quedó mirando el mensaje. Era el momento. El instante en el que podía desviarse, protegerse, mantener los muros levantados. Evie seguía sin rendirse con ella.

Maggie: *No sé cómo parar. Pero quiero intentarlo.*

Una larga pausa.

Evie: *¿Por qué ahora?*

Maggie: *Porque he estado leyendo los diarios de Sarah. Porque hoy he ido a terapia. Porque estoy harta de sobrevivir cuando podría estar viviendo. Porque tenías razón en todo. Y soy una imbécil que está alejando algo que me hace mucho bien.*

Otra pausa.

Evie: *Sigo enfadada. Muy enfadada.*

Maggie: *Deberías estarlo.*

Evie: *No estoy lista para perdonarte.*

Maggie: *Lo sé.*

Evie: *Pero te echo de menos de todos modos. Y odio echarte de menos.*

A Maggie le escocían los ojos.

Maggie: *Yo también te echo de menos. Tanto que me duele físicamente.*

Evie: *No digas cosas así a menos que las sientas de verdad.*

Maggie: *Nunca he sentido nada tan de verdad.*

Los puntos de escritura aparecieron y se quedaron ahí mucho rato.

Evie: *Necesito tiempo. Para pensar. Para descubrir si puedo volver a confiar en ti.*

Maggie: *Tómate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí.*

Evie: *¿Estarás? ¿O buscarás otra excusa para alejarme?*

Maggie tomó aire. Escribió la verdad.

Maggie: *No lo sé. Estoy rota de formas que aún estoy descubriendo. Puede que vuelva a cagarla. Pero voy a intentar no hacerlo. Es lo mejor que puedo ofrecer ahora mismo.*

Pasaron varios minutos. Maggie vio aparecer y desaparecer los puntos tres veces.

Hasta que finalmente: *Eso es lo más sincera que has sido conmigo nunca.*

Maggie: Estoy aprendiendo.

Evie: *Bien. Sigue aprendiendo. Te escribiré cuando esté lista. Pero si crees que no estoy aquí sentada pensando en ti constantemente, te equivocas. Me importas, Maggie.*

Maggie: *Y tú me importas a mí, muchísimo.*

Evie: *Buenas noches, Maggie.*

Maggie: *Buenas noches, Evie.*

Maggie dejó el teléfono y soltó un aire que no sabía que estaba reteniendo. Fue una sensación nítida y clara, pero más positiva de lo que esperaba.

No era el perdón.

Pero era una puerta que se quedaba abierta.



DÍA 4 – MAÑANA

A la mañana siguiente, Maggie llamó a Lisa Grant.

Quedaron en una cafetería de West Hollywood, territorio neutral. Lisa llegó primero; ya estaba tomando un capuchino cuando entró Maggie.

—Tienes un aspecto diferente —dijo Lisa mientras Maggie se sentaba.

—La baja administrativa causa ese efecto.

—Me he enterado. Por las malas lenguas —Lisa la estudió por encima del borde de su taza—. Así que... te has enamorado de una residente. ¡Vaya tela!

—¿Eso es lo que dicen?

—Eso es lo que digo yo. Porque te conozco de sobra. Y tú no lo arriesgarías todo por nada.

Maggie pidió un café. Se quedaron sentadas.

—¿Recuerdas lo que me dijiste después de que la investigación quedara cerrada en el Cedars-Sinai? —preguntó Lisa.

—¿Qué parte en concreto?

—Dijiste que habías terminado. Se acabaron las relaciones, se acabó la vulnerabilidad, se acabó cualquier cosa que pudiera comprometer tu trabajo.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —suspiró Maggie mientras se pasaba los dedos por el pelo. Sentía la pesadez de sus ojos hundiéndose en el cráneo debido a la falta de sueño.

—Y yo te dije que era una idea terrible, que te estabas castigando por las mentiras de otro.

Maggie sonrió levemente. —Lo hiciste. Y yo te dije que te metieras en tus asuntos.

—Lo hiciste. —Lisa se inclinó hacia delante—. Entonces, ¿qué ha cambiado?

—Evie. Ella me ha cambiado. O quizás simplemente... se negó a dejar que me escondiera.

—Bien por ella. No eres el diablo, ¿sabes? Puede que ahora te sientas como la villana, pero eres humana y te mereces cosas buenas.

Maggie dejó su taza. —Estoy de baja, Lisa. Mi reputación está dañada. Otra vez. Los rumores están empezando. No sé cómo he acabado aquí de nuevo.

—Tu reputación se recuperará —dijo Lisa con firmeza—. La pregunta es ¿lo harás tú?

—¿A qué te refieres?

—A que puedes seguir castigándote por ser humana. Seguir levantando muros. Seguir fingiendo que no necesitas a nadie. —Hizo una pausa—. O puedes aceptar que mereces que te quieran. Aunque sea complicado. Aunque tenga un precio.

—Pero mi ansiedad me devuelve siempre a la pregunta de «¿y si lo pierdo todo?». Me cuesta mucho lidiar con eso, ¿sabes?

La expresión de Lisa se suavizó. —¿Qué estás protegiendo, Maggie? ¿Una carrera que te hace infeliz? ¿Una reputación construida sobre el aislamiento? ¿El derecho a morir sola y llamarlo dignidad? Si hablases con cualquiera en su lecho de muerte, te diría que la vida es demasiado corta.

Las palabras fueron duras. Pero cariñosas.

Maggie las absorbió lentamente.

—Sarah no querría esto para ti —continuó Lisa.

—Tú no la conocías.

—No. Pero te conozco a ti. Conozco a la mujer que eras con ella, la que corría riesgos, la que creía en las cosas, la que se permitía sentir. —La voz de Lisa se volvió más dulce—. ¿Qué pasó con ella?

—Aprendió la lección.

—O aprendió la lección equivocada.

Terminaron el café en un silencio cómplice. Cuando se despidieron fuera, Lisa estrechó a Maggie en un abrazo.

—Deja de esconderte —le susurró—. No te pega nada.

De vuelta a casa, Maggie volvió a los diarios de Sarah.

Encontró la entrada que había estado buscando: dos semanas antes de que Sarah muriera.

Necesito escribir esto mientras todavía pueda. Mientras las palabras aún fluyan.

Maggie cree que me está fallando. Puedo verlo en sus ojos cada vez que me ajusta la medicación, me toma las constantes, recalcula las dosis como si hubiera una ecuación perfecta que pudiera mantenerme aquí.

Pero no la hay. Y necesito que lo sepa.

Cuando me haya ido, se culpará a sí misma. Levantará muros más altos de lo que jamás he visto. Decidirá que la única forma de sobrevivir es no volver a amar nunca de esta manera.

Y necesito que sepa que eso me rompería el corazón más que morir.

No quiero que pase página rápido. No quiero que me olvide o que finja que no importé.

Pero quiero que viva.

Quiero que vuelva a correr riesgos. Que deje que alguien se acerque. Que deje de intentar controlarlo todo y simplemente... exista. Complicada e imperfecta y hermosa y aterradoramente humana.

Si encuentra a alguien que la vea como la veo yo —alguien que no la deje esconderse, que la haga reír, que le recuerde que tiene derecho a tener miedo—, quiero que le deje entrar.

Quiero que elija vivir en lugar de sobrevivir.

Aunque sea difícil. Especialmente si es difícil.

Porque el amor es eso. No es control. No es gestión. No es intentar prevenir cada pérdida posible.

Amar es estar presente a pesar de todo.

Maggie lo leyó tres veces, con las lágrimas rodando por su rostro.

Luego cogió el teléfono y empezó a escribir.

No a Evie, aún no.

Sino a sí misma.

Cosas que sé:

• *Amo a Evie Brooks*

• *Me aterra perderla*

• *Me aterra perderme a mí misma*

• *He estado eligiendo el miedo antes que el valor durante seis años*

• *Sarah me diría que dejara de ser idiota*

• *No sé cómo amar sin intentar controlar*

• *Pero quiero aprender*

Cosas que tengo que hacer:

• *Terminar la formación en ética*

• *Seguir yendo a terapia*

• *Parar de intentar arreglarlo todo*

• *Confiar en que Evie tome sus propias decisiones*

• *Confiar en que yo sobreviviré si sale mal*

• *Estar presente. Complicada. Imperfecta. Real.*

Guardó la nota y dejó el teléfono.

Por primera vez en días, sintió que algo cambiaba.

No era esperanza, no exactamente.

Pero sí era una posibilidad.

Y quizá con eso bastara para empezar.

Aquella noche, Maggie sacó el portátil y empezó a redactar.

No la respuesta cuidadosa y estratégica que el Dr. Chen quería. No la versión autoprotectora que podría salvar su carrera.

La verdad.

Para Evie:

No espero que leas esto ahora. Quizá nunca lo hagas. Pero necesito escribirlo de todos modos.

He pasado el día leyendo los diarios de Sarah. Aprendiendo, de nuevo, todas las formas en las que intenté controlarla por amor y terminé haciendo que se sintiera gestionada en lugar de amada. Todas las formas en las que me prometí que nunca volvería a ser tan vulnerable.

Y entonces entraste en mis urgencias y me desafiaste desde el primer día, y supe que estaba en problemas.

Porque no me dejas esconderme. Ves a través de cada muro que levanto. Me cantas las cuarenta. Te quedas cuando te empujo. Y eso me aterra más de lo que cualquier investigación de un comité podría hacerlo jamás.

Te dije que te estaba protegiendo cuando solicité el traslado. Eso era verdad en parte. Pero sobre todo me estaba protegiendo a mí misma. De la posibilidad de volver a amar a alguien y de que realmente pudiera funcionar. De la vulnerabilidad aterradora de ser vista por completo.

Tenías razón. En todo.

Elijo el miedo frente al valor. Huyo en lugar de quedarme. Intento controlar los resultados en lugar de confiar en el proceso. He estado sobreviviendo en lugar de vivir.

Pero quiero cambiar.

No porque crea que puedo arreglar esto con las palabras adecuadas o la estrategia correcta. Sino porque no quiero seguir siendo esta persona. La que sacrifica la conexión por la seguridad. La que levanta muros y lo llama fortaleza.

Te quiero.

Estoy enamorada de ti.

Y no tengo ni idea de cómo hacerlo sin mis patrones habituales de control y gestión y de intentar prevenir cada pérdida posible.

Pero quiero aprender.

Si me dejas.

Si estás dispuesta a arriesgarte a amar a alguien que todavía está descubriendo cómo ser humana en lugar de ser simplemente competente.

Tómate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí.

—Maggie

La guardó, pero no la envió.

Todavía no.

Evie había pedido tiempo. Y Maggie estaba aprendiendo —lentamente, imperfectamente— que amar a veces significaba convivir con la incertidumbre en lugar de intentar resolverla.

Cerró el portátil y volvió al diario de Sarah, leyendo a la luz de la lámpara hasta que se le cansaron los ojos.

La última entrada que leyó era de una semana antes de que Sarah muriera:

Hoy me ha hecho reír. No recuerdo qué dijo, solo que me reí. Me reí de verdad. Y por un momento, dejó de intentar salvarme y simplemente se sentó conmigo. Presente. Real.

Esa es la Maggie de la que me enamoré.

Espero que encuentre el camino de vuelta a sí misma. Espero que se permita volver a ser esa persona.

Se merece que la quieran como ella quiere a los demás: totalmente, ferozmente, sin reservas.

Solo tiene que dejarse recibir ese amor.

Maggie cerró el diario y apagó la luz.

En la oscuridad, susurró: —Lo estoy intentando, Sarah. Por fin lo estoy intentando.

12

EVIE

21 DE OCTUBRE – QUINTO DÍA DE SUSPENSIÓN

Evie se cambió de ropa tres veces antes de admitir ante sí misma que estaba intentando ganar tiempo.

Primero, los vaqueros y el jersey: demasiado informal. Luego el vestido: demasiado formal, como si fuera a una cita en lugar de a tener la que podría ser la conversación más importante de su vida. Finalmente se decidió por unos vaqueros oscuros y una suave camiseta henley de color burdeos, algo que decía *estoy aquí, pero no te lo voy a poner fácil*.

Se miró al espejo, con las manos aferradas al borde del lavabo del baño.

—Puedes irte en cualquier momento —le dijo a su reflejo—. Tú tienes el control.

Las palabras sonaron vacías incluso mientras las pronunciaba.

Porque la verdad era que había perdido el control en el momento en que Maggie Laurel la había mirado en aquellas urgencias y le había dicho: —Buen ojo —. Lo había perdido en la cafetería cuando Maggie había hablado de Sarah con vulnerabilidad en los ojos. Lo había perdido *por completo* en aquel cuarto de guardia cuando

Maggie se la había follado como si fuera a la vez su salvación y su condena.

Y desde entonces había estado intentando recuperarlo.

El móvil vibró sobre la encimera.

Maggie: *¿Sigue pareciéndote bien a las siete? Entiendo si has cambiado de opinión.*

Evie lo cogió, con el pulgar suspendido sobre el teclado. Podía cancelar. Inventar una excusa. Protegerse de lo que sea que fuese a ser esta conversación.

En su lugar, escribió: *Voy de camino*.

Cogió las llaves antes de poder reconsiderarlo.



El trayecto hasta el apartamento de Maggie le llevó veinte minutos a través del tráfico de media tarde de Los Ángeles. Evie había buscado la dirección hacía días; no porque estuviera planeando esto, sino porque saber dónde vivía Maggie le hacía sentir que conservaba un pequeño pedazo de ella.

El edificio estaba en Silver Lake, era antiguo pero estaba bien conservado, con líneas limpias y grandes ventanales por los que probablemente entraría una buena luz. Muy Maggie. Controlado. Con clase. Sin revelar nada.

Evie aparcó en la calle y se quedó sentada en el coche durante cinco minutos enteros, con el motor apagado y las manos aún en el volante.

A través del retrovisor, podía ver la entrada del edificio. Se imaginó a Maggie allí arriba, en algún lugar, probablemente caminando de un lado a otro, probablemente dudando de todo esto, probablemente construyendo nuevos muros a pesar de haber aceptado este encuentro.

—No tienes por qué hacer esto —se susurró a sí misma.

Pero tenía que hacerlo. Porque cuatro días de silencio absoluto, interrumpido únicamente por mensajes cuidadosamente redactados,

le habían enseñado algo importante: seguir enfadada era más fácil que admitir cuánto echaba de menos a alguien que la había herido.

Y Evie estaba harta de lo fácil.

Salió del coche.

Maggie abrió al segundo toque.

La mujer que abrió la puerta no era la doctora Laurel que Evie conocía del hospital. Sin bata blanca. Sin armadura. Solo Maggie con vaqueros oscuros y un jersey color crema que le hacía parecer más suave de algún modo, más accesible. Llevaba el pelo suelto, cayendo justo por debajo de sus hombros en ondas naturales con hebras plateadas. Perfecta.

Pero parecía nerviosa.

Solo eso fue suficiente para que las defensas cuidadosamente construidas por Evie flaquearan.

—Hola —dijo Maggie, y su voz sonaba más baja de lo que Evie la había oído nunca.

—Hola —respondió Evie mientras apretaba las yemas de los dedos contra la palma de la mano.

Se quedaron allí un instante demasiado largo, con el espacio entre ellas cargado de todo lo que no se habían dicho.

—Bueno, pasa —dijo finalmente Maggie, dándose la vuelta—.

Evie cruzó el umbral e inmediatamente catalogó su entorno, no por ser cotilla, sino porque este era el espacio privado de Maggie y quería entender a la mujer que se escondía detrás de los muros. Ansiaba vislumbrar a la verdadera Maggie.

El apartamento era exactamente lo que esperaba: líneas limpias, decoración minimalista, todo en su sitio. Pero también había pequeños toques de personalidad. Libros apilados en la mesa de centro: revistas médicas mezcladas con novelas. Unas cuantas plantas en el alféizar de la ventana, que prosperaban a pesar de la probable tendencia de Maggie a gestionar en exceso su cuidado. Obras de arte cuidadosamente seleccionadas y colocadas de forma minimalista por todas partes. Una foto enmarcada en la estantería de dos mujeres riendo; una de ellas era inconfundiblemente Maggie, más joven y sin defensas.

Sarah, se dio cuenta Evie. Tenía que ser Sarah.

—¿Te traigo algo? —preguntó Maggie, cerrando la puerta—. ¿Agua? ¿Café? ¿Vino?

—Eh, agua está bien, gracias —dijo Evie, porque necesitaba tener la mente despejada para ello.

Maggie desapareció en la cocina y Evie aprovechó la oportunidad para respirar. Para recordarse a sí misma por qué estaba aquí. No para ponerlo fácil. No para librar a Maggie de su responsabilidad. Sino para escuchar. Para ver si la mujer que le había enviado un mensaje hacía cuatro días —*estoy rota de formas que aún estoy descubriendo*— era la misma que estaba ahora frente a ella.

Maggie regresó con dos vasos de agua y le entregó uno a Evie antes de señalar hacia el sofá.

Se sentaron, no muy cerca, pero tampoco lejos. Una distancia prudencial que parecía deliberada.

—Gracias por venir. Te lo agradezco mucho, más de lo que crees —dijo Maggie.

Evie bebió un sorbo de agua para ganar tiempo. —Si te soy sincera, estuve a punto de no hacerlo.

—Lo sé.

—¿Entonces para qué me has pedido que viniera, Maggie? Porque si esto es solo otra disculpa seguida de más distancia, no me interesa.

Maggie dejó su vaso con cuidado en la mesa de centro. Cuando levantó la vista, sus ojos se veían claros pero vulnerables de una forma que Evie solo había visto una vez antes: en aquel cuarto de guardia, antes de que todo se desmoronara.

—Te he pedido que vinieras porque he estado pensando mucho —dijo Maggie—. Y te debo algo más que mensajes cautelosos y verdades a medias. Te mereces más que eso.

—Vale —dijo Evie despacio—. Te escucho.

Maggie tomó aire y Evie vio cómo se armaba de valor visiblemente; no para esconderse, sino para mantenerse presente.

—Bueno, en primer lugar, sé que me he portado fatal. Y sé que no puedo deshacer cuánto daño te he hecho. Pero he estado leyendo los diarios de Sarah —comenzó Maggie—. Los que he

estado evitando durante seis años porque me aterraba lo que pudieran decir sobre *mí*.

Evie se mantuvo en silencio, dándole espacio.

—Y he encontrado... mucho —continuó Maggie—. Sobre cómo intenté controlar su enfermedad. Sobre cómo hice que se sintiera gestionada en lugar de amada. Sobre cómo ella veía exactamente lo que yo estaba haciendo y me perdonó de todos modos. —Se le quebró la voz—. Y sobre lo que ella quería para mí después de que se hubiera ido.

—¿Y qué quería? —preguntó Evie en voz baja.

Los ojos de Maggie brillaron. —Que viviera. No solo que sobreviviera. No solo que funcionara. Que *viviera* de verdad. Escribió... —Maggie sacó un pequeño diario de la mesa auxiliar y lo abrió por una página marcada—. Escribió: «Espero que algún día encuentre a alguien que la vea como la veo yo. Que no la deje esconderse, que la haga reír, que le recuerde que tiene derecho a tener miedo... quiero que la deje entrar».

Evie sintió que se le cerraba la garganta.

—Y entonces apareciste tú —dijo Maggie, mirándola directamente ahora—. Y eras exactamente esa persona. Nadie ve a través de mí como tú. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron, algo cambió. Sé que es un poco cursi y sé que soy un poco gélida, pero siento profundamente, Evie.

—Así que tengo que preguntártelo, ¿por qué me apartaste si sentías eso? —preguntó Evie, y no pudo evitar que el dolor se reflejara en su voz.

—Porque estaba aterrorizada —admitió Maggie—. Porque la última vez que dejé entrar a alguien después de Sarah, me destruyó. Porque no sabía cómo amarte sin intentar controlar cada variable. Porque tenía más miedo de perderte del que fui capaz de reunir para tenerte de verdad.

La honestidad de aquellas palabras atravesó el enfado de Evie como una cuchilla.

—He vuelto a terapia —continuó Maggie—. Después de años diciéndome a mí misma que estaba bien. Y mi terapeuta me preguntó qué estaba protegiendo al mantener a todo el mundo a

distancia. Y me di cuenta: no estaba protegiendo mi carrera ni mi reputación. Me estaba protegiendo de volver a sentirme así de impotente. Y casi puse en peligro cualquier ápice de felicidad con tal de protegerme de sentir.

—¿Y ahora? —preguntó Evie.

La voz de Maggie bajó hasta ser poco más que un susurro. —Ahora estoy eligiendo de otra manera. O intentándolo. Estoy eligiendo la honestidad frente a la estrategia, la vulnerabilidad frente al control, a ti frente a la seguridad. Si me dejas intentarlo.

Evie dejó el vaso de agua, con las manos temblando ligeramente. —Es un discurso muy bonito, Maggie. Pero necesito algo más que palabras.

—Lo sé —dijo Maggie.

Se acercó un poco más; sin tocarla, pero lo suficientemente cerca como para que Evie pudiera ver las finas líneas alrededor de sus ojos, el agotamiento que había estado arrastrando, la esperanza que tanto se esforzaba por no mostrar.

—Te quiero —dijo Maggie con sencillez—. Estoy enamorada de ti. Lo estoy desde hace tiempo. Y sé que te he hecho mucho daño. Sé que elegí el miedo antes que el valor. Sé que solicité ese traslado para protegerme a mí tanto como a ti. Pero he terminado de huir, Evie. He terminado de fingir que el control es lo mismo que la fuerza.

Evie sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. Se había imaginado escuchando esas palabras de cien maneras distintas. Pero oírlas así —crudas, sin filtros y con terror— le afectó de otra manera.

—Yo también te quiero, aunque me has vuelto un poco... loca —dijo Evie, y vio cómo a Maggie se le cortaba la respiración—. Aunque seas imposible. Aunque me hayas hecho daño. Aunque no tenga ni idea de si vas a entrar en pánico y a alejarme de nuevo la primera vez que las cosas se pongan difíciles.

—Puede que lo haga —admitió Maggie—. Todavía estoy descubriendo cómo hacer esto sin mis viejos patrones. Pero estoy intentando hacer todo lo que puedo para aprender lo que significa amar a alguien sin intentar gestionarlo.

Evie alargó la mano lentamente, dándole tiempo a Maggie para apartarse. Cuando no lo hizo, Evie le cogió la mano.

—No necesito que seas perfecta —dijo Evie—. Necesito que seas honesta. Que me digas cuándo tienes miedo en lugar de limitarte a cerrarte en banda. Que confíes en que soy lo suficientemente fuerte para lidiar con tus líos.

Los dedos de Maggie se apretaron contra los suyos. —A veces soy un completo desastre, ya lo sabes.

Evie sonrió a su pesar. —Lo sé. Yo también.

—No lo eres —dijo Maggie—. Eres valiente y honesta y te quedas cuando sería más fácil irse. Eres todo lo que yo no soy. Y eres absolutamente preciosa.

—Eso no es verdad —dijo Evie con firmeza—. Tú también eres valiente. Solo que lo escondes bajo todo ese control. Pero yo te he visto, Maggie. En la habitación de Daisy. En urgencias. En aquel cuarto de guardia. He visto a la mujer que eres cuando dejas de intentar gestionarlo todo.

La voz de Maggie se quebró. —No sé si puedo ser ella todo el tiempo.

—No te pido que lo seas —dijo Evie—. Te pido que lo intentes. Y que me dejes ayudarte cuando sea difícil.

Se quedaron así durante un largo rato, con las manos entrelazadas, y el espacio entre ellas empezó a parecerse por fin menos a una distancia y más a una posibilidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Evie finalmente.

Maggie tomó aire, recobrando la compostura visiblemente. —Ahora hablamos de la realidad. Porque no quiero hacer promesas que no pueda cumplir.

—Vale —dijo Evie—. La realidad.

—El comité me ha dado treinta días de excedencia —dijo Maggie —. Y una restricción de seis meses. Tienes que quedarte en el servicio de la doctora Patel al menos ese tiempo. No podemos trabajar juntas. No podemos hacer esto público en el hospital.

—Ya sé todo eso —dijo Evie.

—Pero podemos vernos —continuó Maggie—. Fuera del trabajo. Con cuidado. Y en seis meses, cuando se levante la restricción,

podemos decidir los siguientes pasos juntas.

—Seis meses escondiéndonos, ¿eh? —dijo Evie en voz baja.

—Seis meses estando juntas mientras seguimos las reglas que han puesto —corrigió Maggie con suavidad—. No es lo ideal. Pero es lo que tenemos. Creo que es la mejor manera.

Evie la estudió. —¿Y a ti te parece bien eso? ¿La incertidumbre? ¿No poder controlar el resultado?

Maggie sonrió levemente. —No. Lo odio a muerte. Pero estoy aprendiendo que algunas cosas merecen la pena la incertidumbre.

—¿Como qué?

—Como tú.

Evie sintió un calor extendiéndose por su pecho. —Tengo mis condiciones.

—Dime.

Evie se giró para quedar frente a ella totalmente. —Necesito honestidad. Cuando tengas miedo, cuando estés en una espiral negativa, cuando quieras alejarme... me lo dices. No te limites a cerrarte y a tomar decisiones por las dos.

—Vale —dijo Maggie.

—Necesito que recuerdes que yo no soy Sarah —continuó Evie, con voz dulce pero firme—. No me estoy muriendo. No me voy a ir. Te estoy eligiendo a ti. Y necesito que confíes en eso.

Los ojos de Maggie se estaban enrojeciendo. —Eso es... difícil para mí.

—Lo sé —dijo Evie—. Pero es innegociable. Porque no puedo amar a alguien que siempre está esperando a que yo desaparezca.

—Lo intentaré —susurró Maggie—. Te prometo que lo intentaré.

—Y necesito que dejes de protegerme de consecuencias que estoy dispuesta a aceptar —añadió Evie—. Soy adulta. Sabía a qué me arriesgaba cuando me involucré contigo. No me quites mi capacidad de decidir al determinar qué puedo o no puedo soportar.

Maggie asintió lentamente. —Tienes razón. Hice eso. Lo siento.

—Sé que lo sientes —dijo Evie—. Y te perdono. Pero no lo vuelvas a hacer.

—No lo haré —dijo Maggie—. O intentaré no hacerlo. Y si lo hago, me llamas la atención.

—Oh, puedes darlo por hecho —dijo Evie, con un toque de humor asomando en su voz.

Maggie sonrió —sonrió de verdad— por primera vez desde que Evie había llegado. —Te creo.

Se quedaron sentadas en aquel silencio cargado un momento, ambas conscientes de que algo fundamental había cambiado.

—¿Entonces vamos a hacer esto? —preguntó Evie finalmente—. ¿De verdad?

—Cuento con ello —dijo Maggie—. Totalmente. De forma aterradora. A por todas.

—¿Aunque sea complicado?

—*Precisamente* porque es complicado —dijo Maggie—. Porque eso significa que es real.

Evie sintió que algo se desbloqueaba en su pecho: el nudo apretado de dolor y rabia que se había instalado allí desde la solicitud del traslado por fin empezaba a soltarse.

—Pues demuéstralo —dijo Evie suavemente, inclinándose más hacia ella.

—¿Cómo? —preguntó Maggie, bajando el tono de voz.

—Deja de gestionar este momento —dijo Evie—. Deja de pensar tres pasos por delante. Limítate a estar aquí conmigo. Estate presente conmigo ahora mismo.

La mirada de Maggie bajó a la boca de Evie y luego volvió a sus ojos. —Puedo hacer eso.

—¿Seguro? —desafió Evie con dulzura—. Porque en unos treinta segundos, voy a besarte. Y necesito que no te asustes. Que no te apartes. Que no empieces a hacer planes de contingencia sobre lo que esto significa.

—Treinta segundos —repitió Maggie con algo encendiéndose en sus ojos.

—Ya van veinticinco —dijo Evie con una sonrisa socarrona.

Maggie subió la mano para acunar el rostro de Evie, rozando su pómulo con el pulgar. —No me voy a asustar.

—Demuéstralo.

Maggie acortó la distancia entre ambas y la besó.

Evie sintió que la mano de Maggie se deslizaba por su pelo, suave pero posesiva, y se dejó llevar. Sus propias manos buscaron la cintura de Maggie, atrayéndola hacia sí hasta que no quedó espacio entre ellas.

Cuando se separaron, ambas respirando con dificultad, Maggie apoyó su frente contra la de Evie.

—Te he echado de menos —susurró Maggie—. Muchísimo, joder.

—Yo también a ti —dijo Evie—. Incluso cuando estaba furiosa contigo. Incluso cuando quería no volver a verte jamás. Seguía echándote de menos.

—Siento haberte hecho sentir que no eras suficiente —dijo Maggie, y Evie notó cómo se le quebraba la voz—. Lo eres todo.

Evie se apartó lo justo para mirarla a los ojos. —Demuéstramelo.

A Maggie se le cortó la respiración. —Evie...

—Demuéstrame que lo dices en serio —dijo Evie—. Sin andarte con pies de plomo. Sin tener un pie fuera. Demuéstrame que apuestas por esto al cien por cien.

Algo cambió en la expresión de Maggie: el miedo dio paso al deseo, el control cedió ante la necesidad.

—Puedo hacerlo —dijo Maggie, levantándose y ofreciéndole la mano.

Evie la estrechó.

Maggie la guio por un pasillo corto hasta un dormitorio que estaba tan meticulosamente cuidado como el resto del apartamento: sábanas blancas impecables, muebles minimalistas, todo en su sitio. Pero cuando Maggie se giró para mirarla, no había nada de control en la forma en que observaba a Evie.

—Quiero hacer esto bien —dijo Maggie.

Evie se acercó más, deslizando las manos por los brazos de Maggie. —No hay una forma correcta de hacerlo. Solo estamos nosotras.

—Quiero que sepas... —empezó Maggie, pero Evie la interrumpió con un beso.

—Deja de pensar, deja de hablar —murmuró Evie contra su boca —, limítate a sentir.

Esta vez, cuando se besaron, Evie sintió que Maggie soltaba algo, el último rastro de contención que había estado reteniendo. Las manos de Maggie se volvieron más audaces, deslizándose bajo el dobladillo de la camiseta de Evie, con los dedos extendiéndose sobre su piel cálida.

Evie jadeó ante el contacto, arqueándose hacia ella.

Vio el momento exacto en que Maggie la escuchó de verdad; el momento en que dejó de ser la doctora Laurel, controlada y cautelosa, y se convirtió simplemente en Maggie, vulnerable, deseosa y presente.

Se desnudaron mutuamente con lentitud, no por indecisión, sino porque querían recordar aquello. Evie le quitó el jersey a Maggie por la cabeza, depositando besos en la piel recién descubierta. Los dedos de Maggie temblaban ligeramente mientras desabrochaba los vaqueros de Evie, y esta cubrió las manos de Maggie con las suyas.

—Te deseo muchísimo, joder —susurró Maggie.

—Entonces tómame —dijo Evie con sencillez.

Se desplazaron a la cama, y Maggie guio a Evie hacia las almohadas con una ternura que hizo que a Evie le doliera el pecho. Cuando Maggie se acomodó a su lado, apoyada en un codo, trazó dibujos sobre la piel de Evie con la yema de los dedos, aprendiendo, memorizando.

—Eres preciosa —dijo Maggie, con un tono de asombro.

—Y tú también —respondió Evie, estirando la mano para apartar un mechón de pelo tras la oreja de Maggie—. Y tienes permiso para tener esto. Para tenerme a mí. Para permitirte sentirte bien.

Evie la atrajo para darle un beso que se profundizó rápidamente, quemando cualquier rastro de duda en el calor que surgía entre ellas. El peso de Maggie se acomodó sobre ella, sólido y reconfortante, y Evie rodeó sus caderas con las piernas, apretándola más contra sí.

Las manos de Maggie recorrieron su cuerpo con seguridad, encontrando todos los puntos que hacían jadear a Evie, que hacían que se arqueara, que se aferrara a los hombros de Maggie y susurrara su nombre como si fuera una oración. Cuando la boca de

Maggie siguió el camino que sus manos habían trazado, Evie dejó de pensar por completo.

—Dime qué necesitas —dijo Maggie, mirándola desde entre sus pechos, con los ojos oscurecidos por el deseo.

—A ti —logró decir Evie—. Solo a ti. Toda tú.

La mano de Maggie bajó más, con los dedos rozando la cadera de Evie, la parte interna del muslo, por todas partes menos donde más la necesitaba.

—Maggie —dijo Evie, entre una súplica y una exigencia.

—Estoy aquí —dijo Maggie, y por fin... *por fin* la tocó.

Deslizó sus dedos entre sus pliegues suaves, sintiendo cuánto la ansiaba su cuerpo. Desesperada por darle todo lo que tenía. Trazando círculos lentos alrededor de su clítoris.

La cabeza de Evie cayó hacia atrás sobre las almohadas, y un sonido roto escapó de su garganta. Los dedos de Maggie se movían con una precisión devastadora, leyendo cada respuesta, ajustando la presión y el ritmo para acompasarse a ella a la perfección.

—Mírame —dijo Maggie, y Evie se obligó a abrir los ojos.

La intimidad de aquello —de ver cómo Maggie la observaba, de ver la fascinación, el deseo y el amor escritos con claridad en su rostro— era casi más de lo que podía soportar.

Maggie hundió los dedos profundamente en su interior, embistiendo y observando cómo su cuerpo se agitaba de placer.

—Oh, joder, no pares —jadeó Evie mientras el placer aumentaba, agudo e insistente.

—Nunca —prometió Maggie, y Evie le creyó.

—Se siente tan bien... —gimió Evie.

Maggie empezó a follarla con más intensidad, subiendo hacia su rostro y besándola profundamente. Sus dedos seguían empujando en su interior. Sus ojos no se apartaron ni un momento de su cara y de su cuerpo. Fue bajando con besos por el cuerpo de Evie hasta que su boca aterrizó en su clítoris. Mientras sus dedos la follaban a fondo, lenta y eficazmente, su lengua rozaba despacio su clítoris hinchado.

—Oh, Dios mío, sí, así —bramó Evie cuando la intensidad empezó a llegar al clímax, más rápido de lo que jamás hubiera imaginado.

Cuando Evie llegó al orgasmo, lo hizo con el nombre de Maggie en los labios. La intensidad la recorrió en oleadas, y Maggie la sostuvo durante todo el proceso, susurrando palabras dulces contra su piel.

A medida que Evie se relajaba, temblorosa y con la sensibilidad a flor de piel, Maggie la estrechó contra ella, dándole besos en la sien, en la mejilla, en la boca.

—¿Estás bien? —susurró Maggie.

—Mejor que bien —dijo Evie en cuanto pudo hablar—. Pero no hemos terminado.

Maggie se apartó un poco. —Evie, no tienes por qué...

—Quiero hacerlo —la interrumpió Evie, girándose ya para que Maggie quedara debajo de ella—. ¿Sabes cuánto tiempo hace que quiero tocarte así? ¿Sin que ninguna de las dos se asuste por lo que significa?

A Maggie se le entrecortó la respiración cuando las manos de Evie comenzaron su propia exploración, aprendiendo la geografía de su cuerpo: la cicatriz en el hombro de un accidente de bicicleta, las pecas salpicadas por su clavícula, la forma en que se estremecía cuando los labios de Evie rozaban la suave piel de la parte interna de su muñeca.

—Tienes permiso para dejarte llevar —murmuró Evie, acomodándose entre los muslos de Maggie—. Aquí no tienes que tener el control.

—No sé cómo no tenerlo. Pero quiero hacerlo —admitió Maggie con voz temblorosa.

—Lo sé —dijo Evie, besándole el abdomen—. Así que yo te ayudaré.

Evie tomó el mando a su manera, acariciando el cuerpo de Maggie y haciéndola sentir a gusto. Podía ver cómo se le erizaba la piel suave mientras sus dedos recorrían su vientre y sus muslos. Deslizó lentamente los dedos entre sus piernas al sentir cómo la humedad se apoderaba de su núcleo ardiente. Le encantaba sentir lo mucho que había excitado a Maggie.

—Estás empapada, joder —gimió Evie.

Maggie soltó un gemido mientras movía su cuerpo hacia el de Evie.

—Te deseo tanto... —ansiaba Maggie.

Evie no vaciló. Bajó el rostro y recorrió lentamente con la lengua sus suaves y húmedos pliegues, lamiendo cada rastro de la humedad que había provocado. Su lengua empujó despacio hacia dentro y volvió a salir. Empezó a centrarse en su clítoris, que estaba tan turgente e hinchado.

—¿Quieres que te folle? —preguntó Evie—.

—Quiero que hagas todo lo que quieras.

Evie sonrió mientras provocaba a Maggie con la punta de los dedos antes de hundirlos en ella. Embestida tras embestida, sentía cómo Maggie se estrechaba mientras el flujo resbalaba por sus dedos. Era hermoso hacerla sentir tan bien.

La mano de Maggie bajó hasta la cabeza de Evie, empujando suavemente mientras Evie encontraba su clítoris con la boca.

—Eso se siente increíble —gimió ella.

Evie la miró, fijando sus ojos en un contacto profundo, mientras su lengua trabajaba rápido en su clítoris y sus dedos la penetraban a fondo.

—Me voy a correr por ti, Evie —gimió Maggie mientras sus caderas empezaban a agitarse.

—Córrete bien fuerte para mí —ordenó Evie—.

Y lo hizo. Su cuerpo se sacudió contra el de Evie mientras sus muslos se tensaban a su alrededor. El orgasmo recorrió su cuerpo como electricidad antes de que se relajara sobre la cama.

Después, se quedaron tumbadas, entrelazadas, sudorosas y sin aliento, ninguna dispuesta a moverse.

—Eso ha sido... —empezó Maggie, pero se detuvo, aparentemente incapaz de encontrar las palabras.

—Sí —asintió Evie, besándole el hombro—. Lo ha sido.

Los dedos de Maggie trazaban dibujos perezosos en la espalda de Evie. —Había olvidado que podía sentirse así. Me siento tan viva contigo.

—Creo que eso se llama amor —dijo Evie, incorporándose para mirar a Maggie—. Del bueno. Del que vale la pena conservar. Y no

es solo el orgasmo el que habla.

—Vale la pena luchar por ello —convino Maggie.

Se quedaron allí tumbadas mientras la habitación se oscurecía, ninguna dispuesta a romper el hechizo encendiendo la luz, mirando el móvil o reconociendo que el mundo existía más allá de esa cama.

Finalmente, Maggie habló. —Probablemente deberías quedarte. Es tarde.

Evie sonrió contra su piel. —¿Es esa la opinión médica profesional de la doctora Laurel?

—Es Maggie preguntándote si te quedas a pasar la noche —dijo Maggie—. Porque todavía no estoy lista para que te vayas.

—Entonces me quedaré —dijo Evie con sencillez.

Se durmieron así: la cabeza de Evie en el pecho de Maggie, los brazos de Maggie rodeándola con seguridad, ambas eligiendo la confianza por encima del miedo.

Evie se despertó con la luz del sol entrando por unas ventanas desconocidas y el cálido peso de Maggie a su lado. Durante un momento, se quedó allí tumbada, escuchando el ritmo constante de la respiración de Maggie, sintiendo el subir y bajar de su pecho. Era algo tan sencillo —despertarse al lado de alguien—, pero parecía trascendental después de todo lo que habían pasado.

Maggie se removió, abriendo los ojos lentamente. Cuando se enfocaron en Evie, una sonrisa se extendió por su rostro; suave y vulnerable de una manera que Evie nunca había visto.

—Hola —dijo Maggie con la voz ronca por el sueño.

—Buenas —respondió Evie.

Se quedaron así un buen rato, simplemente mirándose bajo la luz de la mañana.

—Debería levantarme —dijo Evie a regañadientes—. Tengo ronda a las ocho.

Maggie la apretó más contra sí. —Ay, no quiero que te vayas. ¿No puedes llamar diciendo que estás enferma?

—Yo tampoco quiero irme —admitió Evie—. Pero tengo pacientes. Y se supone que tú estás de baja administrativa, lo que significa dormir hasta tarde. ¿Y crees que lo del día de enfermedad colaría con la doctora Patel?

—Llevo despertándome a las cinco cada mañana desde hace una semana —dijo Maggie—. Mi cuerpo ya no sabe lo que es dormir hasta tarde. Y, bah, ya se le pasará.

Evie la besó suavemente. —Pues a lo mejor tienes que aprender. Apúntalo en tu lista.

La expresión de Maggie se volvió seria. —¿Volverás? ¿Después de tu turno?

—¿Quieres que lo haga? —preguntó Evie.

—Sí —dijo Maggie sin vacilar—. Quiero que vuelvas. Y mañana. Y pasado mañana. Quiero... —Se detuvo, con aspecto inseguro.

—¿Qué? —la animó Evie con dulzura.

—Quiero esto —dijo Maggie—. A ti. A nosotras. No solo por esta noche. De verdad.

Evie sintió que el calor le inundaba el pecho. —Entonces volveré. Te lo prometo. ¿Puedes encargarte de la cena? Estaré hambrienta, seguro. He abierto el apetito.

—Lo que tú quieras.

Evie se zafó a regañadientes del abrazo de Maggie y empezó a recoger su ropa desperdigada. Maggie la observaba desde la cama, apoyada en un codo, con la sábana amontonada en su cintura de una manera que hacía que Evie quisiera volver a meterse allí con ella.

—Deja de mirarme así —dijo Evie, poniéndose los vaqueros.

—¿Así cómo?

—Como si me estuvieras memorizando.

—Lo estoy haciendo —dijo Maggie con sencillez—. Por si esto es un sueño.

Evie volvió a la cama y la besó; un beso lento, profundo y lleno de promesas. —No es un sueño. Te lo demostraré cuando vuelva esta noche.

En la puerta, ya vestida y lista para enfrentarse al mundo, Evie se volvió.

Maggie la había seguido, todavía envuelta en la sábana, con el pelo alborotado por el sueño y los ojos brillantes.

—Lo peor ya ha pasado —dijo Evie—. La investigación. El traslado. La suspensión. Hemos sobrevivido a todo ello.

—Así es —asintió Maggie.

—Así que todo lo que venga a partir de ahora es simplemente... vivir —dijo Evie—. Se acabó el esperar el desastre. Se acabó el prepararse para la pérdida. Solo nosotras, resolviéndolo sobre la marcha.

Maggie sonrió, esa sonrisa real y sincera a la que Evie ya era adicta. —Puedo hacer eso. O puedo intentarlo.

—Es todo lo que pido —dijo Evie.

Se marchó antes de poder cambiar de opinión sobre ir a trabajar, pero se llevó consigo el calor de la sonrisa de Maggie durante todo el camino al hospital.

13

MAGGIE

El apartamento se sentía diferente con la presencia de Evie entretejida en él.

Cosas pequeñas, sobre todo. Una taza de café olvidada en la encimera —lejos de la precisión habitual de Maggie, más casual, más de un hogar habitado—. Una goma de pelo en el lavabo. El tenue aroma del champú de Evie aferrado a las almohadas. El sonido de su llave en la cerradura a horas intempestivas, regresando de turnos que se alargaban hasta bien entrada la noche.

Maggie estaba de pie junto a la ventana en su octavo día de suspensión, observando cómo la ciudad despertaba abajo, y sintió algo que no había experimentado en años: bienestar sin control.

Y resultaba incómodo. Muy incómodo.

Pero estaba aprendiendo a convivir con ese terror en lugar de huir de él.

Su móvil vibró en la encimera.

Evie: *Atrapada en el parte de mañana. Patel se está alargando. Te echo de menos como siempre.*

Maggie sonrió a su pesar y respondió.

Tómate tu tiempo. Aquí estaré, como siempre…

Evie: *Más te vale. Esta noche llevo comida tailandesa y espero que comas de verdad en vez de limitarte a mirarme mientras como yo.*

Maggie: *Anotado. Intentaré recordar cómo se es humana. ¿Y si lo que quiero es comerte a ti?*

Evie: *Puedo lidiar con eso* 😘

El emoticono hizo que Maggie riera —algo que Evie hacía con más frecuencia, añadiéndolos a los mensajes como pequeñas ráfagas de personalidad que se negaban a dejar que Maggie se refugiara en la formalidad—.

Dejó el teléfono y volvió al diario que tenía abierto en el regazo: el diario de Sarah, una de las últimas entradas de la semana antes de morir.

Hoy le he preguntado a Maggie qué haría cuando yo no esté. Puso esa cara: esa en la que aprieta la mandíbula y se le queda la mirada distante. «Trebejaré», dijo. «Me mantendré ocupada».

Eso es lo que hace cuando tiene miedo. Trabaja. Gestiona. Controla cada variable que está a su alcance.

Pero no quiero que se limite a trabajar. Quiero que viva. Quiero que vuelva a reír. Que corra riesgos. Que se permita ser desordenada e imperfecta y bella y dolorosamente humana.

Quiero que encuentre a alguien que no la deje esconderse.

Maggie cerró el diario con cuidado y lo apartó a un lado.

—Lo estoy intentando, Sarah —susurró a la habitación vacía—. La he encontrado. Y lo estoy intentando.

Al décimo día, habían adoptado un ritmo que se sentía tan natural como imposible.

Evie se iba al hospital antes del amanecer, dándole un beso en la sien a Maggie mientras ella fingía seguir dormida. Maggie se quedaba allí tumbada una hora más, escuchando los sonidos del apartamento al asentarse, antes de arrastrarse fuera de la cama para afrontar otro día de quietud forzada.

Los módulos de formación ética eran soporíferos. Ocho horas haciendo clic en diapositivas sobre límites profesionales, dinámicas de poder y relaciones adecuadas con subordinados. Maggie los

completaba apretando los dientes, con el pensamiento puesto en Evie cada pocos minutos.

Le enviaba mensajes al azar a lo largo del día.

Este curso me está dando ganas de tirar el portátil por la ventana.

Evie: *No lo hagas. Los portátiles son caros y las ventanas son más difíciles de reponer de lo que crees.*

Maggie: *¿Habla la voz de la experiencia?*

Evie: *Me acojo a la quinta enmienda. ¿Cuánto te falta?*

Maggie: *Tres módulos más. Mátame ya.*

Evie: *No puedo. Te necesito viva para esta noche. Tengo planes para ti.*

El calor que ese mensaje le recorrió el cuerpo fue lo bastante distractor como para que Maggie tuviera que alejarse del curso durante veinte minutos.

Cuando Evie llegó a casa esa tarde —más tarde de lo habitual, agotada por un caso difícil—, Maggie tenía la cena preparada. Nada sofisticado, solo pasta y ensalada, pero el rostro de Evie se iluminó al entrar.

—Has cocinado —dijo Evie, soltando su bolso junto a la puerta.

—No lo digas con tanta sorpresa —replicó Maggie, aunque ya estaba sonriendo—. Soy capaz de realizar tareas básicas.

—Lo sé —Evie se acercó a ella y la rodeó por la cintura—. Solo que me gusta verte hacer cosas humanas normales en lugar de entrar en bucle en tu cabeza.

Maggie la besó; un beso suave y prolongado. —He estado entrando menos en bucle últimamente. Principalmente tengo la cabeza llena de ti. Mucho de ti.

—Bien. —Evie se apartó un poco, estudiándole la cara—. Pero sigues estando tensa. Puedo notarlo.

Maggie suspiró. —Viejas costumbres.

—Venga, habla conmigo —dijo Evie, llevándola hacia el sofá. La pasta podía esperar.

Se sentaron frente a frente, con las manos de Evie sosteniendo las de Maggie con suavidad, sirviéndole de ancla. Sus dedos acariciaban la piel de su mano.

—Estoy esperando a que todo se desmorone —admitió Maggie—. A que te despiertes una mañana y te des cuenta de que esto es demasiado complicado. Demasiado caótico. Demasiado trabajo. Una parte de mí siente que te mereces más.

—Ese es tu miedo hablando —dijo Evie con dulzura—. No la realidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me despierto cada mañana y elijo esto —dijo Evie—. Te elijo a ti. Incluso cuando eres imposible. Incluso cuando tienes miedo. Especialmente cuando tienes miedo. Estoy en esto, ¿sabes? De verdad.

A Maggie se le hizo un nudo en la garganta. —¿Y si no puedo dejar de tener miedo? No quiero cerrarme contigo, pero a veces siento que mis emociones se tensan.

—Entonces tendrás miedo —dijo Evie con sencillez—. Y yo estaré aquí de todos modos.

La seguridad en su voz hizo que algo se aflojara en el pecho de Maggie.

——Ahora estás atrapada conmigo, así que vete acostumbrando, ¿vale? —Evie sonrió mientras besaba lentamente a Maggie.

Cada beso le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

Cenaron en el sofá, con Evie acurrucada al lado de Maggie, relatando su día: la difícil colocación de una vía central, el inesperado elogio de Patel, la forma en que Morrison se había disculpado realmente por haberse portado como un imbécil en la cafetería.

—¿Se ha disculpado? —preguntó Maggie, sorprendida.

—Al parecer, alguien le dijo que yo había documentado sus diagnósticos erróneos —dijo Evie con una sonrisa socarrona—. Tiene gracia cómo funcionan las cosas.

—Eres aterradora cuando te lo propones.

—He aprendido de la mejor.



El día catorce trajo la primera prueba real.

Evie llegó a casa poco después de las ocho, con la mandíbula apretada y los hombros rígidos de una forma que hizo que Maggie soltara inmediatamente su libro.

—¿Un mal día en la oficina? —preguntó Maggie, acercándose a ella.

—Algo así. —Evie soltó su bolso y se quitó la chaqueta con más fuerza de la necesaria.

Maggie esperó, dándole espacio.

—Morrison me ha acorralado después de las rondas —dijo finalmente Evie, caminando hacia la ventana—. Ha empezado a hacer preguntas sobre nosotras. Sobre si seguimos viéndonos. Sobre si eso es «apropiado» dada tu suspensión. Es un maldito imbécil.

Maggie sintió un escalofrío por la espalda. —¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que se fuera a la mierda y se metiera en sus asuntos —dijo Evie—. Pero no es el único que habla. La mitad de los residentes tienen teorías. Algunos creen que hemos roto. Otros creen que estamos juntas en secreto. Morrison cree que me estás manipulando.

—Dios —suspiró Maggie.

—¿Y sabes qué es lo peor? —Evie se giró para mirarla, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. Una parte de mí se ha preguntado si tendría razón. Si me estás manipulando. Si estoy tan absorta en querer esto que no puedo ver con claridad. ¿No es una locura? Ni siquiera sé cómo mi cabeza ha llegado a pensar eso.

Las palabras golpearon como un impacto físico.

Maggie se acercó a ella de inmediato, con las manos suaves sobre sus hombros. —Evie, mírame.

Evie lo hizo, y Maggie vio la duda allí; no sobre sus sentimientos, sino sobre si esos sentimientos eran reales o fabricados por dinámicas de poder y circunstancias complicadas.

—No te estoy manipulando —dijo Maggie con firmeza—. Pero entiendo por qué te lo cuestionas. Por qué cualquiera se lo cuestionaría. La diferencia de edad. La dinámica adjunto-residente. El momento en que ocurre todo. Sabes que esto es real.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Evie.

Maggie sintió que sus viejos instintos despertaban: el impulso de arreglar esto, de gestionarlo, de poner distancia hasta que el escrutinio amainara.

Entonces se detuvo.

—No hacemos nada —dijo Maggie con cuidado—. Salvo confiar la una en la otra. Y confiar en que lo que tenemos es real, independientemente de lo que piensen los demás.

—Eso no es una estrategia —dijo Evie.

—No —asintió Maggie—. Es fe. Que es más difícil.

Evie la estudió durante un largo momento. —¿No vas a sugerir que nos demos un tiempo hasta que las cosas se calmen?

—Querría hacerlo —admitió Maggie—. Todos mis instintos me gritan que te proteja poniendo distancia. Pero ese es mi miedo hablando. No mi sabiduría. Y te echaría demasiado de menos.

—¿Así que vas a... convivir con la incomodidad?

—Voy a intentarlo —dijo Maggie—. Y voy a confiar en que me digas si se vuelve demasiado. Si los cotilleos empeoran. Si Morrison cruza una línea. Voy a confiar en que tú sepas qué puedes soportar en lugar de decidirlo por ti.

Algo cambió en la expresión de Evie; la duda se desvaneció, reemplazada por algo más suave.

—Eso es madurar —dijo Evie en voz baja.

—O estupidez —respondió Maggie—. Vuelve a preguntarme dentro de seis meses qué ha sido.

Evie rió a su pesar y después se refugió en los brazos de Maggie. —Pueden hablar todo lo que quieran. Yo sé lo que es esto.

—¿Qué es? —preguntó Maggie, con curiosidad genuina.

—Son dos personas descubriendo cómo amarse a pesar de todos los obstáculos —dijo Evie—. Es caótico y complicado y, de vez en cuando, aterrador. Pero es nuestro.

Maggie la estrechó más fuerte. —Siento que tengas que lidiar con los cotilleos.

—Yo no —dijo Evie, apartándose para mirarla—. Porque significa que vales la pena como para luchar por ti. Y yo siempre lo supe. Incluso cuando tú no.

Más tarde esa noche, después de que Evie se hubiera quedado dormida, Maggie permaneció despierta pensando en las palabras de Morrison. En cómo los cotilleos solo empeorarían cuando regresara al trabajo. En cómo cada interacción con Evie sería examinada, cada decisión cuestionada. El ansia le daba vueltas en la cabeza. Deseaba controlarlo de alguna manera. Deseaba recordarse a sí misma por qué estaba haciendo todo esto.

Su móvil estaba en la mesita de noche.

Podría escribir al doctor Chen. Sugerir una extensión de la baja administrativa. Crear más distancia. Ponérselo más fácil a todo el mundo.

En su lugar, dejó el teléfono boca abajo y atrajo a Evie hacia sí.

—Me quedo —susurró a la oscuridad—. Incluso cuando sea difícil. Incluso cuando tenga miedo. Me quedo.

Evie se movió ligeramente, su mano buscó la de Maggie y la apretó una vez antes de volver a sumirse en el sueño.

Y Maggie cerró los ojos, eligiendo la confianza sobre el miedo por lo que parecía la centésima vez esa semana.



La consulta de la doctora Kim se sentía diferente el día dieciocho.

No el espacio en sí —seguía teniendo la misma luz cálida, los mismos sillones cómodos, la misma pequeña suculenta prosperando de algún modo a pesar de ser ignorada en gran medida—. El olor característico de un ambientador con aroma a pino.

Pero Maggie se sentía diferente.

—Tiene mejor aspecto, Maggie —dijo la doctora Kim mientras Maggie se acomodaba en su asiento habitual.

—Estoy durmiendo —respondió Maggie—. Sueño real. No limitarme a estar despierta imaginando catástrofes.

—Eso es un progreso. —Kim sacó su tableta—. Cuénteme qué ha cambiado.

—Evie —dijo Maggie con sencillez—. Estamos... juntas. Juntas de verdad. No solo momentos robados o encuentros secretos. Lo

estamos intentando en serio. Al menos yo me estoy esforzando al máximo.

Kim asintió lentamente. —¿Y cómo te hace sentir eso?

—Jodidamente asustada —admitió Maggie—. Maravillada. A ratos, asfixiada. Como si estuviera al borde de un precipicio y pudiera o saltar o pasarme el resto de mi vida preguntándome qué se habría sentido al volar.

—Eso es muy poético.

—He estado leyendo los diarios de Sarah —dijo Maggie—. Ella era la poética. Yo solo... estoy aprendiendo.

Kim se reclinó en su silla. —Cuéntame cómo es un día normal. ¿Cómo estás gestionando la suspensión?

Maggie describió su rutina: el curso de ética, las carreras largas, las horas dedicadas a leer o cocinar o cualquier cosa para evitar la ansiedad punzante que conllevaba la quietud forzada. Habló de Evie llegando a casa agotada, de preparar la cena juntas, de la forma en que habían caído en patrones que se sentían a la vez frágiles y permanentes.

—Suena hogareño —observó Kim.

—Lo es —dijo Maggie—. Y eso me asusta.

—¿Por qué?

—Porque lo hogareño implica permanencia. Implica construir una vida juntas. Implica arriesgar... —Se detuvo, apretando la mandíbula.

—¿Arriesgar qué? —la animó Kim.

—Todo —dijo Maggie—. Mi carrera. Mi reputación. Mi vida cuidadosamente construida. Todo lo que he pasado quince años levantando.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de amor —dijo Maggie en voz baja—. De algo real. De ella. Nunca elijo el amor. Elijo el sentido práctico y la logística.

Kim se quedó callada un momento, tomando notas. Luego levantó la vista.

—Háblame del control —dijo.

Maggie parpadeó ante el cambio. —¿Qué pasa con él?

—Se ha pasado toda nuestra relación terapéutica hablando del control. De cómo lo necesita. De cómo lo perdió cuando Sarah enfermó. De cómo reconstruyó su vida en torno a mantenerlo. Pero ahora está en una relación que requiere soltar lastre. Así que, tengo curiosidad: ¿cómo lo está gestionando?

Maggie sopesó la pregunta cuidadosamente.

—No lo estoy gestionando —dijo finalmente—. Gestionándolo, quiero decir. Simplemente... lo hago. Mal, la mayor parte del tiempo. Sigo queriendo arreglar las cosas. Planear tres pasos por delante. Gestionar los resultados. Pero Evie me llama la atención por ello.

—Deme un ejemplo.

—La semana pasada, llegó a casa disgustada por los cotilleos del hospital —dijo Maggie—. Por Morrison comportándose como un imbécil, por otros residentes hablando. Mi instinto inmediato fue sugerir que nos diéramos un tiempo hasta que amainara. Poner distancia para protegerla.

—¿Y?

—Y me contuve —dijo Maggie—. Reconocí que era mi miedo, no mi sabiduría. Así que en lugar de decidir por las dos, le pregunté qué necesitaba ella.

—¿Qué dijo?

—Que necesitaba que confiara en ella. Que dejara de intentar protegerla de unas consecuencias que está dispuesta a aceptar.

Kim asintió despacio. —Ese es un crecimiento significativo, Maggie.

—No se siente como madurar —dijo Maggie—. Se siente como estar quieta mientras todo a mi alrededor se mueve. Se siente como impotencia disfrazada de confianza.

—Pero lo estás haciendo de todos modos.

—Lo estoy intentando.

Kim dejó su tableta. —Déjame preguntarte algo. ¿Qué es lo que más te asusta de esta relación?

Maggie no dudó. —Que se dé cuenta de que no valgo la pena. Que la mujer de la que se enamoró no existe en realidad. Que vuelva a mis viejos patrones y la aleje y ella finalmente tenga la cordura de marcharse.

—O sea, que tiene miedo de que se vaya —dijo Kim.

—Sí.

—Pero, Maggie, no se ha ido. A pesar de la investigación. A pesar del traslado. A pesar de que literalmente la alejó. Volvió. Sigue aquí. ¿Qué le dice eso?

A Maggie se le cerró la garganta. —¿Que es testaruda?

Kim sonrió. —O que tal vez —solo tal vez— merezca la pena amarte. Incluso con todos tus patrones y miedos y tu necesidad desesperada de control. Quizá vales la pena a pesar del caos. Tú también te mereces amor. Eres humana.

Las palabras golpearon más fuerte de lo que Maggie esperaba.

—No sé cómo creerme eso —dijo con la voz ronca.

—Lo sé —dijo Kim con dulzura—. Pero ese es el trabajo. No aprender a controlar menos. Aprender a aceptar que eres digna de amor incluso cuando no puedes controlar el resultado.

Maggie cerró los ojos, sintiendo que las lágrimas le escocían en los párpados.

—Sarah solía decir lo mismo —susurró—. Que confundía el amor con la gestión de crisis. Que necesitaba aprender que el amor no era algo que yo le hacía *a* alguien... era algo que experimentaba *con* ellos.

—Parece que era muy sabia.

—Lo era —dijo Maggie, abriendo los ojos—. Y yo no escuché. Estaba demasiado ocupada intentando salvarla como para oír lo que realmente me estaba diciendo.

—¿Qué era?

—Que ella no necesitaba que la salvaran. Necesitaba presencia. Necesitaba que yo simplemente... estuviera con ella. En lugar de ir siempre tres pasos por delante, planeando contingencias, intentando evitar lo inevitable.

Kim se inclinó un poco hacia delante. —¿Y lo estás oyendo ahora? ¿Con Evie?

Maggie asintió lentamente. —Lo estoy intentando. Pero es difícil. Cada vez que las cosas van bien, mi cerebro empieza inmediatamente a catalogar todas las formas en que podrían salir mal. Todas las amenazas. Todas las pérdidas potenciales.

—Eso es trauma —dijo Kim—. Tu sistema nervioso aprendió que las cosas buenas no duran. Que amor equivale a pérdida. Así que se mantiene hipervigilante, buscando peligros incluso cuando no los hay.

—¿Y cómo lo detengo?

—No detiene los pensamientos —dijo Kim—. Los nota. Les pone nombre. «Este es mi miedo hablando. Esta es mi respuesta al trauma. Esto no es la realidad». Y luego elige algo distinto de todos modos.

—Eso suena agotador.

—Lo es —asintió la doctora Kim—. Pero se vuelve más fácil. Cuanto más practicas elegir la confianza sobre el miedo, más natural resulta. Las vías neuronales cambian. Los patrones se transforman.

Maggie asimiló aquello, sintiendo cómo el peso de esas palabras se asentaba sobre ella.

—Tengo deberes para usted —continuó Kim—. Esta semana, cada vez que quiera arreglar algo o gestionar a Evie o protegerla de las consecuencias, quiero que haga una pausa. Respire. Pregúntese: ¿esto es por sus necesidades o por mi miedo?

—¿Y si es por mi miedo?

—Entonces le dice: «Ahora mismo tengo miedo. Quiero arreglar esto. Pero, en lugar de eso, voy a convivir con el malestar». Hace que el miedo sea transparente en vez de dejarse llevar por él.

Maggie asintió, sintiendo ya resistencia hacia la tarea, pero sabiendo que era necesaria.

——Una cosa más —dijo Kim mientras la sesión llegaba a su fin —. Mencionaste que Sarah quería que encontraras a alguien que no te dejara esconderte. Alguien que te hiciera reír. Alguien que te recordara que tienes derecho a tener miedo.

—Sí.

——Parece que la ha encontrado —dijo Kim con sencillez—. La pregunta es: ¿va a permitirse conservarla?



El día veintidós trajo consigo la llamada que Maggie tanto temía.

Estaba a mitad de su tercer café y de su quinto módulo de ética cuando su teléfono se iluminó con el nombre de Evie.

¿Puedo llamarte?

Maggie: *Por supuesto. ¿Está todo bien?*

El teléfono sonó de inmediato.

—Hola —dijo Maggie, notando ya la tensión en la voz de Evie a través de esa única sílaba.

—Daisy está empeorando —dijo Evie sin preámbulos—. Rápido. Su función renal se ha desplomado durante la noche. La presión arterial es inestable. Kara está con ella ahora y ella... —Se le quebró la voz—. Pregunta por ti.

Maggie cerró el portátil, poniéndose ya en marcha. —No puedo ir al hospital, Evie. La suspensión...

—Lo sé —dijo Evie rápidamente—. Se lo he dicho. Pero he pensado que querrías saberlo. Que estaba preguntando por ti.

Maggie se dejó caer en el sofá, sintiéndose impotente de una manera que no experimentaba desde los últimos días de Sarah. —¿Cuánto le queda?

—Días. Quizá menos. —A Evie se le entrecortó el aliento—. Estoy intentando que esté cómoda. Asegurándome de que Kara tenga lo que necesita. Pero Maggie... no sé cómo hacer esto sin ti. Se me está haciendo muy cuesta arriba.

—Sí que sabes —dijo Maggie con firmeza, a pesar de que se le oprimía el pecho—. Sabes perfectamente cómo. Lo has estado haciendo desde que me fui.

—No es lo mismo.

—Lo sé. —Maggie cerró los ojos, deseando estar allí. Deseando poder estar al lado de Evie en la habitación de Daisy y ayudarla a cargar con ese peso—. Cuéntame qué está pasando. Explícamelo todo.

Y así lo hizo Evie. Describió el declive de las constantes vitales de Daisy, los ajustes de la medicación, la difícil conversación con Kara sobre los cuidados paliativos y en qué consistían las medidas de confort. Habló de estar sentada con Daisy durante las rondas, sosteniendo su mano mientras entraba y salía de la consciencia.

—No deja de preguntar si lo hemos solucionado —dijo Evie—. Tú y yo. Si hemos dejado de ser idiotas y nos hemos elegido la una a la otra.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad. Que sí. Que estás en casa obligada a quedarte quieta mientras yo me encargo de todo aquí. Que es difícil, pero que estamos haciendo que funcione.

—¿Qué ha dicho ella?

La voz de Evie se suavizó. —Dijo «bien». Y luego dijo: «No esperéis. La vida es demasiado corta para perder el tiempo estando enfadadas».

Maggie sintió que las lágrimas le asomaban a los ojos. —Tiene razón.

—Lo sé. —Evie se quedó en silencio un momento—. Ojalá estuvieras aquí.

—Yo también. —Maggie apretó el teléfono con más fuerza—. Pero lo estás haciendo todo bien, Evie. Le estás dando lo que necesita. Presencia. Honestidad. Consuelo. Eso es todo lo que podemos dar.

—No me parece suficiente.

—Nunca lo parece —dijo Maggie con dulzura—. Pero lo es. Confía en mí. Lo aprendí con Sarah. El estar ahí importa más que el arreglar las cosas.

Evie exhaló con un temblor. —Tengo que colgar. Patel me llama para las rondas. ¿Pero puedo llamarte luego? ¿Solo para hablar?

—A cualquier hora —dijo Maggie—. De día o de noche. Aquí estoy.

—Te quiero —dijo Evie, y había algo crudo y desesperado en su voz.

—Yo también te quiero —respondió Maggie—. Ve. Estate con ella. ¿Y Evie?

—¿Sí?

—Lo estás haciendo de maravilla. Ella sabe que no está sola. Eso lo es todo.

Después de colgar, Maggie se quedó sentada en el sofá durante mucho tiempo, con la mirada perdida.

Pensó en los últimos días de Sarah. En cómo Maggie se había esforzado tanto por arreglarlo todo, por gestionar cada momento, por controlar desenlaces que siempre estuvieron fuera de su alcance.

Pensó en lo que Sarah había necesitado en realidad: no gestión, sino presencia. No control, sino un testigo.

Y pensó en Evie, sola en esa habitación de hospital, haciendo el duro trabajo de respetar las decisiones de Daisy mientras se le rompía el corazón.

Esa noche, cuando Evie llegó a casa, Maggie tenía el apartamento listo: luz tenue, comida reconfortante que sabía que Evie no comería pero que agradecería de todos modos, y espacio para derrumbarse si era necesario.

Evie cruzó la puerta y se desmoronó de inmediato.

Maggie la sostuvo mientras sollozaba contra su hombro, murmurándole de todo y nada: *Te tengo, estás bien, desahógate, estoy aquí.*

—Le he hablado a Kara de los cuidados paliativos —dijo Evie finalmente, con la voz amortiguada contra el cuello de Maggie—. Ha estado de acuerdo. Ha firmado los papeles. Hemos trasladado a Daisy a una habitación de confort.

—Ha sido la decisión correcta —dijo Maggie.

—Lo sé. Pero parece como si nos rindiéramos.

—No es rendirse —dijo Maggie con firmeza, apartándose para mirarla—. Es respetar lo que Daisy quiere. Es elegir calidad de vida sobre cantidad. Es de valientes, Evie.

—Tú lo habrías gestionado mejor.

—No —dijo Maggie—. Lo habría gestionado de otra forma. De manera más distante. Más clínica. Tú lo has gestionado con compasión. Eso es más difícil. Y más valioso.

A Evie se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. —No sé cómo hiciste esto con Sarah. Cómo sobreviviste a ello.

A Maggie se le hizo un nudo en la garganta. —No lo hice. No bien, al menos. Gestioné su muerte en lugar de estar con ella mientras moría. Estaba tan centrada en intentar mantenerla con vida que me olvidé de, simplemente... amarla. Estar presente con ella.

—Pero estuviste allí.

—Físicamente, sí. Pero no emocionalmente. No de verdad. —La voz de Maggie bajó de tono—. No cometas mi error. Estate con Daisy. Estate con ella de verdad. Permítete pasar el duelo mientras ella todavía está aquí en lugar de esperar a que se haya ido.

Evie asintió contra su hombro. —¿Me ayudarás?

—En todo lo que pueda. Aunque solo sea abrazándote cuando llegues a casa. Aunque no pueda estar allí físicamente.

Se sentaron en el sofá, Evie acurrucada al lado de Maggie, ambas en silencio durante un buen rato.

—Gracias —dijo finalmente Evie—. Por no intentar arreglar esto. Por estar... simplemente aquí.

Maggie le dio un beso en la coronilla. —Estoy aprendiendo. Eres una buena maestra.

—Mentirosa —dijo Evie, pero había afecto en su voz.

Esa noche, Maggie sostuvo a Evie mientras lloraba hasta quedarse dormida, y no intentó detener las lágrimas ni ofreció tópicos vacíos. Simplemente se quedó.

Presente.

Testigo.

Aprendiendo por fin qué aspecto tiene el amor de verdad cuando dejas de intentar gestionarlo.



El día veintisiete trajo la notificación que Maggie había estado temiendo.

Fin de la baja administrativa: 17 de noviembre. Orientación de regreso al trabajo: 16 de noviembre, 8:00 AM. Documentación requerida: Certificado de finalización del curso de ética, Calendario de supervisión mensual con el Dr. Chen.

Maggie se quedó mirando el correo electrónico diez minutos antes de ser capaz de responder.

Confirmado. Allí estaré. —ML

Dejó el teléfono y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Tres días. Tres días antes de tener que volver a entrar en Oakridge, volver a la vida que había construido con tanto cuidado, volver al escrutinio, a los susurros y al peso de las expectativas de todos.

Tres días antes de que ella y Evie tuvieran que apañárselas para verse en el trabajo sin tocarse, sin estar demasiado cerca, sin dejar que nadie viera cuánto significaban la una para la otra.

Seis meses así.

La idea le revolvió el estómago.

Su móvil vibró.

Evie: *He visto el correo. ¿Cómo te sientes?*

Maggie: *¿Sinceramente? Fatal.*

Evie: *¿Quieres compañía esta noche?*

Maggie: *Siempre.*

Cuando Evie llegó esa tarde, trajo comida tailandesa, vino y una determinación férrea en la mirada que Maggie reconoció de inmediato.

—Tenemos que hablar —dijo Evie, dejando las bolsas en la encimera.

—Eso suena ominoso.

—No lo es. Es práctico. —Evie sacó los platos, moviéndose por la cocina de Maggie con la soltura de alguien que lo había hecho docenas de veces—. Vuelves en tres días. Tenemos que establecer expectativas. Límites. Reglas sobre cómo va a funcionar esto.

Maggie se apoyó en la encimera, observándola. —Has estado pensando en ello.

—Pues claro. Y tú también, si la espiral de pánico que veo en tus ojos sirve de indicación.

—No tengo pánico.

Evie arqueó una ceja.

—Vale, tengo un poco de pánico —admitió Maggie.

Se sentaron en el sofá con su comida, frente a frente como aquella primera noche después de que todo se viniera abajo—cuando Evie había expuesto sus condiciones y Maggie había accedido a intentarlo.

—Reglas básicas —dijo Evie—. Primera: En el trabajo, somos profesionales. Ni frías ni extrañas, pero apropiadas. Podemos saludarnos en el pasillo. Podemos estar en la misma reunión. Pero sin demorarnos. Sin conversaciones privadas a menos que sean sobre un paciente y haya alguien más presente.

Maggie asintió. —De acuerdo.

—Segunda: No ocultamos que nos conocemos. La gente ya sabe que tuvimos una relación. Fingir que somos completas desconocidas lo hará más raro.

—¿Qué decimos si alguien pregunta?

—Que estamos cumpliendo los requisitos éticos y manteniendo límites apropiados —respondió Evie—. Lo cual es cierto. No ofrecemos más información.

—Vale.

—Tercera: Nos comunicamos cada noche. Aunque sea solo un mensaje. Aunque hayamos tenido un día duro y no queramos hablar. Seguimos conectadas.

—Puedo hacer eso —dijo Maggie.

——Y cuarta —Evie dejó su plato, con expresión seria ahora—: si se vuelve demasiado difícil, si la distancia es excesiva, si alguna empieza a sentir que nos estamos perdiendo... lo decimos. No sufrimos en silencio esperando que mejore.

Maggie le cogió la mano. —Trato hecho.

—Lo digo en serio, Maggie. Seis meses son mucho tiempo. La gente va a hablar. Será duro verte en el hospital y no poder tocarte. No poder estar junto a ti durante las rondas ni tomar un café tras un caso difícil.

—Lo sé —dijo Maggie en voz baja—. También será duro para mí. Verte sobresalir bajo la tutela de Doctor Patel. Observarte manejar casos difíciles sin mí. Saber que no puedo mentorizarte ni apoyarte como quiero.

—Pero podemos lograrlo —dijo Evie—. ¿Verdad? ¿Podemos aguantar seis meses?

Maggie la acercó hasta que Evie se acurrucó contra su costado, con la cabeza en su hombro.

—Podemos hacerlo —dijo Maggie—. Porque al cabo de seis meses, decidiremos cómo seguir adelante. Juntas. Abiertamente, si queremos.

—¿Querrías eso? ¿Ser públicas sobre nosotras?

—Sí —respondió Maggie sin dudar—. Cuando se levante la restricción, cuando hayamos demostrado que podemos mantener los límites, quiero que la gente lo sepa. Estoy harta de escondernos. Harta de fingir que lo mejor de mi vida es algo de lo que avergonzarse.

Evie alzó la mirada para verla— Lo dices en serio.

—Sí. Pero primero tenemos que sobrevivir a los seis meses.

—Morrison va a ser insoportable —dijo Evie.

—Que lo sea. No es importante.

—¿Y Doctor Patel? Ha sido amable conmigo, pero notará si me distraigo.

—Pues no te distraigas —dijo Maggie—. Céntrate en tu trabajo. Que eso hable por sí mismo. Y confía en que seis meses pasarán más rápido de lo que creemos.

Más tarde, mientras yacían en la cama, los dedos de Evie trazaban patrones en el vientre de Maggie. Como siempre, le aceleraba la respiración.

—Cuando me tocas, siento como electricidad —susurró Maggie.

—Lo sé, yo también lo siento —respondió Evie.

—Estoy tan harta de toda esta negatividad y ansiedad. Se me ocurren tantas formas mejores de pasar el tiempo.

Evie se acercó más en la cama, con los ojos brillantes— ¿Ah sí? ¿Te importaría dar detalles?

—¿Qué tal si te lo muestro?

Evie se mordió el labio y asintió.

Maggie se puso encima de ella, separándole las piernas con sus muslos. Inclinó la cabeza para besarla. Suave, profunda, lentamente. Sentía su corazón latir con más fuerza. La deseaba tanto.

Sin decir nada, le quitó las bragas y las arrojó fuera de la cama. Su boca recorrió sus muslos hacia abajo y luego subió hasta su núcleo ardiente. Ya podía sentir la humedad acumulándose.

—Me pones como una loca —susurró Evie.

—Igualmente. Ahora, basta de hablar. Déjame hacerte sentir bien —ordenó Maggie mientras empezaba a besarla en dirección al clítoris.

Evie jadeó cuando la lengua de Maggie hizo movimientos circulares lentos sobre sus suaves y húmedos pliegues. Le encantaba lo mojada que estaba. Le encantaba todo de ella. Su lengua pasó lentamente sobre su clítoris mientras sus yemas de dedos la provocaban. Evie empujó sus caderas hacia Maggie, desesperada por más.

Maggie no la hizo esperar mucho más.

Introdujo dos dedos profundamente y sintió temblar el cuerpo de Evie.

La folló exactamente como le gustaba a Evie. Justo como para hacer desaparecer todo lo demás.

—¿Te sientes mejor ya? —Maggie levantó la vista y preguntó mientras la follaba lenta y profundamente.

—Mucho mejor —gimió Evie, empujando su cuerpo contra sus dedos.

Maggie empezó a follarla más fuerte, sintiendo temblar sus piernas.

—Ponte a cuatro patas —ordenó Maggie.

Y Evie no se quejó. Se puso boca abajo, con la cabeza en la almohada y el culo en alto. Maggie acarició su piel, empujando su cadera contra su cuerpo.

—Quiero que te toques mientras te follo —ordenó Maggie.

Ahí era donde más le gustaba tener el control, y Evie se sometía por completo cada vez.

Evie movió los dedos entre sus piernas, sintiendo su clítoris hinchado mientras lo frotaba en círculos. Los dedos de Maggie entraban en ella y la follaban con profundidad. Sintió que Evie se apretaba alrededor de sus dedos.

——¿Vas a correrte para mí, Evie?

Y antes de que Evie pudiera responder, alcanzó un orgasmo que la dejó sin fuerzas al desplomarse en la cama. Su piel se erizó de placer, sus piernas temblaban, su cuerpo y mente pertenecían completamente a Maggie.

Maggie se puso encima de ella, besando su cuello, su espalda y abrazándola.

—De verdad te quiero —susurró Maggie.

——Joder. Yo también te quiero —gimió Evie mientras sentía el peso de Maggie sobre ella, absorbiendo cada segundo de placer.



El 16 de noviembre llegó demasiado rápido.

Maggie despertó a las 5 AM en una cama vacía—Evie se había ido una hora antes para las rondas matutinas, dejando un beso en la sien de Maggie y susurrando— Tú puedes.

Ahora, de pie frente a su armario, Maggie contemplaba la fila de batas blancas idénticas como si fueran armaduras que hubiera olvidado cómo ponerse.

Su teléfono vibró.

Evie: *Recuerda—eres más valiente de lo que crees. Y yo estaré allí. No a tu lado, pero allí. Esto es una dificultad temporal.*

Maggie sonrió a pesar de sus nervios.

Maggie: *Gracias. Por todo.*

Evie: *No te pongas sentimental. Tienes una orientación a las 8 y espero que seas tu yo habitual de reina de hielo aterradoramente competente. No puedo creer que derritiera a la reina de hielo.*

Maggie: *Intentaré no defraudar. Ja, aún no estoy totalmente descongelada…*

Evie: *Imposible. Nos vemos en el hospital. Desde una distancia profesional. Mientras secretamente pienso pensamientos muy poco profesionales.*

Maggie: *Evie…*

Evie: *¿Qué? Solo soy honesta. Dijiste que querías honestidad.*

Maggie: *No ayuda ahora mismo.*

Evie: *Lo siento. Ve a arrasar. Te quiero.*

Maggie: *Yo también te quiero.*

Maggie dejó el teléfono y se puso la bata blanca—la misma que había usado durante cinco años en Oakridge, recién lavada y planchada.

Se miró en el espejo.

Doctora Maggie Laurel. Médica adjunta senior. Medicina interna.

Alguien que cometió errores pero eligió aprender de ellos.

Alguien aterrorizada que aun así se presentaba.

Alguien que finalmente, lentamente, aprendía que sobrevivir no es lo mismo que vivir.

Cogió su bolso, echó un último vistazo al apartamento—la taza de café de Evie aún en la encimera, su chaqueta en el respaldo de la silla, todas las pequeñas señas de que la vida de Maggie ya no era solo suya—y salió por la puerta.

Hacia el hospital.

Hacia la incertidumbre.

Hacia seis meses para demostrar que podía hacerlo.

Hacia un futuro que no podía controlar pero que aun así elegía.

Allá vamos, pensó al arrancar el coche. *Listos o no.*

Y condujo hacia Oakridge, llevando las palabras de Evie como un talismán.

Eres más valiente de lo que crees.

Estaré allí.

Esto es real.

14

EVIE

Evie llevaba en el hospital desde las seis de la mañana, pero estaba despierta desde las cuatro.

Se había escurrido de la cama mientras Maggie aún dormía, dándole un beso en la sien y susurrando: —Tú puedes con esto — antes de salir a la oscuridad previa al amanecer.

Ahora, sentada en la reunión del informe matinal con la doctora Patel, Evie apenas podía concentrarse en los ingresos de la noche. Tenía el móvil boca abajo en el regazo, pero no dejaba de mirarlo de reojo, esperando a que Maggie le enviara un mensaje diciendo que ya había llegado al hospital.

—¿Doctora Brooks?

Evie levantó la cabeza de golpe. —¿Sí, doctora Patel?

—Le he preguntado si quería presentar el caso Patterson o si prefiere que se lo asigne al doctor Morrison.

—Lo presentaré yo —dijo Evie rápidamente—. Lo siento. Estoy aquí.

Patel la estudió durante un momento, con un deje de complicidad en su expresión. —Parece... bastante distraída esta mañana.

—Solo tengo muchas cosas en la cabeza —dijo Evie, lo cual no era mentira.

——Comprensible —asintió Patel, y hubo algo tan amable en su tono que Evie se preguntó si lo sabría—. Bueno, intente concentrarse. Tenemos un día completo por delante.

Su móvil vibró. Era Maggie. Acababa de aparcar.

Evie dejó el teléfono, sintiéndose un poco más serena. Maggie estaba de vuelta en Oakridge. Y Evie tendría que verla y fingir que su corazón no daba vuelcos cada vez que Maggie entraba en una habitación.

Seis meses así.

Podían aguantar seis meses.

—Muy bien —dijo Patel, poniéndose en pie—. Pasemos consulta.



Evie vio a Maggie por primera vez poco antes del mediodía.

Iba caminando por el atrio con su tableta, revisando el historial de un paciente, cuando sintió esa atracción familiar: la consciencia de la presencia de Maggie incluso antes de levantar la vista.

Y allí estaba. Podía sentir la fuerza que la empujaba hacia ella como un imán que le tiraba del alma.

Al otro lado del amplio espacio, caminaba junto a la doctora Chen. Bata blanca impecable, el pelo perfectamente recogido, la espalda recta. Cada centímetro de ella la delataba como una adjunta experimentada que imponía respeto sin necesidad de alzar la voz.

Pero Evie podía ver la tensión en sus hombros. La forma en que tenía la mandíbula un tanto demasiado apretada. La cautela con la que se movía, como si estuviera esperando a que alguien cuestionara su derecho a estar allí.

Sus miradas se cruzaron.

Durante medio segundo, el mundo se redujo a eso: los ojos oscuros y seductores de Maggie encontrando los suyos a través de los quince metros del atrio del hospital; todo lo demás se convirtió en ruido de fondo.

El corazón de Evie golpeó con fuerza contra sus costillas.

Quería sonreír. Quería acercarse. Quería tocarla, aunque solo fuera ponerle una mano en el brazo, un recordatorio de que no estaba sola en esto.

En su lugar, hizo un ligerísimo gesto con la cabeza.

Maggie le devolvió el saludo, con la misma sutileza.

Luego, ambas desviaron la mirada, continuando en direcciones opuestas como dos personas que apenas se conocieran.

A Evie le dolió el pecho.

Esto iba a ser más difícil de lo que había pensado.

El encuentro en el ascensor ocurrió una hora después.

Evie subía a la UCI para comprobar un traslado cuando las puertas se abrieron en la tercera planta y Maggie entró.

Iba acompañada de dos enfermeras y otro adjunto al que Evie no conocía bien.

Todos se movieron para dejar espacio, y de repente Evie se encontró a un metro de Maggie en un espacio confinado, evitando mirarla de forma muy deliberada.

—Doctora Laurel —dijo una de las enfermeras con afecto—. Qué alegría que haya vuelto.

—Gracias, Sarah —respondió Maggie, con la voz perfectamente controlada—. Es un placer estar de vuelta.

—¿Qué tal su tiempo de descanso? —preguntó el otro adjunto.

—Productivo —dijo Maggie—. Me he puesto al día con unas lecturas. He terminado una formación.

Hubo una pausa incómoda; todo el mundo sabía por qué había estado de baja, aunque nadie lo dijera directamente.

Evie se quedó mirando los números de los pisos que iban subiendo, hiperconsciente de la presencia de Maggie. El tenue aroma de su jabón. El sonido de su respiración. La forma en que sus dedos tamborilearon una vez contra la tableta, un tic nervioso que Evie había aprendido a reconocer.

El ascensor se detuvo en la quinta. Las enfermeras se bajaron.

Luego en la sexta. El adjunto.

Lo que las dejó a Evie y a Maggie solas para las dos últimas plantas.

Las puertas se cerraron.

Ninguna de las dos se movió.

—Hola —dijo Maggie en voz baja.

—Hola —respondió Evie, aún mirando al frente.

—Esto es horrible. Te echo de menos —admitió Maggie.

—Completamente espantoso —asintió Evie.

—Quiero besarte.

—Maggie...

—Lo sé. No lo haré. Pero quiero.

Evie finalmente se giró para mirarla. Maggie miraba fijamente hacia las puertas, con la mandíbula apretada y las manos aferradas a su tableta como si fuera lo único que la mantenía con los pies en la tierra.

—Y yo —dijo Evie suavemente—. Pero podemos hacerlo. Día a día.

El ascensor dio un aviso sonoro. Séptima planta.

—¿Nos vemos en casa? —preguntó Maggie.

—Estaré allí para las siete —prometió Evie.

Las puertas se abrieron. Maggie salió sin mirar atrás.

Evie subió una planta más, luego se apoyó contra la pared y se permitió respirar.

Un día menos. Faltan ciento ochenta y dos.



Fue Morrison quien finalmente rompió la tensión esa misma tarde.

—Oye, Brooks —dijo mientras caminaban entre las habitaciones de los pacientes—. Me he enterado de que Laurel ha vuelto hoy.

La mandíbula de Evie se tensó. —Así es.

—Va a ser raro para usted, ¿verdad?

—¿Por qué iba a ser raro? —Evie mantuvo la voz neutral, profesional.

Morrison se encogió de hombros. —No lo sé. Solo que... estabas en su servicio. Luego el traslado. La suspensión. La gente va a estar pendiente de cómo interactuáis vosotras dos.

——Entonces la gente tiene que buscarse mejores cosas que hacer con su tiempo —dijo Evie tajante.

Morrison levantó las manos. —Oye, solo decía que...

—Pues no lo digas —le interrumpió Evie—. La doctora Laurel es una médico excelente. Aprendí mucho de ella. Eso es todo lo que cualquiera necesita saber.

Se alejó antes de que él pudiera responder, con el corazón acelerado.

Esa noche, cuando Evie por fin llegó al apartamento de Maggie —su apartamento, pues ya estaba empezando a pensar así—, ella ya estaba allí, sentada en el sofá con una copa de vino que no había tocado.

—Hola —dijo Evie, soltando su bolso junto a la puerta.

Maggie levantó la vista, y el alivio en su rostro era casi doloroso de ver. —Hola.

Evie se acercó a ella de inmediato, sin vacilar, sin distancias. Se subió al regazo de Maggie, sentándose a horcajadas sobre ella, y la besó como si hubieran estado separadas semanas en lugar de horas.

Las manos de Maggie subieron a su cintura, atrayéndola más cerca, devolviéndole el beso con algo parecido a la desesperación.

Cuando finalmente se separaron, ambas respirando con dificultad, Maggie apoyó su frente contra la de Evie.

—He odiado eso —dijo Maggie—. Cada segundo.

—Lo sé —dijo Evie—. Yo también.

—Se me ha hecho insoportable. Verte en ese ascensor y no poder tocarte...

—Lo sé.

—Esto va a ser...

—Lo sé —repitió Evie, acunando el rostro de Maggie—. Pero ahora estamos aquí. Y durante las próximas doce horas, eres mía. Sin hospital. Sin distancias. Solo nosotros.

Maggie cerró los ojos. —No sé si podré hacer esto durante seis meses. Seis putos meses.

—Sí que puedes —dijo Evie con firmeza—. Porque la alternativa es no tener esto en absoluto. Y eso no es una opción. El daño ya está hecho. Ya estamos enamoradas.

Maggie abrió los ojos, buscando en el rostro de Evie. —¿Estás segura?

—Estoy segura —dijo Evie—. ¿Lo estás tú?

—Sí —dijo Maggie sin dudarlo—. Dios, sí.

—Entonces haremos lo difícil —dijo Evie—. Sobreviviremos a los días en el hospital y volveremos a casa la una con la otra por la noche. Y dentro de seis meses, podremos tenerlo todo.

Maggie asintió lentamente, mientras su expresión se relajaba. —De acuerdo.

—De acuerdo —repitió Evie.

Pidieron comida tailandesa y cenaron en el sofá, con las piernas entrelazadas, hablando de todo menos del hospital. Se sentía como una pequeña rebelión: reclamar ese espacio como suyo, separado de la distancia profesional que tendrían que mantener en cualquier otro lugar.

Más tarde, en la cama, Maggie la estrechó contra sí y susurró: —Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacer que esto sea soportable.

Evie le dio un beso en el hombro. —Siempre.

Se quedaron dormidas así, abrazadas la una a la otra, eligiendo la cercanía por encima de la distancia que el mundo intentaba imponer entre ellas.



El busca sonó en mitad de la noche.

Evie se despertó sobresaltada, buscándolo a tientas en la mesilla de noche. El número era de Oakridge: la planta de cuidados paliativos.

Se le hundió el corazón.

Daisy.

—Tengo que irme —dijo, saliendo ya de la cama.

Maggie también estaba despierta, incorporándose. —¿Qué pasa?

—Es Daisy —dijo Evie, vistiéndose en la oscuridad—. Ha... creo que ha llegado el momento.

Maggie apartó las mantas. —Voy contigo.

—Maggie, no puedes...

—No voy a entrar en el hospital —dijo Maggie, moviéndose ya—. Pero te voy a llevar yo. No vas a pasar por esto sola.

Evie no discutió.

Hicieron el trayecto en silencio, con la mano de Maggie buscando la suya sobre la consola central. Cuando se detuvieron ante la entrada del hospital, Maggie le apretó los dedos.

—Ve —dijo Maggie—. Estaré aquí cuando termines.

—No tienes que esperar...

—Lo sé —dijo Maggie—. Ve.

Evie se inclinó y la besó —rápido pero con intensidad— y luego entró corriendo.

La planta de cuidados paliativos estaba tranquila a las dos de la mañana, con las luces atenuadas y el ruido habitual del hospital reducido a algo casi pacífico.

La habitación de Daisy estaba al final del pasillo.

Kara ya estaba allí, sentada al lado de la cama, sosteniendo la mano de su madre. Levantó la vista cuando Evie entró; tenía los ojos rojos pero secos, como si se hubiera quedado sin lágrimas horas atrás.

—Doctora Brooks —dijo Kara, con voz ronca—. Gracias por venir.

Evie se acercó al otro lado de la cama, observando el estado de Daisy con ojo clínico, aunque el corazón se le encogiera. Respiración superficial e irregular. Piel pálida, casi traslúcida. La tensión arterial apenas se registraba en el monitor.

Era el final. Sabía lo que venía ahora.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Evie con suavidad.

—Unas horas —dijo Kara—. Estaba inquieta antes. Preguntaba por usted. Por la doctora Laurel.

A Evie se le cerró la garganta. —Ya estoy aquí.

Alargó la mano y tomó la otra mano de Daisy. La piel estaba fría, fina como el papel. Pero los ojos de Daisy se abrieron ligeramente ante el contacto, enfocándose con un esfuerzo visible.

—Doctora Brooks —susurró Daisy, tan bajo que Evie tuvo que inclinarse para oírla.

—Estoy aquí, Daisy —dijo Evie—. Estoy aquí mismo.

—¿Maggie?

—Ella está... —Evie tragó saliva—. Quería estar aquí. Pero no puede. Lo siento.

Los labios de Daisy se curvaron levemente. No llegó a ser una sonrisa, pero se quedó cerca. —Dile... gracias. Por todo. Me caía bien.

—Se lo diré.

—Dile... —el aliento de Daisy se entrecortó, cada palabra era un esfuerzo—. Dile... que no se esconda. La vida es demasiado corta... para andar escondiéndose.

Evie sintió cómo se le escapaban las lágrimas. —Se lo diré.

La mirada de Daisy se desplazó hacia Kara, con algo que suavizaba su expresión. —Te quiero... pequeña.

—Yo también te quiero, mamá —sollozó Kara—. Muchísimo.

Los ojos de Daisy se cerraron lentamente. Su respiración se hizo más pausada, cada inhalación más distanciada de la anterior.

Evie y Kara se sentaron a ambos lados, sujetándole las manos, siendo testigos del final tranquilo de una vida bien vivida. Un momento que nunca llegaba a ser fácil. Algo que siempre se les quedaría grabado en la mente.

A las 2:47 de la madrugada, Daisy Carter dio su último suspiro.

La alarma del monitor no sonó; Evie la había apagado, sabiendo lo que venía. La habitación quedó sumida en un silencio que se sentía sagrado.

Evie comprobó el pulso, aunque ya lo sabía. —Hora de la muerte: 2:47 de la madrugada.

Kara se desplomó hacia delante, sollozando sobre el hombro de su madre. Evie rodeó la cama para abrazarla, sosteniéndola mientras se desmoronaba.

—Ha encontrado la paz —dijo Evie en un susurro—. Se acabó el dolor. Se acabó la lucha.

—Lo sé —logró decir Kara—. Solo que... Dios, la voy a echar tanto de menos.

—Lo sé —dijo Evie—. Yo también.

Se quedaron así durante un buen rato, hasta que los sollozos de Kara se convirtieron en respiraciones entrecortadas por el hipo.

—Le caías bien —dijo Kara finalmente, apartándose y secándose los ojos—. Las dos. También la doctora Laurel.

—A nosotras también nos gustaba ella —dijo Evie.

—Ella lo sabía, ¿sabes? —continuó Kara—. Lo vuestro. Se le notaba. —Se le quebró la voz—. No puedo agradeceros lo suficiente todo lo que habéis hecho por ella, por las dos. He tenido mucho tiempo para despedirme. Gracias.

La visión de Evie se nubló. —Es lo menos que podía hacer. Su madre era una mujer maravillosa.

Se quedaron un rato más; Evie ayudó a Kara a hacer las llamadas necesarias y se encargó del papeleo que conlleva la muerte: la declaración oficial, el certificado de defunción, las notificaciones.

Para cuando Evie salió finalmente al pasillo, pasaban de las cuatro de la madrugada.

Estaba agotada. Exprimida. Su pijama sanitario olía a la planta de cuidados paliativos: esa combinación particular de antiséptico y algo más dulce, más triste.

Sacó el móvil para escribirle un mensaje a Maggie, pero se detuvo.

Porque Maggie estaba allí.

Sentada en la sala de espera para familiares, todavía con los pantalones de yoga y la camiseta que se había puesto horas antes, con dos tazas de café sobre la mesa delante de ella.

A Evie se le encogió el corazón.

—Has esperado —dijo.

Maggie levantó la vista, y lo que sea que viera en el rostro de Evie la hizo ponerse en pie de inmediato. —¿Se ha ido?

Evie asintió, sin confiar en su voz.

Maggie llegó hasta ella en tres zancadas, estrechándola entre sus brazos allí mismo, en el pasillo. Evie hundió la cara en el hombro de Maggie y finalmente se permitió llorar; no las lágrimas profesionales que había contenido en la habitación de Daisy, sino con todo el peso de la pena que llevaba arrastrando.

—Estoy aquí —susurró Maggie, acariciándole el pelo con una mano—. Estoy contigo.

Una enfermera pasó por delante, mirándolas con curiosidad pero sin juzgarlas. A Evie no le importó. Que miraran. Que hablaran. Daisy se había ido, y en ese momento no importaba nada más.

Cuando Evie se apartó finalmente, la camiseta de Maggie estaba empapada por sus lágrimas.

—Lo siento —dijo Evie.

—No —dijo Maggie con firmeza—. No pidas perdón por estar de duelo.

—Ha preguntado por ti —dijo Evie—. Al final. Dijo que te diera las gracias. Y... —se le entrecortó la voz—. Y que te dijera que no te escondas. Que la vida es demasiado corta para andar escondiéndose.

—Era una mujer sabia.

—Nos apoyaba —dijo Evie—. Me lo ha dicho Kara. Se alegraba de que lo hubiéramos solucionado.

Maggie acunó el rostro de Evie con suavidad, secándole las lágrimas con los pulgares. —Entonces la honraremos no desperdiciando el tiempo que tenemos.

—¿Incluso si es difícil? —preguntó Evie.

—Especialmente si es difícil —respondió Maggie.

Se quedaron allí en el pasillo un momento más, abrazadas, sin que a ninguna le importara quién las viera.

Finalmente, Maggie dijo: —Venga. Vámonos a casa.

—Tengo ronda en cuatro horas —dijo Evie.

—Entonces te llevaré a casa para que te duches y duermas tres horas, y te prepararé café antes de que vuelvas —dijo Maggie—. Pero ahora mismo, necesitas salir de aquí.

Evie asintió, demasiado cansada para discutir.

Salieron juntas del hospital, con el brazo de Maggie rodeándole la cintura, sirviéndole de apoyo. En el aparcamiento, el cielo empezaba apenas a clarear, con ese tono púrpura azulado que precede al amanecer.

Maggie las condujo a casa en silencio, con una mano al volante y la otra sosteniendo la de Evie. Cuando llegaron al apartamento, guio

a Evie a la ducha y luego a la cama, acurrucándose junto a ella en la oscuridad.

—Estoy aquí —susurró Maggie—. Duerme.

Y Evie lo hizo, sintiéndose segura a pesar de la pena, reconfortada a pesar de la pérdida, amada a pesar de todo.



Evie se arrastró de vuelta al hospital a las 7:30 de la mañana, funcionando con tres horas de sueño y el café cargado de Maggie. El último suspiro de Daisy estaba grabado en sus pensamientos. El duelo que sentía era real, y eso la convertía en mejor médica. Al menos eso era lo que se decía a sí misma.

La doctora Patel le echó un vistazo y frunció el ceño. —Brooks, pareces agotada.

—Daisy Carter ha fallecido esta madrugada —dijo Evie—. Estaba con ella.

La expresión de Patel se suavizó de inmediato. —Lo siento. Sé que habías estado siguiendo su caso de cerca.

—Era una buena paciente —dijo Evie, con voz firme a pesar del cansancio—. Una buena persona.

—Tómelo con calma hoy —dijo Patel—. Si necesita retirarse de alguna intervención...

—Estoy bien —la interrumpió Evie con suavidad—. Prefiero trabajar.

Patel la estudió un momento y luego asintió. —De acuerdo. Pero si necesitas un descanso, tómatelo. O si necesitas hablar con alguien. Ya sabes que tenemos servicios de apoyo.

Comenzaron las rondas matutinas y Evie se obligó a concentrarse. Cuando pasaron por el pasillo que llevaba al ala administrativa, divisó a Maggie caminando con el doctor Chen, ambos sumidos en una conversación profunda.

Sus miradas se cruzaron durante medio segundo.

La expresión de Maggie se ablandó con preocupación.

Evie le devolvió un ligero asentimiento que significaba: *Estoy bien.*

Maggie respondió igual: *Lo sé. Pero estoy aquí si dejas de estarlo.*

Entonces ambas siguieron caminando en direcciones opuestas.

—Debe de ser extraño —dijo en voz baja junto a Evie una de las otras residentes, la doctora Amin.

Evie la miró. —¿El qué?

—Ver a la doctora Laurel por aquí. Después de todo.

Evie mantuvo un tono neutro. —Ambas somos profesionales. Podemos manejarlo.

Continuaron las rondas, pero Evie sentía el peso; la forma en que la gente la observaba, esperando ver cómo reaccionaba al regreso de Maggie. Buscando drama, tensión, algo de lo que cotillear.

Se negó a darles el gusto.

A las dos de la tarde, llamaron a Evie al despacho del doctor Chen.

Se le hundió el estómago. Había llegado el momento: el seguimiento oficial, la formalización de la restricción de seis meses.

Llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Chen.

Evie entró y encontró al doctor Chen tras su mesa, con aspecto profesional pero no antipático.

—Doctora Brooks, gracias por venir. Por favor, siéntese.

Evie se sentó, con las manos juntas en el regazo, intentando no parecer tan nerviosa como se sentía.

—Quería hablar con usted ahora que la doctora Laurel ha regresado —comenzó Chen—. Como ya sabe, el Comité de Revisión Médica ha impuesto ciertas restricciones.

—Sí, señor.

—Durante los próximos seis meses, permanecerá en el servicio de la doctora Patel. La doctora Laurel no tiene permiso para supervisarla directamente en ninguna capacidad. Asistirán a conferencias y rondas de enseñanza separadas. Si se encuentran asignadas al mismo paciente, se proporcionará la supervisión adecuada.

Evie asintió. —Entiendo.

—También quiero dejar claro —continuó Chen, con voz más suave ahora— que esto no es un castigo para usted. Su expediente aquí es excelente. La doctora Patel solo tiene elogios para su trabajo. Esta restricción existe para eliminar cualquier apariencia de falta de ética o favoritismo. ¿Entiende la distinción?

—Sí —dijo Evie—. La entiendo.

Chen se recostó en su silla, estudiándola. —¿Cómo lo lleva, doctora Brooks? De verdad.

La pregunta la sorprendió. —Lo... voy gestionando.

—Eso no es lo que le he preguntado.

Evie sopesó sus palabras con cuidado. —Es difícil. Verla en el hospital y tener que mantener la distancia. Pero entiendo por qué es necesario. Y estoy comprometida a demostrar que mi competencia se sostiene por sus propios méritos, no por cualquier relación que pueda o no tener con la doctora Laurel.

—¿Pueda o no tener? —Chen levantó una ceja.

Evie le sostuvo la mirada. —Con todo respeto, doctor Chen, no creo que mi vida personal fuera del trabajo sea relevante para esta conversación.

Algo que podría haber sido aprobación cruzó el rostro de Chen. —Me parece justo. Solo sepa que si experimenta alguna dificultad —dificultad profesional— durante este periodo de transición, mi puerta está abierta.

—Gracias.

Salió del despacho sintiéndose extrañamente más ligera. La restricción ya era oficial: seis meses en servicios separados, sin supervisión directa, con una prudente distancia profesional.

Pero había sobrevivido a la conversación. Y Chen no se había mostrado hostil, solo riguroso.

Podían hacerlo. Ella podía hacerlo.

Esa tarde, la doctora Patel le asignó a Evie un caso complejo: un hombre de sesenta y dos años con múltiples comorbilidades que presentaba alteración del estado mental y fiebre de origen desconocido.

—Este es un rompecabezas —dijo Patel, entregándole el historial —. Me gustaría que llevaras la voz cantante. Presenta tu diagnóstico diferencial en la ronda de la tarde.

Evie se sumergió en el caso, agradecida por la distracción de la pena y el agotamiento. Pasó dos horas revisando los antecedentes del paciente, examinándolo y correlacionando los valores analíticos con los resultados de imagen.

Para cuando llegó la ronda de la tarde, ya tenía un diferencial provisional y un plan.

Se colocó ante la pizarra blanca, rotulador en mano, y guio al equipo a través de su razonamiento: los hallazgos sutiles que descartaban una sepsis simple, las interacciones medicamentosas que podrían explicar la alteración mental, la enfermedad crónica subyacente que probablemente estaba saliendo a la luz debido a la dolencia aguda.

—Así que recomiendo ampliar nuestra cobertura antibiótica, iniciar tratamiento empírico para una posible endocarditis dado su historial valvular y que neurología intervenga por la confusión persistente —concluyó Evie—. Ya he solicitado las interconsultas.

Patel asintió pensativa. —Excelente análisis, doctora Brooks. Estoy de acuerdo con su valoración. ¿Alguien tiene alguna pregunta u observación adicional?

Los otros residentes negaron con la cabeza, con aspecto de estar ligeramente impresionados.

—Muy bien —dijo Patel—. Brooks, mantenme informada sobre la consulta de neuro. Buen trabajo.

Mientras el equipo se dispersaba, Evie pilló a la doctora Amin mirándola con algo parecido al respeto.

—Eso ha estado muy bien —dijo Amin—. De verdad.

—Gracias —dijo Evie, sorprendida.

——Lo digo en serio. Eres buena en esto.

Evie sintió que algo se asentaba en su pecho. Esto era lo que importaba; no los cotilleos ni las especulaciones sobre su relación con Maggie, sino el trabajo. La medicina. Los pacientes.

Era buena en esto.

Y iba a demostrarlo, día tras día, hasta que nadie pudiera cuestionar si se había ganado su puesto.

15

MAGGIE

La primera semana de vuelta se sintió como aprender a caminar sobre la cuerda floja mientras todo el mundo observaba, esperando a que se cayera.

Maggie se movía por Oakridge con cuidadosa precisión: saludando a sus colegas con cautelosa calidez, revisando casos con su minuciosidad habitual y manteniendo exactamente la distancia adecuada con Evie Brooks en cada espacio público.

Era agotador.

Cada vez que veía a Evie en el pasillo, su cuerpo quería acercarse a ella. Cada vez que Evie presentaba un caso en una sala de conferencias a tres puertas de donde Maggie estaba enseñando, sentía ganas de colarse a mirar. Cada vez que su teléfono vibraba con un mensaje —*Te echo de menos, una hora más para ir a casa*— deseaba abandonar el profesionalismo por completo y simplemente estar con ella.

En lugar de eso, hacía su trabajo. Mentorizaba a sus residentes. Reconstruía la reputación que casi había perdido.

Y por la noche, volvía a casa con Evie y recordaba por qué todo valía la pena.

—¿Qué tal ha ido hoy? —preguntó Evie el viernes por la noche, al final de la primera semana de Maggie. Estaban acurrucadas en el sofá, con la cabeza de Evie apoyada en el hombro de Maggie; ambas seguían con el uniforme porque ninguna había tenido energías para cambiarse todavía.

—Surrealista —admitió Maggie—. No paraba de verte y tenía que fingir que no me moría de ganas de hablar contigo. Me pregunto si se volverá más fácil, pero no estoy muy segura. Es un poco asfixiante.

—Conozco bien esa sensación. —Los dedos de Evie dibujaban patrones en el brazo de Maggie—. Morrison me acorraló después de las rondas el primer día. Me preguntó si era «raro» tenerte de vuelta.

Maggie tensó la mandíbula. —¿Qué le has dicho?

—Que eres una médico excelente y que aprendí mucho de ti. Luego me alejé antes de que pudiera preguntar nada más. —Evie ladeó la cabeza para mirarla—. Está intentando pescar algo. Intenta que le confirme algo de lo que pueda cotillear.

—Que pesque lo que quiera —dijo Maggie—. No va a picar nada.

—Faltan seis meses menos una semana —dijo Evie en voz baja.

Maggie depositó un beso en la coronilla de su cabeza. —Seguro que podemos con eso.

—¿Podemos de verdad? —Evie se movió para quedar más de frente—. Porque lo de hoy ha sido un asco. Verte pasar a mi lado en el atrio como si apenas nos conociéramos. Estar sentadas en conferencias separadas. No poder ir a por un café o comentar un caso difícil o simplemente... existir cerca de ti.

—Lo sé —dijo Maggie—. Pero la alternativa...

—Ya lo sé —interrumpió Evie—. No estoy diciendo que quiera dejarlo. Solo digo que es un asco.

—Vaya que sí —asintió Maggie.

Se quedaron en silencio un momento, con el peso de la separación todavía aferrado a ellas a pesar de estar en casa.

—Mi madre ha llamado hoy —dijo Evie finalmente—. Quiere que vaya a casa por Acción de Gracias. Cuatro días en Sacramento.

Maggie sintió que algo se le retorcía en el pecho: un pánico inmediato e irracional. *No me dejes.*

Pero lo que dijo fue: —Eso suena bien. Deberías ir.

Evie estudió su rostro. —Podrías venir conmigo.

—Evie...

—Lo sé —dijo Evie rápidamente—. Sé que se supone que debemos tener cuidado. Pero es Acción de Gracias. Y mi madre tiene muchas ganas de conocerte. Le he hablado de ti.

Maggie contuvo el aliento. —¿Lo has hecho?

—Pues claro que sí. —Evie sonrió con ternura—. Sabe que estoy saliendo con alguien. Sabe que es complicado. Sabe que soy feliz. Quiere conocer a la mujer que me hace sonreír cuando hablo por teléfono.

La ternura de esas palabras hizo que a Maggie se le cerrara la garganta.

—No creo que sea una buena idea —dijo Maggie con cuidado—. Todavía no. No mientras sigamos bajo restricción.

Vio cómo la decepción cruzaba el rostro de Evie antes de que esta la enmascarara.

—Oh, vale —dijo Evie—. Entonces iré sola.

—Quiero que vayas —dijo Maggie, aunque cada instinto le gritaba que le pidiera a Evie que se quedara—. Pasa tiempo con tu familia. Estaré bien.

—¿Lo estarás? —la desafió Evie con dulzura—. ¿O te pasarás cuatro días sola en este apartamento dándole vueltas a todo?

—Estaré bien —repitió Maggie, con más confianza de la que sentía.

Evie no parecía convencida, pero dejó correr el tema.

Aquella noche, tumbada en la cama con Evie ya dormida a su lado, Maggie se quedó mirando el techo e intentó no pensar en pasar cuatro días sola. Cuatro días de Acción de Gracias sin nadie. Cuatro días de demostrar que podía manejar la separación sin derrumbarse.

Cogió su teléfono y le escribió un mensaje a la doctora Kim.

¿Alguna sesión disponible esta semana? Me vendría bien una charla.

La respuesta llegó dos minutos después.

Jueves a las 14:00. Nos vemos entonces.



La semana de Acción de Gracias llegó con cielos grises y la amenaza de una lluvia que nunca llegó a materializarse.

Evie se marchó el miércoles por la tarde, dándole un largo beso a Maggie en el umbral del apartamento, sin que a ninguna le importara que algún vecino pudiera verlas.

—Cuatro días —dijo Evie.

—Cuatro días —repitió Maggie.

—Llámame si me necesitas. A cualquier hora.

—Lo haré. Pásalo bien. Dale recuerdos a tu madre de mi parte.

Evie sonrió. —Lo haré. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Entonces Evie se fue, y el apartamento se sintió inmediata y opresivamente vacío.

Maggie se quedó en el umbral un buen rato, escuchando el silencio, antes de cerrar la puerta y enfrentarse al fin de semana que tenía por delante.

Había planeado esto. Tenía una lista: preparar comida, limpieza a fondo, organizar por fin el armario trastero, quizá una carrera larga junto al río. Tareas productivas que la mantendrían ocupada y distraída.

En lugar de eso, se encontró sentada en el sofá con los diarios de Sarah, leyendo entradas que había evitado durante años.

Maggie se está esforzando mucho para que todo salga perfecto. El pavo de esa carnicería tan pija. Todo casero. Lleva dos días cocinando.

La quiero por eso. Pero ojalá se limitara a pedir comida a domicilio y se sentara conmigo en su lugar. No necesito que nada sea perfecto. Solo la necesito a ella.

Maggie cerró el diario con el pecho apretado.

Se había pasado aquel Acción de Gracias deslomándose para intentar crear un día perfecto. Sarah había estado demasiado enferma para comer la mayor parte de aquello. Habían acabado tomando sopa de lata y viendo películas antiguas, y Sarah se había sentido más feliz de lo que había estado en semanas.

Maggie no había entendido nada en absoluto.

Su teléfono vibró.

Evie: *Ya he llegado a Sacramento. Mi madre ya está haciendo un millón de preguntas sobre ti. Socorro.*

Maggie sonrió a su pesar.

Dile que soy aterradora pero muy encantadora... y guapa.

Eso es lo que le he dicho. Quiere saber cuándo podrá conocerte.

Pronto. En cuanto se levante la restricción.

Dice que eso es demasiado tiempo y que debería llevarte para Navidad directamente.

Los dedos de Maggie sobrevolaron el teclado. La invitación era tentadora; daba miedo, pero era tentadora. Conocer a la familia de Evie. Ser presentada como su novia. Hacerlo real de una manera que fuera más allá de ellas dos.

Hablamos de ello cuando vuelvas. Por ahora, disfruta de tu familia.

Ya te echo de menos.

Yo también te echo de menos. Mucho.

El jueves llegó sin el permiso de Maggie.

Maggie salió a correr a primera hora, exigiéndose más de lo habitual, intentando dejar atrás la soledad que se había instalado sobre ella como una niebla. Para cuando llegó a casa, le temblaban las piernas y le ardían los pulmones, pero se sentía ligeramente más humana.

Se duchó, preparó un café que apenas probó e intentó recordar qué hacía la gente en Acción de Gracias cuando estaba sola.

Su teléfono sonó a las 10 de la mañana. Lisa Grant.

—Feliz Acción de Gracias, ermitaña —dijo Lisa a modo de saludo.

—Feliz Acción de Gracias —respondió Maggie.

—Por favor, dime que no vas a pasar el día de hoy sola en ese apartamento.

—Estoy bien, Lisa.

—Eso no es lo que te he preguntado. Vente a mi casa. Vamos a hacer un «friendsgiving». Empieza a las dos.

—No puedo...

—Sí, puedes. Sé que Evie está fuera de la ciudad porque me lo dijo cuando me crucé con ella en el hospital la semana pasada. Así que, a menos que tengas otros planes, te vienes aquí.

Maggie sintió que algo se aflojaba en su pecho. —No tienes por qué...

—No te lo estoy pidiendo —dijo Lisa—. Te lo estoy mandando. A las dos. Trae vino. Un vino decente. Y no llegues tarde.

Colgó antes de que Maggie pudiera replicar.

A las 13:45, Maggie estaba frente a un edificio señorial de Echo Park con una botella de un Pinot Noir caro, cuestionándoselo todo.

Pero llamó a la puerta.

Lisa abrió, la miró una sola vez y la estrechó en un abrazo.

—Cuánto me alegro de que hayas venido —dijo Lisa en voz baja.

—Gracias por invitarme —respondió Maggie.

Dentro, el apartamento estaba caldeado y era ruidoso: una docena de personas a las que Maggie no conocía, todos riendo y hablando a la vez, con la cocina llena de comida que olía de maravilla. Lisa la presentó a todos, y si alguien reconoció el nombre de Maggie o hizo la conexión con la suspensión del hospital, tuvieron la amabilidad de no mencionarlo.

Maggie se encontró en el sofá con un plato de comida, encajonada entre dos amigos de Lisa que discutían apasionadamente sobre si Jungla de Cristal era una película navideña.

Su teléfono vibró.

Evie: *¿Cómo lo llevas?*

Maggie sacó una foto rápida del salón abarrotado y la envió.

Lisa ha organizado una intervención. Estoy en un friendsgiving.

Oh, gracias a Dios. Me preocupaba que estuvieras sola.

Estoy bien. ¿Qué tal Sacramento?

Ruidoso. Mi madre no para de preguntar por ti. Puede que le haya enseñado una foto.

Evie.

¿Qué? ¡Ella me ha preguntado! Y ahora está enamorada de ti. Dice que tienes «ojos bondadosos». Sea lo que sea lo que signifique eso.

Maggie sonrió, sintiendo que algo cálido se extendía por su pecho.

Dale las gracias de mi parte.

Lo haré. Me tengo que ir, estamos a punto de comer. Te quiero.

Yo también te quiero.

Maggie dejó el teléfono y se dio cuenta de que Lisa la observaba con una expresión de complicidad.

—Esa es la cara de alguien enamorado —dijo Lisa.

—Cállate —respondió Maggie, pero estaba sonriendo.

—Me alegro por ti —dijo Lisa con seriedad—. Te lo mereces.

—No sé yo si tanto.

—Yo sí lo sé —dijo Lisa firmemente—. Te has pasado seis años castigándote por ser humana. Por amar a Sarah. Por sobrevivir cuando ella no lo hizo. Ya va siendo hora de que te permitas ser feliz.

La voz de Maggie sonó rasposa. —Lo estoy intentando.

—Lo sé —dijo Lisa—. Y se nota. Tienes otro aspecto. Más ligera. Menos como si llevaras el peso del mundo sobre tus hombros.

—Eso es gracias a Evie —admitió Maggie—. Ella no me deja esconderme.

—Bien —dijo Lisa—. No la dejes escapar. Te arrepentirías.

—No lo haré —prometió Maggie.

Aquella noche, de vuelta en su apartamento, Maggie hizo una videollamada a Evie.

Evie contestó de inmediato, y su rostro llenó la pantalla. Estaba en pijama, con el pelo suelto y sin maquillaje; la versión de sí misma que solo le mostraba a Maggie.

—Hola —dijo Evie, y la soledad en su voz era palpable.

—Hola —respondió Maggie—. ¿Qué tal la cena? Echo de menos tu presencia en mi apartamento. Necesito algo de vida por aquí.

—Bien. Abrumadora. Mi tía no dejaba de preguntar cuándo me caso. —Evie se rió—. Le dije que volviera a preguntarme dentro de

seis meses.

—Seis meses —repitió Maggie.

—Más o menos. —Evie se movió, acomodándose—. Te echo de menos. La cama es demasiado grande sin ti.

—Yo también te echo de menos —dijo Maggie—. Pero estoy orgullosa de que hayas ido. De que pases tiempo con tu familia.

—¿Estás bien? ¿De verdad?

—Lo estoy —dijo Maggie, y se dio cuenta de que lo decía en serio—. Lisa me salvó de mí misma. Y he estado pensando.

—¿Sobre qué?

—Sobre la Navidad. Sobre conocer a tu madre. Sobre decir que sí.

El rostro de Evie se iluminó. —¿En serio?

—Si todavía quieres que vaya —dijo Maggie con cuidado—. Sé que no es exactamente pasar desapercibidas...

—Ya no me importa pasar desapercibida —la interrumpió Evie—. Me importa que conozcas a mi familia. Que estés allí para las fiestas. Construir una vida que nos incluya a las dos.

—Entonces cuenta conmigo —dijo Maggie—. Iré a Sacramento por Navidad.

—¿Sí? ¿Lo dices en serio? —La sonrisa de Evie era radiante.

—Totalmente en serio.

Hablaron durante otra hora: de nada y de todo. Evie le contó cosas del nuevo bebé de su prima, de la receta experimental de relleno de su madre, de lo extraño que resultaba dormir en su habitación de la infancia. Maggie le habló del friendsgiving de Lisa, del debate sobre Jungla de Cristal, de cómo se había pasado la tarde divirtiéndose de verdad en lugar de estar dándole vueltas a la cabeza.

Cuando finalmente colgaron, Maggie se sentía más tranquila. Cuatro días separadas no iban a matarla. Y al final de ellos, Evie volvería a casa.

A su hogar.

Porque en algún momento del último mes, Maggie había dejado de pensar en ese apartamento como algo solo suyo. Ahora era de

ambas: la taza de café de Evie en la encimera, su chaqueta en la silla, su presencia tejida en cada habitación.

Maggie abrió su portátil y buscó sus notas de terapia.

Cosas que estoy aprendiendo:

- *Separación no es igual a abandono*
- *Evie puede irse y volver aun así*
- *Puedo estar sola sin derrumbarme*
- *El amor no requiere una proximidad constante*
- *La confianza es una elección que hago cada día*

Guardó el documento y cerró el portátil, sintiendo algo que bien podría ser progreso.



Diciembre llegó con un calor inusual para la época y con la fiesta anual de Navidad del hospital.

Maggie estaba en la sala del personal, sosteniendo una copa de vino que no le apetecía, observando a residentes y adjuntos mezclarse con una alegría forzada. Estos eventos siempre eran incómodos: demasiado formales para ser divertidos, demasiado informales para ser puramente profesionales.

Al otro lado de la sala, Evie hablaba con la doctora Patel y otros residentes. Estaba preciosa con unos vaqueros oscuros y un jersey verde intenso, con el pelo suelto, riéndose de algo que decía la doctora Amin.

Maggie se obligó a apartar la mirada.

—Estás mirando fijamente —dijo la doctora Chen en voz baja, apareciendo a su lado.

Maggie se sobresaltó. —No estoy...

—Lo estás haciendo —dijo Chen, pero no había juicio en su voz —. Con sutileza. Pero lo haces.

Maggie dio un sorbo al vino para ganar tiempo. —¿Cómo va todo, en su opinión?

—¿Con la restricción? Mejor de lo esperado. Ambas habéis sido profesionales. Sin incidentes. Sin quejas. —Chen hizo una pausa—.

El comité estará satisfecho.

—Me alegro —dijo Maggie.

—Pero es difícil —continuó Chen—. ¿Verdad? Mantener esa distancia.

Maggie le sostuvo la mirada. —Sí. Por supuesto que lo es.

—Cuatro meses más —dijo Chen—. Entonces seréis libres de trabajar juntas de nuevo. De reconocer lo que sea que exista entre vosotras. ¿Podéis aguantar cuatro meses más?

—Podemos —dijo Maggie con más seguridad de la que sentía.

Chen asintió despacio. —Por lo que vale, creo que estáis haciendo lo correcto. Ambas. Tomar el camino difícil en lugar del fácil. Eso requiere valor.

—O estupidez —dijo Maggie con ligereza.

—A veces parecen lo mismo —respondió Chen.

Más tarde, cuando la fiesta estaba terminando, Maggie se encontró cerca de la salida al mismo tiempo que Evie. No habían hablado en toda la noche; habían navegado por el espacio con cuidado para mantener la distancia apropiada.

—Doctora Laurel —dijo Evie formalmente.

—Doctora Brooks —respondió Maggie.

Caminaron hacia el ascensor, manteniendo un metro de distancia profesional, sin hablar.

Las puertas del ascensor apenas tuvieron tiempo de terminar de cerrarse antes de que Evie se girara, flanqueando a Maggie contra la pared de acero inoxidable con un calor que desmentía la armadura profesional que vestía como una segunda piel. El silencio era eléctrico: dos pisos en los que no se permitía nada más que la fricción de la proximidad, el latido de un anhelo tan agudo que amenazaba con abrirlas a ambas en canal. —Esto es una tortura —susurró Evie, y Maggie sintió que su pulso saltaba, brusco y adolescente.

—Mi coche no tiene cámaras —respondió Maggie, con las palabras saliéndole con dificultad. Dos pisos. Uno. Los ojos de Evie no se apartaron de los suyos ni un segundo.

Cuando llegaron al P2, las puertas se abrieron entrecortadamente y Maggie guio el camino, caminando rápido, con los tacones

resonando en la caja de resonancia de cemento e invierno.

Mantuvieron el metro de aire entre ellas, como siempre. Como si las últimas seis semanas no las hubieran entrenado para desear hasta la sombra de un roce, el contacto de las manos junto a la cama de un paciente, el destello de una mirada en un pasillo abarrotado del hospital.

Su coche estaba exactamente como lo había dejado: un Toyota Camry plateado, inmaculado. Una de las pocas cosas que todavía controlaba.

Llegaron al vehículo. Una ráfaga fría se coló bajo el techo del garaje, levantando el pelo del cuello de Maggie. Antes de que pudiera abrir la puerta, la mano de Evie se cerró alrededor de su muñeca —un rayo, inmediato— y la hizo girar, de modo que su espalda golpeó el lado del conductor con un sordo golpe seco.

A Maggie se le cortó la respiración, un jadeo agudo en el aire gélido.

—Dijiste... —las manos de Evie enmarcaron su rostro, con los dedos temblorosos—, nada más llegar a tu coche. Es ahora, Laurel. Es ahora mismo, joder.

Maggie perdió la compostura en un abrir y cerrar de ojos. La boca de Evie reclamó la suya, con dureza y crudeza, sin nada de esa actitud tentativa que habían practicado durante semanas.

Sus labios eran suaves, estaban vivos, pero la forma en que Evie besaba era pura hambre: abierta, húmeda, desesperada por compensar cada momento forzado de distancia, cada fiesta, cada reunión y cada turno en los que se les había exigido fingir indiferencia.

Maggie emitió un sonido —desvalido, animal— y respondió a la presión; el cuerpo de Evie la inmovilizaba contra la puerta a lo largo de toda su extensión, y sus manos ya estaban por todas partes: en la cintura, las costillas, acunando su mandíbula, enredándose en su pelo y tirando del apretado elástico hasta que su oscura melena cayó alrededor de sus rostros como una cortina. La lengua de Evie lamió el interior de su boca y Maggie se lo permitió, se dejó devorar por primera vez en un mes y medio.

Sabía a sal, al recuerdo del vino de la fiesta y a algo brillante y salvaje que era puramente Evie. El frío presionaba contra su espalda, pero por dentro ardía.

Las manos de Evie no se quedaron quietas. Mapearon la longitud del torso de Maggie, bajo su abrigo; sus uñas cortas rasparon la camisa hasta que engancharon el dobladillo y se deslizaron por debajo, con la palma extendiéndose caliente y posesiva contra la piel desnuda.

Maggie se estremeció, intentó poner las manos sobre Evie, en cualquier parte, enredadas en el suave grosor de su jersey, en la línea de sus caderas en vaqueros, y se encontró jadeando contra los labios de Evie: —Aquí no... alguien podría...

—No hay cámaras —susurró Evie de vuelta, mordiendo el labio inferior de Maggie, y hubo un sonido en la garganta de Maggie que ella habría negado bajo juramento.

—Dentro. Entra —siseó Maggie, peleándose con el mando de las llaves. La puerta se desbloqueó con un pitido que sonó excesivamente fuerte en el eco del garaje.

Cayeron juntas en el asiento del conductor, Maggie primero, y Evie la siguió antes de que ella pudiera siquiera cerrar la puerta tras ellas. Todo era estrecho, incómodo, con la consola central clavándose en la cadera de Maggie, pero Evie simplemente se subió encima de ella, se puso a horcajadas sobre su regazo y echó el asiento del todo hacia atrás con una certera patada de tacón.

Estaba hermosa así: con las mejillas encendidas por el frío, las pupilas dilatadas, el pelo suelto y salvaje sobre los hombros. Maggie quería memorizar cada detalle, cada microexpresión, pero a Evie no le interesaba la quietud ni el recuerdo: quería más, lo quería ahora.

Evie besó la mandíbula de Maggie, mordisqueó su cuello, y Maggie gimió, arqueándose ante la presión. Abrió de un tirón los botones de los vaqueros de Evie; al cuerno con el ángulo incómodo, al cuerno con la logística, ella era precisa, podía apañárselas, y Evie se lo puso más fácil moviéndose, retorciéndose contra sus manos.

—Joder, te he echado de menos esta noche —susurró Evie, con los dientes rozando la suave piel justo debajo de la oreja de Maggie. Las manos de Maggie temblaban, vibraban de verdad, mientras las

deslizaba bajo la cinturilla de los vaqueros de Evie y encontraba el calor allí, la humedad que le decía exactamente cuánto necesitaba esto, cuánto les habían fastidiado a ambas las últimas seis semanas.

—Estás temblando —dijo Evie, y su voz era mitad burlona, mitad cariñosa.

—No es... —Maggie quiso decir *no es por el frío*, pero se le cortó la respiración cuando la mano de la propia Evie se deslizó dentro de su blusa, encontró el encaje de su sujetador y tiró de su pezón con esa justa y brutal falta de sutileza. Maggie se mordió el labio con tanta fuerza que saboreó la sangre.

Evie se restregaba contra ella, con urgencia, con un ritmo desordenado y descoordinado mientras el cinturón de seguridad se le clavaba en el costado, y Maggie renunció a la elegancia, usó dos dedos para deslizarse dentro de ella, sintiendo cómo todo el cuerpo de Evie se tensaba para luego desplomarse contra su pecho.

Se movían juntas, con la mano de Evie sujetando el rostro de Maggie, sus bocas nunca lejos la una de la otra, palabras entrecortadas entre jadeos:

—Dios, Maggie, tú...

—Joder... Evie, solo...

—No pares, no pares, no...

Maggie no habría podido parar aunque todo el personal de Oakridge las hubiera pillado en el acto. Curvó los dedos y Evie soltó un sonido ahogado, casi un sollozo, aferrándose tan fuerte que Maggie estaba segura de que le dejaría moratones.

Las ventanas se empañaron, rápida y densamente, y su aliento nubló el interior creando un universo privado. La luz del techo del garaje dotaba a todo de una extraña claridad quirúrgica: el pelo de Evie derramándose sobre sus hombros, el agarre frenético de sus muslos alrededor de las caderas de Maggie, la mirada en sus ojos mientras llegaba al orgasmo: desprotegida, salvaje, como si no pudiera creer que nada de eso fuera real.

—Dios, eres... —jadeó Evie, interrumpiéndose cuando un espasmo la sacudió.

Maggie se perdió en el sonido, en el calor y en la presión y en el hecho de que ella, la siempre controlada, la siempre comedida

doctora Laurel, había perdido todo sentido del tiempo, del lugar y del decoro. Quería perseguir el orgasmo de Evie con el suyo propio, lo necesitaba, pero lo que necesitaba más era la expresión del rostro de Evie mientras se desmoronaba, la forma en que Evie susurraba su nombre una y otra vez, como si fuera una respuesta a todo lo que le había dolido desde noviembre.

Cuando terminó, Evie se desplomó, con la frente apoyada en el hombro de Maggie, estremeciéndose por los espasmos residuales y la risa.

—Cuatro meses más —dijo Evie, con la voz amortiguada por el pelo de Maggie.

Maggie consiguió reír, débil, deshecha y eufórica. —Cuatro meses más, y luego haremos esto donde queramos. Cuando queramos.

—Pienso hacerlo —dijo Evie, y entonces volvió a besar a Maggie, más suave esta vez, con los labios gentiles pero posesivos.

Maggie se dejó. Se permitió sentir el lujo de la pertenencia, de ser deseada sin restricciones. Trazó la línea de la mandíbula de Evie, el punto suave detrás de su oreja, memorizándolo todo.

Finalmente, la realidad se impuso: las ventanas empañadas, el tenue eco de unos pasos en algún lugar del garaje, el estado absoluto de su ropa. Maggie estiró la mano, volvió a abotonarse, intentó alisar el pelo de Evie, y esta se rió, una nota brillante en la penumbra.

—Parece que acabas de correr un maratón —dijo ella.

—Eso es porque lo he hecho —respondió Maggie con voz ronca —. Ahora sal de aquí antes de que te arrastre al asiento de atrás y termine lo que empecé.

Evie sonrió con sorna: —Vaya, realmente estás desatada esta noche, me gusta.

—Empiezo a sentirme más como yo misma de nuevo. Sube a tu coche —gritó por encima del hombro—. Sígueme a casa. Te necesito.

Maggie la vio desaparecer en la oscuridad, con el corazón todavía martilleando en su pecho.

Arrancó el motor, con las manos temblando mientras agarraba el volante, y cuando salió a la calle, mantuvo los ojos pegados a las

luces traseras del coche de delante, como si perder a Evie de vista aunque fuera por un segundo fuera demasiado difícil de soportar.

Condujeron por separado a través de la noche de Los Ángeles, Maggie observando las luces traseras de Evie durante todo el camino, con la expectación creciendo a cada kilómetro.



La semana posterior a la fiesta de Navidad, todo cambió.

Empezó con un susto un miércoles por la mañana.

Maggie estaba revisando historiales en un pasillo tranquilo cerca del ala administrativa, con la tableta equilibrada en un brazo mientras tomaba notas con la otra mano. El cambio de turno de primera hora de la mañana significaba que la mayoría de la gente estaba en reuniones o ya pasando consulta; ese pasillo solía estar vacío a las 6:45 de la mañana.

Solía estarlo.

—Doctora Laurel.

Maggie levantó la vista y se encontró con Evie caminando hacia ella, con la bata blanca impecable y el estetoscopio al cuello, pareciendo en todo momento la médica competente que era.

Estaban solas.

Completamente solas.

Maggie sintió que su cuerpo respondía antes de que su cerebro pudiera reaccionar; la atracción hacia Evie era tan magnética como siempre, más fuerte por haber sido negada.

—Doctora Brooks —dijo Maggie, manteniendo la voz neutral a pesar de que su pulso se aceleró.

Evie se detuvo a un metro. Distancia profesional. Distancia apropiada.

Pero sus ojos decían todo lo que su cuerpo no podía.

—Estaba buscando el expediente de Martínez —dijo Evie—. La doctora Patel pensó que podría estar en el archivo auxiliar de aquí abajo.

—No está —dijo Maggie—. Ese archivo se trasladó a la tercera planta el mes pasado.

—Ah. —Evie no se movió—. Gracias.

Ninguna de las dos se fue.

El silencio se prolongó, cargado de todo lo que no podían decir, no podían hacer, no podían tener en ese pasillo donde cualquiera podía aparecer en cualquier momento.

Maggie apretó los dedos sobre su tableta. —Deberías...

—Lo sé. Estás tan guapa —dijo Evie.

Pero dio un paso hacia ella en lugar de alejarse.

Luego otro.

Hasta que apenas las separaba un palmo, lo suficientemente cerca para que Maggie pudiera ver el pulso saltando en la garganta de Evie, pudiera oler el café en su aliento, pudiera sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Esto es peligroso. Puedo oler tu crema de manos. Eso significa que estás demasiado cerca y podría perder todo el autocontrol —dijo Maggie en voz baja.

—Lo sé —repitió Evie. Levantó la mano y sus dedos rozaron los de Maggie donde estos agarraban la tableta. Solo el toque más leve. Apenas un contacto.

Se sintió como un rayo.

—Evie...

El sonido de unos pasos resonó al doblar la esquina.

Se separaron al instante, profesionalmente; Maggie volvió a su tableta mientras Evie hacía como que miraba algo en su teléfono. Para cuando Morrison dobló la esquina, eran dos doctoras que casualmente ocupaban el mismo pasillo, nada más.

Pero Morrison entrecerró los ojos, desviando la mirada entre ellas, claramente intentando encajar lo que casi había interrumpido.

—Doctora Laurel. Doctora Brooks. —Su voz era cuidadosamente neutral, pero Maggie oyó la sospecha subyacente.

—Doctor Morrison —dijo Maggie con frialdad.

—Buenos días —añadió Evie, sin levantar la vista de su teléfono.

Morrison se demoró un instante de más y luego continuó por el pasillo.

En el momento en que desapareció tras la esquina opuesta, Evie soltó un suspiro tembloroso.

—Eso ha estado demasiado cerca —susurró.

—Demasiado cerca, joder —coincidió Maggie, con el corazón todavía palpitando—. No podemos... esto no puede volver a pasar.

—Lo sé. —Evie finalmente la miró, y el anhelo en sus ojos hizo que a Maggie le doliera el pecho—. Pero Maggie, no sé cómo hacer esto durante cuatro meses más. No sé cómo estar así de cerca de ti y no...

Se interrumpió a sí misma, tensando la mandíbula.

—Lo sé. Créeme, lo sé —dijo Maggie.

Se quedaron allí otro momento, con el peso de lo imposible presionándolas a ambas.

Entonces Evie se dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra más, desapareciendo por la misma esquina que había tomado Morrison.

Maggie se quedó en el pasillo un minuto entero después de que ella se fuera, mirando a la nada, sintiendo que el cuidadoso control que había mantenido durante semanas empezaba a agrietarse.

Esa tarde, cuando Evie llegó a casa, estaba callada.

No enfadada. No distante.

Simplemente... derrotada.

Maggie tenía la cena lista —nada lujoso, solo pasta y ensalada—, pero Evie apenas la tocó. Empujó la comida por el plato, respondiendo a los intentos de conversación de Maggie con monosílabos, con la mente claramente en otra parte.

Tras veinte minutos de silencio tenso, Maggie soltó el tenedor.

—Habla conmigo —dijo.

Evie levantó la vista y algo se rompió en su expresión. —No puedo seguir haciendo esto.

A Maggie se le encogió el estómago. —¿Hacer qué?

—Esto. —Evie señaló el espacio entre ellas—. El escondite. La distancia profesional. Verte en el hospital y tener que fingir que eres una adjunta más. Pasar por tu lado en los pasillos y no poder tocarte. Esta mañana... —se le quebró la voz—. Esta mañana quería besarte tanto que pensé que me iba a morir. Y de repente aparece

Morrison y tengo que quedarme ahí parada y actuar como si no fueras nada para mí.

—Evie...

—Cuatro meses más, Maggie. Ciento veinte días de esto. Y no sé... —se presionó las palmas de las manos contra los ojos—. No sé si podré sobrevivir a ello.

Maggie rodeó la mesa y se arrodilló junto a la silla de Evie, tomándole las manos. —¿Qué estás diciendo?

Evie la miró, y Maggie vio las lágrimas rodando por sus mejillas. —No lo sé. Quizá una de las dos debería pedir el traslado. Quizá deberíamos... simplemente acabar con la espera. Tomar el control de esto en lugar de dejar que el comité nos controle a nosotras.

—¿Quieres dejar Oakridge? —preguntó Maggie con cautela.

—No quiero nada más que estar contigo —dijo Evie—. De verdad contigo. No esto a medias y a escondidas que estamos haciendo, donde fingimos ser extrañas cuarenta horas a la semana y luego venimos a casa y fingimos que todo va bien.

—No todo va bien —dijo Maggie.

—No —asintió Evie—. No va bien. Quiero a la Maggie real. Solo la veo por ráfagas, pero esta presión te está hundiendo y te está cerrando.

Se miraron, con la verdad pesando entre ambas.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Evie.

La mente de Maggie repasó opciones, contingencias, cada resultado posible. Sus viejos patrones le gritaban que arreglara esto, que lo gestionara, que encontrara la solución perfecta que las protegiera a ambas.

Pero no existía una solución perfecta.

Solo existía el elegir.

—No lo sé —admitió Maggie—. Pero lo descubriré. Lo descubriremos juntas.

—¿Ah, sí? —la voz de Evie era pequeña, incierta, de una forma que hizo que el corazón de Maggie se partiera—. ¿O seguiremos sufriendo en silencio hasta que una de las dos se rompa?

Maggie la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos. Evie se desplomó contra ella, sollozando en su hombro, liberando finalmente

meses de tensión.

—Estoy tan cansada —susurró Evie—. Te quiero y estoy tan sumamente cansada.

—Lo sé —dijo Maggie, estrechándola más fuerte—. Lo sé, cariño. Yo también estoy cansada.

Se quedaron así durante mucho tiempo: Evie llorando, Maggie sosteniéndola, ambas sintiendo el peso de una elección que no sabían cómo tomar.

Cuando Evie finalmente se separó, con los ojos rojos y el rostro abotargado, se la veía agotada.

—Me voy a la cama —dijo en voz baja.

—Vale —dijo Maggie.

—¿Vienes?

—En un rato. Necesito... pensar.

Evie asintió y la dejó sola en la cocina.

Maggie se quedó allí sentada en silencio, contemplando su cena a medio comer, sintiendo cómo la cuidadosa vida que habían construido se tambaleaba al borde del colapso.

Su teléfono estaba sobre la encimera, oscuro y acusador.

Podría llamar a la doctora Kim. Pedir una sesión de emergencia. Buscar orientación sobre cómo navegar esta crisis.

Pero en el fondo, Maggie ya sabía lo que diría Kim.

¿Qué es lo que más temes perder?

¿Y qué estás perdiendo ahora mismo por intentar aferrarte?

Maggie cogió su teléfono y abrió su correo electrónico. Retrocedió seis meses hasta un mensaje que había archivado pero nunca borrado.

De: Jennifer Rodriguez, Selección de Personal Médico, Centro Médico Cedars-Sinai Asunto: Seguimiento - Puesto de Médico Adjunto

Doctora Laurel,

Quería ponerme en contacto con usted una vez más con respecto al puesto de médico adjunto que comentamos a principios de este año. Seguimos muy interesados en que regrese al Cedars-Sinai. Su experiencia en medicina interna y su trayectoria hablan por sí mismas.

Entiendo que tuviera reticencias sobre su regreso dadas las circunstancias pasadas. Quiero asegurarle que la administración ha pasado página por completo con respecto a aquella situación. Su investigación anterior se cerró con una exoneración total y no vemos motivo alguno por el que deba afectar a un posible regreso.

Si está interesada, el puesto sigue vacante. Estaríamos encantados de discutir con usted las condiciones, el horario y cualquier otra consideración que haga que este sea el lugar adecuado.

Por favor, hágame saber si desea que concertemos una conversación.

Atentamente, Jennifer Rodriguez

Maggie se quedó mirando el correo electrónico durante mucho tiempo.

Entonces pulsó responder.

Jennifer,

¿Sigue disponible el puesto?

Dra. Maggie Laurel

Le dio a enviar antes de que pudiera arrepentirse.

La respuesta llegó quince minutos después.

Doctora Laurel,

¡Sí! Absolutamente. ¿Está considerando un cambio? Me encantaría que concertáramos una llamada. ¿Cuándo le vendría bien?

Jennifer

Las manos de Maggie temblaban mientras escribía.

¿Mañana por la mañana? ¿A las 8?

Perfecto. Le enviaré una invitación de calendario.

Maggie dejó el móvil y lo miró fijamente como si fuera a explotar.

Acababa de dar el primer paso para dejar Oakridge.

Para dejar todo lo que había reconstruido durante cinco años.

Para elegir a Evie por encima de la seguridad.

La puerta del dormitorio seguía cerrada. Evie estaba ahí dentro, probablemente llorando hasta quedarse dormida, creyendo que estaban atrapadas en esta situación imposible durante cuatro meses más.

Maggie se levantó, apagó la luz de la cocina y caminó por el pasillo.

Se detuvo ante la puerta del dormitorio, con la mano en el pomo.

Desde dentro, podía oír el llanto de Evie: sollozos silenciosos, amortiguados, que intentaba ocultar incluso ahora.

Maggie tenía dos opciones.

Podía darle espacio a Evie. Dejar que lo procesara sola. Gestionarlo desde la distancia como siempre había hecho.

O podía elegir la presencia por encima del control.

Abrió la puerta.

Evie estaba acurrucada de lado, de espaldas a la puerta, con los hombros temblando. No se giró cuando Maggie entró.

Maggie se metió en la cama detrás de ella, rodeando su cuerpo con los brazos y atrayéndola hacia sí.

Evie se giró entre sus brazos, hundiendo el rostro en el cuello de Maggie. —Lo siento. No debería haber dicho todo eso. Es que yo...

—Has sido sincera —la interrumpió Maggie—. Y tenías razón. Esto es insostenible.

—Pero acordamos que...

—Sé lo que acordamos. Pero eso fue antes de ver cuánto te está costando esto. Cuánto nos está costando a las dos. —Maggie le acarició el pelo—. Así que vamos a buscar otra solución.

—¿Como qué? —preguntó Evie.

—Aún no lo sé —admitió Maggie—. Pero te lo prometo: no vamos a seguir así cuatro meses más. No permitiré que nuestra relación se rompa solo porque me daba demasiado miedo cambiar el plan.

Evie se apartó un poco para mirarla. —¿Qué estás diciendo?

—Digo que confíes en mí —dijo Maggie—. ¿Puedes hacerlo?

Evie estudió su rostro bajo la tenue luz que llegaba del pasillo. —Tienes una idea.

—Tal vez —dijo Maggie con cautela—. Pero primero necesito concretar algunas cosas. Antes de decir nada definitivo.

—Maggie...

—Confía en mí —repitió Maggie—. Por favor.

Evie asintió lentamente. —Vale.

Se quedaron allí tumbadas, con la respiración de Evie estabilizándose poco a poco y las lágrimas cesando. Maggie la estrechó contra sí y se quedó mirando al techo, con la mente acelerada, llena de posibilidades y temores a partes iguales.

Mañana por la mañana tenía una llamada telefónica.

Y si salía como ella esperaba, estaba a punto de poner su vida patas arriba.

Por segunda vez.

Por amor.



Maggie se despertó a las cinco de la mañana, con cuidado de no molestar a Evie.

Preparó café en la cocina a oscuras y luego se llevó el portátil al salón. La invitación de calendario de Jennifer Rodriguez estaba en su bandeja de entrada como una pequeña bomba esperando a detonar.

Entrevista telefónica - Puesto de adjunta en el Cedars-Sinai 8:00 - 8:30

Maggie abrió un documento nuevo y empezó a escribir.

Razones para quedarse en Oakridge:

- *Reputación reconstruida a lo largo de los años*
- *Respeto de los colegas*
- *Departamento excelente*
- *Sistemas familiares*
- *Relaciones de mentoría establecidas*
- *Trayectoria demostrada*

Se quedó mirando la lista y luego la borró.

Empezó de cero.

Razones para irse:

- *Evie*
- *Evie*
- *Evie*
- *Evie*
- *Evie*

Cerró el portátil.

La verdad era así de sencilla y así de complicada.

A las 7:45, Evie salió del dormitorio, ya vestida con el uniforme.

—Te has levantado pronto —dijo, mirando la cafetera.

—No podía dormir —admitió Maggie.

Evie se sirvió café, apoyándose en la encimera. —¿Estás bien?

—Pregúntame esta noche —respondió Maggie.

—Qué críptica.

—Lo sé. Lo siento. —Maggie se levantó y se acercó a ella—. Solo... ¿confías en mí un poco más?

Evie la estudió. —Estás tramando algo.

—Tal vez.

—Algo grande.

—Es posible.

—¿Vas a decirme qué es?

—Cuando sepa si es posible —dijo Maggie—. No quiero prometer algo que no pueda cumplir. Solo dame un poco de tiempo, ¿vale?

Evie dejó el café y cogió las manos de Maggie entre las suyas. —Sea lo que sea en lo que estés pensando... no hagas nada imprudente. No te sacrifiques por mí.

—¿Y si no es un sacrificio? —preguntó Maggie—. ¿Y si es una elección?

—Maggie...

—Cuatro meses más es demasiado tiempo —dijo Maggie con firmeza—. Tenías razón anoche. Esto nos está destrozando. Y no voy a permitir que ocurra.

Los ojos de Evie se llenaron de lágrimas. —Te quiero. Y estás tan guapa por las mañanas.

—Yo también te quiero —dijo Maggie—. Ahora vete a trabajar, Missy. Tengo una reunión.

—¿A las ocho de la mañana?

—Una llamada telefónica —corrigió Maggie—. Te lo contaré todo esta noche.

Evie la besó —un beso largo, profundo y desesperado— y luego se apartó.

—Esta noche —dijo.

—Esta noche —prometió Maggie.

Después de que Evie se marchara, Maggie se sentó en el sofá con el móvil, viendo pasar los minutos hasta las ocho.

Exactamente a las ocho en punto, el teléfono sonó.

Respondió al segundo tono.

—Doctora Laurel, soy Jennifer Rodriguez. Muchas gracias por dedicarnos un tiempo esta mañana.

—Faltaría más —dijo Maggie, sorprendida de lo firme que sonaba su voz.

—Debo decir que me ha encantado recibir su correo. Teníamos la esperanza de que reconsiderara su decisión. ¿Puedo preguntar qué ha cambiado?

Maggie miró alrededor de su apartamento: la chaqueta de Evie en la silla, su taza de café en el fregadero, su presencia entrelazada en cada rincón.

—Circunstancias vitales —dijo Maggie—. Estoy lista para un cambio.

Hablaron durante cuarenta y cinco minutos.

Sobre el puesto: médica adjunta, medicina interna, carga de pacientes similar a la que tenía en Oakridge, pero con más responsabilidades docentes.

Sobre el horario: flexible, con opciones para dedicar tiempo a la investigación si le interesaba.

Sobre el pasado: Jennifer fue directa. —La administración es plenamente consciente de su situación anterior y del resultado de aquella investigación. Está cerrado. Terminado. Si vuelve, lo hace con el expediente limpio.

Sobre el futuro: ¿cuándo podría empezar?, ¿cuáles serían sus prioridades?, ¿qué tipo de apoyo necesitaría?

Y sobre el sueldo.

Maggie casi se atraganta cuando Jennifer nombró la cifra.

—Eso es... significativamente más que en Oakridge —logró decir.

—Usted lo vale —dijo Jennifer con sencillez—. Y la queremos con nosotros. Así que, ¿qué le parece?

Maggie cerró los ojos.

Vio el rostro de Evie anoche: derrotada, agotada, llorando.

Vio el diario de Sarah: *elige vivir.*

Vio los próximos cuatro meses de ocultarse, de fingir, de romperse lentamente bajo el peso de lo imposible.

—Creo —dijo Maggie lentamente— que estoy muy interesada. Pero necesito saber... ¿cuándo necesitarían que empezara?

—¿Cuándo antes podría estar disponible?

—Tendría que dar el preaviso. Dos semanas como mínimo, probablemente más bien cuatro para hacer una transición adecuada con mis pacientes.

—¿Así que a principios de enero?

—El seis de enero —dijo Maggie. La fecha apareció en su mente ya formada, con total certeza.

—Eso encaja perfectamente —dijo Jennifer—. Permítame redactar una carta de oferta y se la envío hoy mismo. Échele un vistazo, dígame si tiene alguna duda y, si todo le parece bien, pondremos en marcha el proceso oficial.

—Gracias —dijo Maggie.

—No, gracias a usted. Bienvenida de nuevo al Cedar-Sinai, doctora Laurel.

Colgaron.

Maggie se quedó sentada en el sofá durante un buen rato, con el móvil en el regazo y el corazón acelerado.

Acababa de aceptar dejar Oakridge.

Acababa de aceptar empezar de cero.

Otra vez.

Por Evie.

Por ellas.

Por vivir en lugar de limitarse a sobrevivir.

La carta de oferta llegó a las dos de la tarde.

Maggie la leyó tres veces, comprobando cada detalle, buscando trampas, señales de alarma o motivos para echarse atrás.

No había ninguno.

Era una oferta buena. Mejor que buena. Una remuneración justa, beneficios excelentes, oportunidades de investigación y responsabilidades docentes que la ilusionaban en lugar de agotarla.

Y lo más importante: sin restricciones. Sin supervisión del comité de ética. Sin una distancia obligatoria de la persona a la que amaba.

Solo medicina.

Y libertad.

A las cuatro de la tarde, firmó la carta y la reenvió.

A las 4:15, sonó su teléfono. Jennifer Rodriguez, confirmando la recepción.

—Bienvenida a bordo —dijo Jennifer—. Oficialmente. El departamento de recursos humanos se pondrá en contacto con usted para su incorporación. Su fecha de inicio queda confirmada para el seis de enero. Enhorabuena, doctora Laurel.

Maggie le dio las gracias y colgó.

Entonces llamó a la doctora Kim.

—Maggie —respondió Kim—. Qué sorpresa. No teníamos cita hasta la semana que viene.

—Lo sé. Lo siento. Pero necesito hablar con alguien antes de hacer esto.

—¿De hacer qué?

—Me voy de Oakridge —dijo Maggie, y decirlo en voz alta lo hizo real de una forma que no lo había sido hasta entonces—. He aceptado un puesto en el Cedar-Sinai. Empiezo el seis de enero.

Silencio al otro lado.

—Diga algo —pidió Maggie.

—Estoy asimilándolo —respondió Kim—. Esto es... trascendental.

—Lo sé.

—¿Por qué?

—Porque Evie y yo no podemos aguantar cuatro meses más —dijo Maggie—. Porque anoche vi cómo se rompía y me di cuenta de que puedo reconstruir mi carrera en cualquier parte. Pero no puedo reconstruirla a ella si dejo que esto nos destruya.

—Así que la estás eligiendo a ella por encima de Oakridge.

—Nos estoy eligiendo a nosotras —corrigió Maggie—. Estoy eligiendo vivir. Como quería Sarah. Como llevas meses diciéndome que haga.

—¿Cómo se siente? —preguntó Kim.

Maggie lo consideró. —Aterrada. Eufórica. Segura e insegura al mismo tiempo.

—Parece la mezcla lógica ante una decisión vital importante —dijo Kim—. ¿Se lo ha dicho a Evie?

—Todavía no. Quería estar segura de que era real primero. Se lo diré esta noche.

—¿Y cómo crees que reaccionará?

—Creo —dijo Maggie lentamente— que intentará convencerme para que no lo haga. Que me dirá que me estoy sacrificando demasiado. Intentará ser noble y abnegada.

—¿Y tú qué le dirás?

—Que no es un sacrificio. Es una elección. Hay una gran diferencia.

Kim se quedó callada un momento. —Maggie, estoy orgullosa de usted.

—¿Ah, sí?

—Estás haciendo exactamente aquello para lo que hemos estado trabajando. Dejar ir el control. Confiar en que eres suficiente sin la armadura de Oakridge. Elegir el amor por encima de la seguridad. —Kim hizo una pausa—. Sarah también estaría orgullosa.

—Eso espero —susurró Maggie.

—Estoy segura de ello —dijo Kim con firmeza—. Ahora vaya a decírselo a Evie. ¿Y Maggie?

—¿Dime?

—Disfruta de esto. Te lo has ganado.



Maggie tenía que hacer una llamada más antes de que Evie llegara a casa.

Marcó el número directo de la doctora Chen, con la secreta esperanza de que saltara el buzón de voz.

Chen respondió al primer tono.

—Maggie, ¿en qué puedo ayudarla?

—Necesito verla mañana —dijo Maggie—. Es importante.

—¿Va todo bien?

—Depende de lo que entiendas por bien —respondió Maggie—. ¿Puedes a las ocho de la mañana? ¿Antes de las rondas?

—Claro. ¿En mi despacho?

—Por favor.

—Allí la veo —dijo Chen, y colgó.

Maggie dejó el teléfono y miró a su alrededor.

En menos de veinticuatro horas, había iniciado un cambio de trabajo, se había entrevistado para dicho cambio y lo había aceptado.

Era lo más impulsivo y menos controlado que había hecho en años.

Y se sentía absolutamente correcto. Volvía a sentirse viva, y sabía que si Sarah pudiera verla desde arriba, estaría sonriendo al ver lo lejos que había llegado.

A las 18:30, la llave de Evie giró en la cerradura.

Maggie estaba en la cocina, fingiendo que preparaba la cena, aunque le temblaban demasiado las manos para hacer nada útil.

—Hola —gritó Evie, soltando el bolso junto a la puerta—. Siento llegar tarde. La doctora Patel ha tenido un... —Se detuvo al ver la cara de Maggie—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada malo —dijo Maggie.

Evie se acercó a ella de inmediato y le puso las manos en los hombros. —Parece que estés a punto de vomitar. ¿Qué ha ocurrido?

—Siéntate —le pidió Maggie.

—Maggie, me estás asustando.

—Por favor. Siéntate un momento.

Evie se sentó a la mesa de la cocina, observando a Maggie con ojos preocupados.

Maggie apagó el fuego —de todos modos, había estado removiendo el aire en una sartén vacía— y se sentó con ella a la mesa.

—Hoy por la mañana he tenido una llamada telefónica —empezó Maggie.

—Ya lo dijiste. ¿Con quién?

—Con el Cedar-Sinai. Con su responsable de selección de personal médico.

Evie frunció el ceño. —¿Por qué?

—Porque le envié un correo anoche. Después de que te fueras a dormir. Preguntándole si un puesto que rechacé hace seis meses seguía disponible.

—Maggie...

—Lo estaba —continuó Maggie—. Así que hablamos. Me hicieron una oferta. La he aceptado. Dejo Oakridge. Empiezo en el Cedar-Sinai el seis de enero.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellas.

Evie la miró fijamente, con la boca abierta, intentando procesar lo que acababa de oír.

—¿Tú... qué?

—Me voy de Oakridge —repitió Maggie—. Con efecto a finales de diciembre. Mañana por la mañana daré el preaviso de cuatro semanas. El seis de enero, empezaré de cero en el Cedar-Sinai. Sin restricciones. Sin comité de ética. Sin tener que escondernos.

—No puedes hacerlo. ¿Estás loca? ¿Pero qué narices...? —soltó Evie de inmediato—. Maggie, no puedes dejar Oakridge por mí. Tu reputación, tu carrera...

—Estarán bien —la interrumpió Maggie—. Mejor que bien. En el Cedar-Sinai me quieren allí. Me pagan más que en Oakridge. Me dan oportunidades de investigación. Y no les importa lo que pasó con Rebecca porque aquella investigación me exculpó. Evie, no puedo quedarme esperando. Te quiero. Voy a dejar atrás Oakridge para vivir por fin mi propia vida, y eso significa elegirte a ti.

—Pero tú amas Oakridge...

—Te amo más a *ti* —dijo Maggie con sencillez.

Evie se levantó bruscamente y caminó hacia la ventana. —Esto es demasiado. Estás tirando a la basura todo lo que has construido...

—Estoy eligiendo algo distinto —corrigió Maggie, levantándose también—. Hay una diferencia, Evie. No estoy huyendo. Estoy corriendo hacia algo. Hacia ti. Hacia nosotras. Hacia una vida en la que no tengamos que escondernos, ni fingir, ni esperar cuatro meses más para estar juntas.

—¿Y si te arrepientes? —La voz de Evie se quebró—. ¿Y si dentro de seis meses me guardas rencor por obligarte a irte?

Maggie se acercó a ella y le tomó el rostro entre las manos. —Tú no me has obligado a nada. Yo he elegido esto. Anoche vi cómo te rompías. Te oí llorar hasta que te quedaste dormida. Y me di cuenta de que puedo reconstruir mi carrera en cualquier parte. Ya lo he hecho antes. Pero no puedo reconstruir lo nuestro si dejo que esta distancia destruya lo que tenemos.

Las lágrimas rodaron por el rostro de Evie. —Vas en serio. De verdad vas a hacerlo.

—Ya lo he hecho —dijo Maggie con suavidad—. La carta de oferta está firmada. La fecha de inicio está confirmada. Mañana se lo diré a la doctora Chen. Esto va a pasar.

—Maggie...

—Sarah quería que eligiera vivir —dijo Maggie—. Escribió sobre ello en sus diarios. Una y otra vez. *Elige vivir. Elige amar. Elige la presencia sobre el control.* Y por fin lo estoy haciendo. Te estoy eligiendo a ti. Nos estoy eligiendo a nosotras. Estoy eligiendo una vida en la que pueda estar a tu lado en el hospital sin tener que fingir que no eres nada para mí.

Evie se derrumbó contra ella, sollozando.

Maggie la estrechó, dejando que se desahogara, comprendiendo que eran lágrimas de alivio, miedo y una emoción abrumadora, todo mezclado.

—¿Estás segura? —preguntó Evie finalmente, con la voz amortiguada contra el hombro de Maggie.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —dijo Maggie.

—¿Y qué hay de la Navidad? Se supone que íbamos a Sacramento...

—Seguimos yendo —dijo Maggie—. Y ahora, cuando tu madre me pregunte cuándo podrá conocerme oficialmente, podré decirle que en enero. Sin más restricciones. Sin escondernos más. Solo nosotras.

Evie se apartó para mirar a Maggie a los ojos. —¿De verdad estás bien con esto? ¿Empezar de cero en un hospital nuevo?

—Estoy más que bien —dijo Maggie con sinceridad—. Estoy ilusionada. Volver al Cedar-Sinai se siente como... cerrar una etapa. Cerrar el círculo. Me fui de allí bajo sospecha, aunque me exculparan. Volver bajo mis propios términos, por elección propia y por los motivos correctos... eso se siente como una redención.

—¿Y si la gente de Oakridge habla? ¿Si dicen que te has ido por mi culpa?

—Que lo digan —respondió Maggie—. Será verdad. Me he ido por ti. Porque amarte importa más que lo que la gente piense sobre por qué me fui.

Entonces Evie la besó, con desesperación, gratitud e incredulidad, todo a la vez.

Cuando se separaron, Evie sonreía a través de las lágrimas.

—No puedo creer que hayas hecho esto —dijo.

—Créetelo —respondió Maggie—. Ahora estás atrapada conmigo. A tiempo completo. Se acabó eso de tener una novia a tiempo parcial que tiene que fingir que no te conoce en el trabajo.

—¿Cuándo se lo diremos a la gente?

—Mañana se lo diré a la doctora Chen —dijo Maggie—. Luego ella se lo dirá a Recursos Humanos, y ellos harán un anuncio. Después de eso, será de dominio público. Podremos decírselo a quien queramos y como queramos.

—Tus residentes se van a quedar destrozados —dijo Evie.

—Sobrevivirán —respondió Maggie—. Y quizá sea bueno para ellos. Aprender que a veces las mejores doctoras eligen vivir antes que el prestigio.

Pasaron la tarde en el sofá; Evie hacía preguntas —sobre el puesto, el sueldo, la fecha de inicio, cómo funcionaría la transición— y Maggie respondía a cada una, sintiéndose más segura con cada palabra.

Más tarde, en la cama, Evie trazaba dibujos sobre la piel de Maggie en la oscuridad.

—Gracias —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Por elegirme. Por ser lo bastante valiente para hacer esto. Por enseñarme qué aspecto tiene el amor cuando alguien deja de tener

miedo.

Se durmieron abrazadas, se les había quitado el peso de cuatro meses más encima, reemplazado por la promesa de un futuro que no requería esconderse.



A la mañana siguiente, Maggie llamó a la puerta de la doctora Chen exactamente a las 8 de la mañana.

—Adelante —llamó Chen.

Maggie entró y encontró a la jefa de Medicina ya en su escritorio, café en mano y con las gafas de leer en la punta de la nariz.

—Maggie. Buenos días. Siéntate.

Maggie se sentó con las manos entrelazadas en el regazo, tratando de proyectar una calma que no sentía del todo.

—Y bien —dijo Chen, quitándose las gafas—. ¿De qué se trata?

Maggie tomó aire.

—Iré al grano. Dimito —dijo—. Con efecto a partir del 31 de diciembre. He aceptado un puesto en el Centro Médico Cedar-Sinai para empezar el seis de enero.

La expresión de Chen no cambió, pero Maggie vio un destello de sorpresa en sus ojos.

—Ah, vaya, ya veo —dijo Chen con cautela—. Esto es... inesperado.

—Lo sé.

—¿Puedo preguntar por qué?

Maggie sostuvo su mirada con firmeza. —Porque elijo vivir en lugar de sobrevivir. Porque mi mujer murió hace seis años pidiéndome que hiciera exactamente esto: que corriera riesgos, que eligiera el amor, que dejara de controlar cada variable. Porque la doctora Brooks y yo no podemos aguantar cuatro meses más bajo esta restricción sin que destruya lo que tenemos. Y porque hay cosas que importan más que la seguridad. Ya no puedo vivir así. No puedo estar restringida.

Chen se quedó en silencio un largo rato.

—Cedar-Sinai —dijo finalmente—. Eso es... poético.

—Se cierra el círculo —asintió Maggie.

—Allí te destruyeron. ¿Lo has olvidado?

—No —corrigió Maggie con suavidad—. Rebecca intentó destruirme allí. El Cedar-Sinai llevó a cabo una investigación justa y me exoneró. Y ahora quieren que vuelva. Eso se siente como una redención, no como una destrucción.

Chen se reclinó en su silla. —Has pasado cinco años reconstruyéndote aquí. Entablando relaciones. Estableciéndote. Recuperando el respeto.

—Lo sé —dijo Maggie—. Y volveré a construir en el Cedar-Sinai. Ya lo he hecho antes. Puedo hacerlo de nuevo.

—¿Y la doctora Brooks? ¿Se queda en Oakridge?

—Por ahora —dijo Maggie—. Le quedan meses de residencia. Terminará aquí, se valdrá por sí misma. Luego, si más adelante quiere trasladarse al programa del Cedar-Sinai, será su elección. Pero no es por eso por lo que me voy. Me voy porque ya no puedo seguir así: manteniendo esta distancia, fingiendo que no es nada para mí, viéndola desmoronarse bajo el peso de tener que esconderse.

Chen asintió despacio. —No puedo fingir que no estoy decepcionada. Eres una médico excelente. El departamento sentirá tu ausencia.

—Gracias —dijo Maggie—. Significa mucho para mí.

—Pero —continuó Chen—, tampoco puedo fingir que no lo entiendo. Por lo que habéis pasado tú y la doctora Brooks estos últimos meses... la mayoría de la gente no habría sobrevivido con su relación intacta. El hecho de que estés dispuesta a tomar esta decisión dice algo sobre tus prioridades.

—Así es —concordó Maggie—. Y por fin me parece bien.

Chen se levantó, tendiéndole la mano. —Entonces te deseo lo mejor. El Cedar-Sinai tiene suerte de tenerte. Y por lo que vale... creo que estás tomando la decisión correcta. Esto requiere más valor que quedarse.

Maggie le estrechó la mano, sintiendo que la emoción le cerraba la garganta. —Gracias. Por todo. Por darme una oportunidad hace

cinco años. Por no haberme despedido cuando pudo haberlo hecho. Por entenderlo.

—Ve a ser feliz —dijo Chen—. Te lo mereces. No creo haberte visto sonreír tanto nunca.

Y así, Maggie salió del despacho de Chen sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en años.



Llegó el 24 de diciembre: el momento de conducir hasta Sacramento para Navidad.

Hicieron el equipaje en el coche de Maggie juntas, discutiendo con buen humor sobre si Evie había hecho una maleta demasiado grande (lo había hecho) y si Maggie necesitaba llevar su portátil (no lo necesitaba).

—¿Lista? —preguntó Evie mientras estaban junto al coche, con las maletas cargadas.

—Lista —confirmó Maggie.

El viaje a Sacramento duró seis horas.

Cantaron música pop malísima. Pararon en gasolineras para tomar café e ir al baño. Se cogieron de la mano por encima de la consola central. Hablaron de todo y de nada.

A mitad de camino, Evie dijo: —¿Estás nerviosa? ¿Por conocer a toda mi familia? No te preocupes, ya te quieren.

—Inquieta —admitió Maggie—. Pero en el buen sentido.

—No tienes por qué estar inquieta. Solo quieren que yo sea feliz, y diría que eso ya lo has cumplido.

—Eso espero.

—Mi madre ya te adora —dijo Evie.

Maggie sonrió. —Tu madre parece maravillosa.

—Lo es. Un poco agobiante a veces. Pero maravillosa.

Llegaron a casa de Rosa poco después de las 6 de la tarde.

La casa ya rebosaba ruido: niños corriendo, adultos riendo y el olor a comida llenando el aire.

Rosa abrió la puerta antes incluso de que llamaran.

—¡Por fin! —exclamó, estrechando a Maggie en un abrazo antes de que esta pudiera presentarse—. ¡Estaba deseando conocerte!

—Mamá, déjala respirar —dijo Evie, riendo.

—¡Es que estoy emocionada! —Rosa se volvió hacia Maggie, con las manos en sus hombros, estudiando su rostro—. Evie me ha hablado mucho de ti.

—Cosas buenas, espero —dijo Maggie.

—Casi todas —bromeó Rosa—. Entra, entra. Están todos aquí.

Dentro reinaba el caos de la mejor manera posible.

Los tres hermanos menores de Evie las rodearon de inmediato: Maya, Carlos y Sofía. Luego aparecieron primos. Tías. Un tío. Niños cuyos nombres Maggie no llegó a pillar pero que parecían entusiasmados de tener nuevos adultos a los que enseñarles sus juguetes.

Maggie los conoció a todos, estrechó manos, aceptó abrazos, intentó desesperadamente recordar los nombres y fracasó en los primeros diez minutos.

Pero eran afectuosos. Acogedores. Cuando Evie la presentó como —mi novia Maggie—, nadie se inmutó.

Maya se limitó a sonreír y dijo: —Lo sabía. Les dije a todos que era en serio.

La cena fue ruidosa y caótica, todos hablando a la vez, pasándose fuentes, discutiendo con buen humor sobre todo, desde política hasta si los tamales debían estar o no en el menú de Navidad.

Maggie se sentó junto a Evie, con los muslos pegados bajo la mesa, y sintió algo que no había sentido en años.

Pertenencia.

Después de cenar, Rosa se llevó a Maggie a un lado mientras fregaban los platos.

—¿Podemos hablar? —preguntó Rosa—. ¿Solo un minuto?

—Claro —dijo Maggie.

Salieron al patio trasero, lejos del ruido.

Rosa la estudió bajo la tenue luz del porche. —Tienes algo en mente. Se te nota.

Maggie sonrió a su pesar. —¿Tan evidente es?

—Solo si has conocido el amor —dijo Rosa—. ¿Qué estás planeando?

—Estoy a punto de cambiarlo todo —dijo Maggie.

—¿Cosas buenas o cosas que dan miedo?

—Ambas.

La expresión de Rosa se suavizó. —¿Involucra que mi hija sea feliz?

—Ese es el objetivo —dijo Maggie.

—Entonces ya estoy de tu lado —dijo Rosa—. Pero veo que llevas una carga pesada. ¿Quieres hablar de ello?

Maggie dudó, pero entonces decidió: qué más da. Si iba a formar parte de esta familia, más valía ser sincera.

—Voy a dejar mi trabajo —dijo—. En Oakridge. Dimití hace dos semanas. Empiezo en un nuevo hospital en enero.

Rosa enarcó las cejas. —¿Por Evie?

—Por nosotras —corrigió Maggie—. Porque el hospital nos tenía bajo restricciones. No podíamos trabajar juntas. No podíamos hacer pública nuestra relación. Teníamos que escondernos seis meses más. Y me di cuenta de que no quiero esconderme más. No quiero esperar. Quiero vivir.

—¿Evie sabe esto?

—Sí. Se lo dije la noche que lo decidí. Intentó convencerme de que no lo hiciera. —Maggie sonrió—. Me dijo que estaba sacrificando demasiado. Pero no me estoy sacrificando. Estoy eligiendo.

Rosa guardó silencio un momento y luego volvió a abrazar a Maggie.

—Gracias —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Por querer a mi hija lo suficiente para ser valiente. Por enseñarle qué aspecto tiene cuando alguien la elige por completo. —Rosa se apartó, con los ojos brillantes—. Eres buena para ella. Lo veo. Y me alegro de que te haya encontrado.

A Maggie se le hizo un nudo en la garganta. —Yo también me alegro de haberla encontrado. Ella es... lo es todo.

—Lo sé —dijo Rosa—. Una madre lo sabe. Ahora vuelve adentro. Hace frío aquí fuera. Y creo que Sofía quiere enseñarte su

coreografía de baile.

Regresaron al caos y Maggie fue reclamada de inmediato por una niña de seis años con energía inagotable y opiniones muy firmes sobre el ballet.

Más tarde, en la habitación de invitados que Rosa les había asignado, Evie susurró: —Mi madre te ha acorralado.

—Lo ha hecho —confirmó Maggie.

—¿De qué habéis hablado?

—Lo descubrirás mañana —dijo Maggie misteriosamente.

—Uf, eres lo peor —dijo Evie, pero estaba sonriendo.

Se durmieron entrelazadas, con los sonidos de la familia todavía audibles a través de las paredes, sintiendo ambas que habían encontrado algo que no sabían que les faltaba.



La mañana de Navidad llegó con estruendo.

Los niños despertaron a todos a las 6 de la mañana, gritando algo sobre Papá Noel. Los adultos entraron tambaleándose en el salón con café, el pelo revuelto y los ojos pesados de sueño.

Pero la alegría era contagiosa. Una alegría que Maggie había olvidado que existía.

Rosa orquestó el intercambio de regalos con eficiencia: del más joven al más mayor, todos tenían su turno, no se abría nada hasta que se decía tu nombre.

Evie le regaló a Maggie un diario de cuero, con una dedicatoria en la primera página: *—Para los nuevos comienzos. Con amor, E.*

A Maggie le temblaron las manos al sostenerlo.

—He pensado —dijo Evie suavemente— que quizá ahora podrías escribir tu propia historia. No solo leer la de Sarah.

Maggie tuvo que dejarlo antes de empezar a llorar delante de toda la familia de Evie.

—Tu turno —dijo Rosa, señalando a Maggie.

A Maggie le martilleaba el corazón mientras sacaba la pequeña caja envuelta de su bolso.

Se la entregó a Evie.

Evie la desenvolvió con cuidado, revelando una cajita de terciopelo.

La abrió.

Dentro había una llave.

Evie levantó la vista, confundida. —¿Una llave?

—De nuestro apartamento —dijo Maggie, consciente de que toda la familia se había quedado en silencio, observando—. Añadí tu nombre al contrato de alquiler la semana pasada. Oficialmente. Ya no es solo mi casa. Es la nuestra.

A Evie se le llenaron los ojos de lágrimas. —Maggie...

—Te quiero demasiado como para fingir que tenemos un acuerdo informal. Por culpa de Oakridge, hemos tenido que fingir que no nos importamos, y ya he terminado de fingir —dijo Maggie con sencillez.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Rosa se llevó las manos a la boca.

Maya emitió un sonido parecido a un chillido.

—Estoy cansada de sobrevivir —continuó Maggie, con voz más firme ahora—. Quiero vivir. Mi mujer Sarah —que murió hace seis años— quería que yo viviera. Escribió sobre ello en sus diarios. Una y otra vez. *Elige vivir. Elige el amor. Elige la presencia antes que el control.* Y por fin lo estoy haciendo. Te elijo a ti. Nos elijo a nosotras.

Evie estaba llorando ahora, con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Sé que temes que deje Oakridge por ti, pero no es por ti..., es por nosotras —corrigió Maggie—. Para que no tengamos que escondernos. Para que pueda estar a tu lado en el hospital, cogerte de la mano y decirle a cualquiera que pregunte que eres mía. Para que podamos construir una vida que no requiera ir contando los días ni mantener las distancias ni fingir que somos desconocidas.

Evie se lanzó a los brazos de Maggie, besándola desesperadamente delante de toda su familia.

La habitación estalló en vítores.

Rosa lloraba. Maya chillaba: —¡OS DIJE QUE ERA ROMÁNTICO! Los niños estaban confundidos pero entusiasmados por toda aquella

emoción adulta. Carlos aplaudió. Sofía soltó un silbido de admiración.

Cuando Evie por fin se apartó, acunó el rostro de Maggie con ambas manos.

—¿Estás absolutamente segura? —preguntó.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —dijo Maggie —. Lo vales todo.

—No puedo creer que hayas hecho esto —susurró Evie.

—Créetelo —respondió Maggie—. Ahora estás atrapada conmigo.

La familia las rodeó: abrazos, felicitaciones y un millón de preguntas sobre el Cedar-Sinai, cuándo se mudarían y si Evie también se trasladaría allí con el tiempo.

Rosa apartó a Maggie, con lágrimas en la cara.

—Eso ha sido algo muy romántico —dijo.

—Solo quería que ella lo supiera —dijo Maggie—. Que merece la pena ser elegida. Que el amor vale el riesgo.

—Ya lo sabe —dijo Rosa—. Créeme. Lo sabe.

El resto de la mañana transcurrió entre celebraciones, preguntas y planes. Lo explicaron todo: la restricción, la investigación, los meses de ocultación. La decisión de Maggie de irse. El nuevo puesto en el Cedar-Sinai.

Maya no dejaba de decir: —Esto es literalmente el argumento de una comedia romántica —hasta que Carlos le tiró un cojín.

Por la tarde, el caos se había transformado en una calidez confortable. Maggie se encontró en la cocina con Rosa, ayudando a preparar la cena mientras Evie estaba fuera con sus hermanos.

—¿Puedo decirte algo? —dijo Rosa en voz baja.

—Por supuesto.

—Cuando Evie se sinceró conmigo, tenía diecisiete años. Estaba asustada. Estaba convencida de que la rechazaría. —Las manos de Rosa se movían con eficiencia, picando verduras—. Le dije entonces lo que te diré a ti ahora: lo único que he querido siempre es que mis hijos sean amados. Amados de verdad. De esa clase de amor que no les hace encogerse, ni esconderse, ni hacerse más pequeños para encajar. De esa clase que dice *lo vales todo*.

Miró directamente a Maggie.

—Tú se lo has dado hoy —continuó Rosa—. Delante de todos. Sin esconderse. Sin condiciones. Simplemente *lo vales todo*. ¿Sabes lo raro que es eso?

A Maggie le escocieron los ojos. —Ella lo vale.

—Lo sé —asintió Rosa—. Y ahora ella sabe que tú lo sabes. Eso importa.



Aquella noche, después de cenar, Evie arrastró a Maggie de nuevo al patio, el mismo sitio donde Rosa la había acorralado la noche anterior.

—Tengo que decir algo —dijo Evie.

—De acuerdo.

—Esta mañana... lo que hiciste... —a Evie se le quebró la voz—. Nadie me había elegido así nunca. No en público. No sin vacilar. Simplemente... por completo.

—Mereces ser elegida por completo —dijo Maggie.

—Ahora lo sé —respondió Evie—. Porque me lo has demostrado. Y, Maggie..., voy a pedir el traslado al Cedars-Sinai. En cuanto termine en Oakridge. No quiero estar en hospitales diferentes. Quiero trabajar contigo. Aprender de ti. Construir algo juntas.

—No tienes por qué decidirlo ahora...

—No lo estoy decidiendo —la interrumpió Evie—. Lo supe desde el segundo en que me dijiste lo que ibas a hacer. Si tú eres lo bastante valiente para dejar Oakridge, yo soy lo bastante valiente para seguirte al Cedars-Sinai.

Maggie la atrajo hacia sí. —De verdad vamos a hacerlo.

—De verdad —confirmó Evie.

Se quedaron allí, bajo el aire fresco de diciembre, abrazadas, sintiendo ambas cómo se desvanecía el peso de lo imposible.

—Dos semanas —dijo Evie—. Dos semanas y empiezas en el Cedar-Sinai.

—Dos semanas y ya no tendremos que escondernos más —corrigió Maggie.

—No puedo esperar —susurró Evie.

—Ni yo.

—Creo que esta es la mejor Navidad de mi vida. No bromeo —rio Evie.

—Creo que es el momento más feliz que he sentido nunca. Me siento mucho más ligera. Me siento viva de nuevo, y todo es porque apareciste en mi vida y me hiciste cuestionarlo todo. No puedo agradecértelo lo suficiente.

—Es porque no tardé mucho en darme cuenta de que te quería, y de que mereces la pena luchar por ti. Mereces el deshielo. Lo mereces todo —respondió Evie antes de besar suavemente los labios de Maggie.

—Yo también te quiero, mucho, y haré cualquier cosa para hacerte feliz —dijo Maggie con la sonrisa más amplia que había sentido en su rostro en muchísimo tiempo.

EPÍLOGO

EPÍLOGO

Seis meses después – Centro Médico Cedars-Sinai

El sol de la mañana atravesaba la bruma de Los Ángeles en nítidas líneas doradas, bañando la cafetería del Cedars-Sinai de una luz cálida que hacía que incluso el café del hospital pareciera casi apetitoso.

Maggie estaba sentada en su mesa de siempre —la de la ventana con vistas al patio— con dos tazas de café mediocre y una paciencia que se había ganado tras seis meses aprendiendo a esperar las cosas buenas.

Miró su reloj. 7:47 de la mañana.

Evie llegaría en tres minutos. Siempre llegaba exactamente cinco minutos tarde a su ritual matutino del café; un patrón de conducta que Maggie había notado tras la primera semana y que decidió no mencionar porque había cosas que valía la pena dejar pasar.

Su teléfono vibró. Y se sorprendió al ver el nombre de su antigua jefa de medicina.

Me han llegado rumores de que le va de maravilla en el Cedars-Sinai. Estoy orgullosa de usted, Maggie. Tomó la decisión correcta.

Maggie sonrió y respondió: *Gracias. Por todo. Espero que las cosas vayan bien en Oakridge.*

Chen: *Nos las apañamos. Aunque he de admitir que su sustituto no tiene precisamente su mano izquierda con los casos difíciles. Ni con los residentes.*

Maggie: *Ya encontrarán su ritmo.*

Chen: *Seguro que sí. Dele recuerdos de mi parte a la doctora Brooks. Me han dicho que está terminando con fuerza.*

Maggie dejó el teléfono, con el pecho invadido por una calidez que se parecía mucho al cierre de una etapa.

Hace seis meses, dejar Oakridge le había parecido como saltar por un precipicio. Ahora le parecía lo más natural que había hecho en su vida.

El Cedars-Sinai la había acogido de nuevo no como la médico que había sobrevivido a una acusación falsa, sino como la doctora Maggie Laurel: una diagnóstica brillante, una profesora excelente, la adjunta que todo el mundo quería en su equipo. Se reconoció el pasado y luego se dejó a un lado. Lo que importaba era la medicina. El trabajo. Las vidas que salvaban.

Y Maggie había prosperado.

Su investigación sobre el manejo de la sepsis en poblaciones ancianas estaba ganando relevancia. Sus evaluaciones de los residentes eran estelares. Dos antiguos colegas de Oakridge se habían puesto en contacto con ella para preguntar por puestos, atraídos por la reputación que estaba reconstruyendo —esta vez bajo sus propias condiciones.

¿Pero lo mejor de todo?

Que cada noche volvía a casa con Evie.

Sin esconderse. Sin contar los días. Sin fingir en los pasillos que la mujer a la que amaba era una residente más.

—Siento llegar tarde.

Maggie levantó la vista y se encontró con Evie sentándose en la silla de enfrente, con la bata blanca un poco arrugada, el pelo recogido en un moño desordenado y los ojos brillantes a pesar de la hora temprana y del turno de treinta horas que acababa de terminar.

—Llegas exactamente a tiempo —dijo Maggie, deslizando el segundo café por la mesa—. Según tus estándares.

Evie sonrió, rodeando la taza con las manos.

—Estás aprendiendo.

—Poco a poco, pero con paso firme.

Se quedaron sentadas en un silencio cómodo durante un momento, mientras el caos matutino del hospital fluía a su alrededor: enfermeras desayunando algo rápido entre turnos, adjuntos revisando historiales, residentes tambaleándose hacia la cafeína con la mirada perdida propia de los perpetuamente agotados.

Esta era la parte favorita del día para Maggie. Esos quince minutos robados antes de su ronda, antes de que el buscapersonas sonara, antes de las decisiones que conllevaban tanto peso. Solo ella y Evie y un café espantoso y la certeza de que habían elegido esto —se habían elegido la una a la otra— y que había valido la pena cada riesgo.

—He recibido un correo electrónico esta mañana —dijo Evie, soltando el vaso—. Del director del programa de residencia del Cedars-Sinai.

A Maggie le dio un vuelco el corazón. —¿Y?

—Me ofrecen una plaza. A partir del uno de julio. Si la quiero. —La voz de Evie era cuidadosamente neutral, pero Maggie podía ver la esperanza subyacente—. Traslado completo de la residencia de medicina interna. Me convalidan todos mis créditos de Oakridge. Solo perdería dos meses.

—Evie, eso es increíble —dijo Maggie, estirando el brazo sobre la mesa para cogerle la mano—. ¿Qué has dicho?

—Dije que primero necesitaba hablar contigo.

—¿Por qué? Es tu decisión.

—Porque nos afecta a las dos —dijo Evie—. Si me traslado aquí, volveremos a estar en el mismo hospital. En servicios diferentes, obviamente. Pero en el mismo edificio. En la misma cafetería. En el mismo aparcamiento. —Hizo una pausa—. No quiero que sientas que te estoy siguiendo. O que la gente piense que...

—Que piensen lo que quieran —la interrumpió Maggie con suavidad—. ¿Quieres el puesto?

—Sí —respondió Evie de inmediato—. Dios, sí. El programa de aquí es increíble. La enseñanza es mejor. La población de pacientes

es más diversa. Y... —Le apretó la mano a Maggie—. Y podría verte. No solo en casa. Sino aquí. En nuestro elemento.

—Entonces acéptalo —dijo Maggie—. Acepta la oferta. Trasládate al Cedars-Sinai. Construye tu carrera aquí.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada —dijo Maggie, repitiendo las palabras que había pronunciado seis meses atrás en Sacramento —. Ya hemos demostrado que podemos mantener los límites profesionales. Ya hemos sobrevivido al escrutinio. Este es solo el siguiente capítulo.

La sonrisa de Evie fue radiante. —Vale. Entonces lo haré. Me traslado.

—¿Cuándo se lo dirás a Oakridge?

—Hoy. Esta tarde. Después de la ronda. —La expresión de Evie se volvió pícara—. Morrison va a perder la cabeza. No ha dejado de preguntar por ti. Quiere saber si eres «feliz» en el Cedars-Sinai. Creo que está intentando pescar algún cotilleo.

—Dile que me va de maravilla —dijo Maggie—. Y que te trasladas aquí porque el programa es mejor. Lo cual es cierto. Ah, y que estás locamente enamorada de mí.

—Todo eso es verdad. —Evie soltó una carcajada.

Maggie sintió un nudo en la garganta. Hace seis meses, le había aterrorizado exactamente esto: mezclar lo profesional y lo personal, arriesgar todo lo que había reconstruido por amor.

Ahora no podía imaginarlo de ninguna otra manera.

—Te quiero —dijo Maggie en voz baja.

—Yo también te quiero —respondió Evie—. Incluso cuando eres irritantemente perfecta y pones nuestros dos cafés en tu cuenta del hospital para que yo nunca pueda pagar.

—Alguien tiene que cuidar de ti.

—Perdona, sé cuidarme solita.

—Lo sé —dijo Maggie—. Pero me gusta hacerlo de todos modos.

Evie bostezó y Maggie recordó que ese era el final de su largo turno y que solo le quedaban unas pocas horas de sueño antes de volver a entrar por la tarde.

—Anda, vete a dormir un poco —dijo Maggie—. ¿Te veo esta noche?

—En nuestra casa. A las diez como muy tarde. —Evie se levantó y luego se inclinó sobre la mesa para besar a Maggie; un beso rápido, dulce y completamente público en medio de la cafetería del Cedars-Sinai.

Algunas cabezas se giraron. Maggie sintió las miradas sobre ellas, sintió el peso de la atención, la curiosidad y probablemente el juicio ajeno.

No le importó.

Le devolvió el beso a Evie y luego la vio desaparecer por las puertas del patio, con la bata blanca ondeando tras ella como una capa.

Maggie se quedó sentada a solas un momento más, terminando su café, sintiendo ese tipo particular de paz que nace de saber que has tomado la decisión correcta.

Su teléfono volvió a vibrar.

Lisa Grant: *¿Comemos la semana que viene? Quiero que me cuentes todo sobre cómo te trata la vida doméstica.*

Maggie: *Me trata muy bien. ¿Te va bien el martes?*

Lisa: *Perfecto. Además, estoy orgullosa de ti. Me muero por que me cuentes cosas de tu nueva vida. Te lo mereces.*

Maggie sonrió y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Recogió sus cosas y se dirigió hacia el ala de medicina interna, lista para la ronda de la mañana, lista para el caos controlado de enseñar, diagnosticar y salvar vidas.

Pero antes, sacó el diario de cuero que Evie le había regalado por Navidad, el que tenía la inscripción: *Para los nuevos comienzos*.

Había estado escribiendo en él cada noche. No sobre medicina o casos o el peso de decisiones imposibles. Simplemente sobre la vida. Sobre Evie. Sobre aprender a elegir vivir en lugar de sobrevivir. Sobre el deseo de Sarah hecho por fin realidad.

Abrió por una página limpia y escribió:

3 de julio

Evie se traslada al Cedars-Sinai. Vamos a trabajar en el mismo hospital otra vez; sin escondernos, sin contar los días, simplemente

construyendo algo real juntas. A Sarah le habría encantado conocerla. Le habría encantado verme así de feliz. Me habría dicho «te lo dije» sobre aquello de soltar lastre y elegir el amor.

Pienso en eso a veces. En cómo el duelo y el amor no son opuestos. En cómo perder a Sarah me enseñó todo lo que necesitaba saber para amar a Evie. En cómo lo más duro que jamás sobreviví se convirtió en lo que me dio el valor suficiente para vivir de verdad.

Hoy me siento agradecida por las segundas oportunidades. Por los hospitales que te permiten empezar de cero. Por las mujeres que no te permiten esconderte. Por el café que sabe fatal pero que resulta perfecto cuando lo bebes con la persona adecuada.

Hoy me siento agradecida por haber elegido.

Cerró el diario y volvió a meterlo en el bolso.

Entonces, la doctora Maggie Laurel entró en el Centro Médico Cedars-Sinai, con la bata blanca inmaculada y profesional, y el corazón lleno y sin defensas, lista para lo que fuera que viniera después.

Porque finalmente había aprendido la verdad que Sarah supo desde el principio:

Lo más valiente que puedes hacer no es sobrevivir a las cosas difíciles.

Es permitirte ser feliz después de ellas.

Y Maggie era feliz.

Final, completa y rotundamente feliz.

FIN.

POSTFACIO

Gracias de corazón por leer **Doctora del Amor**.

Espero que la historia de Maggie y Evie te haya emocionado, atrapado… y quizá hecho latir el corazón un poco más rápido. 💖

Si te ha gustado esta romance médica sáfica, quédate conmigo:

✨ **todos mis próximos libros también se publicarán en español**, con nuevas historias intensas, sensuales y llenas de emoción.

Sígueme en redes sociales o suscríbete a mi newsletter para no perderte ninguna novedad, lanzamientos ni contenido exclusivo:

- **TikTok:** @graceparkesauthor
- **Instagram:** @graceparkesauthor
- **Facebook:** Grace Parkes Author
- **X (Twitter):** @graceparkesfic

Gracias por formar parte de mi mundo lector.

Nos vemos muy pronto en la próxima historia 💕

Grace Parkes